

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON

EL CASO DE
LA CLIENTE
MAJESTUOSA



se

Una mujer hermosa con aire regio y majestuoso pide asesoramiento a Mason para que le ayude a mantener su paradero oculto. La mujer se niega a darle mucha información, aun así Perry le ayuda. Mientras tanto, Mason descubre que ella estuvo enamorada de un hombre cuyo padre era dueño de la empresa más grande de la ciudad. Cuando ella queda embarazada, lo envían al extranjero para frustrar el romance. Ella se marcha de la ciudad, cambia de nombre y no vuelve a mantener contacto con sus padres. Hay un asesinato del que la joven es posteriormente acusada. Perry deberá descubrir la verdad.



Erle Stanley Gardner

El caso de la cliente majestuosa

Perry Mason - 78

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The case of the Queenly Contestant*

Erle Stanley Gardner, 1967

Traducción: Ramón Margalef

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ADAIR Ellen: Jefa de la sección de compras de unos importantes almacenes.

BAIRD Wight: Hijo de la Calvert (o Adair) y de Harmon Haslett.

BURLINGTON Agnes: Enfermera que atendió el nacimiento de Baird.

CALVERT Ellen: Nombre auténtico de la Adair.

DAYTON Jarmen: Un forzado investigador particular.

DILLON: De la oficina del fiscal del distrito.

DRAKE Paul: Colaborador de Mason desde su propia agencia de detectives.

GARLAND: «Relaciones públicas» de la Compañía de Muelles y Suspensiones.

HASLETT Harmon: Gerente-propietario de la Compañía de Muelles y Suspensiones.

LOVETT: Un abogado corrientito.

MASON Perry: Nuestro famoso abogado e investigador.

STREET Della: Secretaria de Mason.

TRAGG: Teniente de la B. I. C., amigo y contrario perpetuo de Mason.

Prólogo

El profesor León Derobert es internacionalmente conocido y respetado por sus trabajos en el campo de la medicina legal.

De vez en cuando, he comentado en mis libros la importancia de la medicina legal y su papel en la investigación criminal.

Se ha hablado mucho acerca de la eficiencia de los métodos científicos en el descubrimiento de los crímenes, pero hay pocas personas que se hagan cargo de los malos resultados que se alcanzan cuando la ciencia brilla por su ausencia en ese campo de actividad. Y la verdad es que la ciencia siempre está ausente, a menos que se haga cargo de las investigaciones un experto en medicina forense regularmente cualificado.

En no pocas ocasiones, en el caso de que para cometer el crimen haya sido empleada un arma de fuego, las heridas de entrada de los proyectiles son tomadas por heridas de salida. Muchas veces, la muerte por envenenamiento es confundida con la muerte por causas naturales.

En estos libros de Perry Mason he intentado hacer ver a mis lectores que se interesan por el mundo del crimen (muchos de los cuales son detectives aficionados de primera clase) la importancia del mantenimiento de un programa de medicina legal.

Y en consecuencia, para mí constituye un gran placer dedicar este libro a mi amigo, el profesor León Derobert.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

Della Street, la secretaria de confianza de Perry Mason, atendió a la llamada telefónica, hablando brevemente con la recepcionista. Después, se volvió hacia su jefe.

—En la oficina exterior hay una mujer que ha dicho llamarse, simplemente, Ellen Adair. Ha señalado que comprende que puede ser inoportuna, por presentarse aquí sin concertar previamente la entrevista, pero está dispuesta a pagarte la cantidad que fijes, siempre que se trate de algo razonable. Necesita verte inmediatamente porque la ha traído aquí una cuestión de máxima urgencia y está muy nerviosa.

Mason consultó su reloj de pulsera, echando un vistazo a los papeles que en aquel momento tenía entre manos.

Della Street consultó la agenda, diciendo, conciliadora:

—Disponemos de veintiocho minutos libres, de momento.

—Yo quería aprovecharlos para resumir este informe legal —respondió Mason, quien a continuación se encogió de hombros—. Bien. Supongo que no debemos eludir las cosas urgentes, Della: sal a echar un vistazo a esa mujer y dime qué te parece. Entérate del motivo de su visita.

Della asintió, diciendo por teléfono:

—Dile que voy en seguida, Gertie.

Della Street abandonó el despacho para regresar dos minutos después.

—¿Y bien? —inquirió Mason.

—Me ha interesado —repuso Della—. Es una mujer alta, de treinta y tantos años, quizá de cuarenta y pico, tal vez. Va muy bien vestida, pero sin llamar la atención. Tiene un porte real, majestuoso, como el de una persona que está habituada a dar órdenes. Me llevará unos centímetros de talla y su cuerpo está bien

proporcionado.

—¿Y para qué quiere verme? —preguntó Mason.

—Quiere hacerte unas cuantas preguntas sobre disposiciones legales —repuso Della—. Dice que las preguntas serán puramente académicas e impersonales.

Mason suspiró.

—Ya tenemos otro de esos casos en los que el cliente trata de mantenerse tras el escudo del anónimo. Entrará aquí para decirme: «Supongamos que A se casa con B y que B hereda unas propiedades de su madre, en Nuevo Méjico. Supongamos que A y B proyectan divorciarse. ¿Podría A reclamar la mitad de las propiedades?». ¡Oh! Me sé de memoria esos galimatías, Della.

Della le alargó un billete de cincuenta dólares.

—Me ha dado esto a manera de señal, como garantía.

Mason vaciló un momento antes de decir:

—Devuélvele el billete. Dile que hablaré con ella durante unos minutos, eso es, si me decido a contestar a sus preguntas, en cuyo caso le cobraré una cantidad razonable. Añade que si yo no he de saber a qué atenerme y ella no está dispuesta a poner las cartas boca arriba lo mejor es que se busque otro abogado.

—Me ha dicho que no dispone de tiempo para buscar a otro abogado, que, sencillamente, tiene que verte a ti, y que es preciso actuar sobre la marcha.

—Ya. Desea hacerme un puñado de preguntas de tipo legal y académico para, seguidamente, pasar a la acción. Bueno, Della... Se trata de un ser humano, se encuentra en una situación apurada. Veamos qué se puede hacer. Hazla pasar.

Della Street volvió a salir de la habitación, regresando a los pocos segundos en compañía de una mujer que caminaba muy derecha, que levantaba la cabeza y sacaba el busto con cierta altivez. Incluyó la cabeza rápidamente ante Mason, diciendo:

—Señor Mason: le doy las gracias por recibirme —acercóse a la silla presente delante de la mesa de aquél y se sentó calmamente—. Le ruego que escuche con la mayor atención lo que voy a explicarle, señor Mason, pues nuestros minutos están contados y yo tengo que tomar una orientación.

—¿Qué es lo que le ocurre? —inquirió Mason.

Ella denegó con un movimiento de cabeza.

—Por favor, deje que sea yo quien haga las preguntas. Señor Mason: la gente alude con frecuencia a su vida privada, separándola de la otra, de la pública, de la profesional. ¿Protege la ley la primera?

—La ley reconoce que toda persona tiene derecho, en lo tocante a su vida privada, íntima, a que las demás la dejen en paz.

—¿Significa eso que la persona es inmune a toda publicidad?

—No —declaró Mason—. Como en tantos otros casos, la ley establece excepciones. Es posible que si se decidiera a darme a conocer lo que la preocupa pudiéramos ahorrarnos un tiempo precioso. Un discurso sobre el tema nos ocuparía horas, quizás, aparte de que facilitaría información que a lo mejor resulta inútil.

—Póngame algún ejemplo. Dígame rápidamente cuáles son esas excepciones.

—Si usted va paseando por la calle por un lugar público y un hombre toma una fotografía de la calle, él está en su derecho si quiere utilizar la instantánea para ilustrar una página de revista.

»Si el fotógrafo la aísla de todo lo circundante, puede o no tener derecho a hacer uso de la instantánea. De emplear su fotografía para un fin comercial, falta a la ley.

»Si, por otro lado, usted se ha convertido en una persona “noticiable”, por haber sido víctima de un atraco, pongamos por caso, o se ha declarado aspirante a un puesto público, o si hace cualquier cosa voluntariamente que la hace noticiable...

—Comprendo, comprendo —dijo ella, echando un vistazo a su reloj, con un gesto de impaciencia—. Tiene usted razón. Estoy abordando la cuestión de una forma equivocada. Una persona que aspira a ejercer un cargo público, ¿ha de renunciar a su derecho de que los demás la dejen en paz?

—Dentro de unas limitaciones razonables, sí.

—Supongamos el caso de una mujer que se presenta... bien, supongamos que se presenta a un concurso de belleza.

—¿Declarándose candidata a un título? —preguntó Mason.

—Sí.

—Esa mujer se encontraría en la misma situación.

—¿Y cuánto tiempo duraría la misma?

—Todo lo que dure el concurso y el posterior disfrute de las recompensas, si las hay.

»Hay que tener en cuenta, señorita Adair... ¿señora Adair, quizá...?

—Señorita Adair —contestó la visitante, con viveza—. Ellen Adair.

—Perfectamente. Hay que tener en cuenta, señorita Adair, que tocamos una faceta de la ley relativamente nueva. No se puede dar una definición exacta, precisa y general. Todo depende de los hechos que concurren en el caso.

»Permítame sugerirle ahora la conveniencia, si se halla implicada en un caso dentro del cual quiere determinar sus derechos, de que me diga clara y ordenadamente las circunstancias de aquél. De esta manera dejaremos de dar palos de ciego.

»En cuanto yo conozca los hechos aplicaré mis conocimientos de la ley a los mismos y le facilitaré una contestación inteligente.

»Si usted intenta que le ponga al tanto de las disposiciones legales en la materia, para aplicarlas a las circunstancias de su caso, lo más seguro es que incurra en un grave error. Conocerá los antecedentes, pero llegará a conclusiones falsas.

La mujer vaciló, mordiéndose un labio. Luego frunció el ceño, mirando a otra parte. Finalmente, habiendo adoptado de repente una decisión, se volvió hacia Mason, diciendo:

—Muy bien. Hace veinte años, en una ciudad del Oeste medio, tomé parte en un concurso de belleza. Me llevé el primer premio. Tenía entonces dieciocho años. Aquel triunfo se me subió a la cabeza. Me creí en seguida una «estrella» del firmamento cinematográfico. El premio entrañaba un viaje libre de gastos a Hollywood y una prueba en uno de los estudios principales de aquella ciudad.

—¿Fue usted a Hollywood? ¿Le hicieron la prueba prometida? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Y se quedó por aquí desde entonces?

Ellen Adair hizo un movimiento de cabeza denegatorio.

—No —respondió—. Desaparecí.

—¿Que desapareció? —inquirió Mason, interesado.

—Sí.

—¿Por qué razón?

—Para dar a luz.

Hubo una pausa que duró varios segundos. Luego, Mason, en tono afectuoso, dijo:

—Continúe.

—En la actualidad, un periódico de mi ciudad natal publica una sección habitual en los diarios rurales: una columna en la que son rememorados hechos acaecidos hace veinte, quince, diez años atrás.

—Comprendido.

—Esa gente pretende publicar la historia de mi triunfo cuando me presenté al concurso de belleza. Supone un hito honroso para la ciudad. Yo gané aquél y los habitantes de la población se sintieron orgullosos de que la distinción recayera en una de sus chicas.

»Yo fui a Hollywood y me hicieron una prueba en los estudios cinematográficos interesados. Pero no salió nada de eso. Me regalaron un automóvil, una cámara tomavistas, un proyector, un juego de cremas de belleza y de artículos de tocador, un viaje en avión a Las Vegas... Es lo que ocurre siempre en tales certámenes. Los fabricantes que regalan todas esas cosas se las cobran con creces mediante la publicidad. Todo forma parte, desde luego, de un programa de anuncios. Yo era demasiado inexperta para darme cuenta de ello. Yo creí que obtenía todo aquello por mi gran popularidad, por mi encanto personal.

—Y después... usted desapareció, ¿no?

—De pronto —confirmó ella—. Notifiqué a mis amistades por carta que me habían hecho una tentadora oferta para trasladarme a Europa. Por supuesto, yo nunca fui a Europa.

—Evidentemente, ha de costarle trabajo, ha de serle penosa esta entrevista. Se mueve usted sobre las cenizas de un pasado ya muerto, pero, por lo que yo aprecio, se enfrenta ahora con algo muy apremiante, muy urgente. ¿Saben esos periodistas dónde se encuentra usted ahora?

—Podrían localizarme.

—¿Cómo?

—Es una historia larga de contar. Desaparecí, me perdí. Ni siquiera a mi familia comuniqué mi paradero. Recuerde que todo esto ocurrió hace veinte años. En este período de tiempo han cambiado mucho las costumbres. Una mujer soltera puede tener un hijo ahora y seguir adelante en la vida si es inteligente y sabe hacerse respetar. Por aquellos días, una experiencia semejante

resultaba decisiva, era algo vergonzoso... Era una vergüenza para la madre, para los padres de ésta, para la comunidad.

»Los habitantes de la ciudad en que yo vivía, en su totalidad, se sentían orgullosos de mí. Su actitud hubiera cambiado de la noche a la mañana de haberse enterado de aquello. Me habrían clavado en la cruz del público desprecio.

—No es necesario que me explique eso —dijo Mason—. Como abogado, conozco bien ciertos hechos de la vida. Bueno, el caso es que usted desapareció. ¿No comunicó a los suyos dónde estaba?

—No.

—¿Y qué pasó luego?

—Mi padre murió. Mi madre se casó de nuevo. Luego, murió también su segundo esposo, y unos meses más tarde mi madre. Dejó una herencia de unos cincuenta mil dólares y ningún heredero... Bueno, especificó en su testamento que el dinero había de ir a parar a mis manos si yo vivía aún y si podía ser localizada.

—¿Vivía su madre todavía en aquella pequeña ciudad donde...?

—No. Se había trasladado a Indianápolis. Yo tenía varias... Bien. Yo había procurado estar informada sobre sus andanzas y paradero. Le enviaba tarjetas de felicitación por Navidad y en el día de su cumpleaños. No las firmaba nunca, pero creo que ella supo siempre su procedencia.

»Recurrí a un abogado de Indianápolis. Fui allí, presentándome como quien era realmente, entrando en posesión del dinero. Nadie me relacionó con la ganadora del concurso de belleza en trajes de baño de veinte años atrás.

—¿Y qué es lo que la hace pensar que ahora pueda ser relacionada su persona con el pasado? —preguntó Mason.

Ella respondió:

—En el transcurso de estos últimos veinte años la pequeña ciudad en que vivía se ha convertido en una población bastante grande. Su periódico de la noche, el *The Cloverville Gazette*, es una publicación inquieta, ruidosa, emprendedora, agresiva.

»Viene publicando una serie de artículos sobre lo sucedido allí de más interés hace veinte, quince, diez años. Desde sus columnas han sido pedidas a los lectores sugerencias, noticias sobre hechos del pasado susceptibles de atraer la atención de los actuales habitantes de la ciudad.

»Hace varios días, un lector envió esta carta al periódico. La misiva habla por sí misma.

La mujer abrió su bolso, del que extrajo un recorte periodístico, que entregó al abogado:

Mason procedió a su lectura en voz alta:

Hace veinte años esta ciudad se vio honrada en la persona de una de sus habitantes, al ser elegida como la joven más bella de todo el Estado.

Ellen Calvert fue quien mereció tal distinción. Su deslumbrante belleza causó una gran impresión, no sólo aquí sino también en Hollywood. Luego, en la cumbre de su popularidad, se trasladó a Europa, donde se suponía que iniciaría una brillante carrera como actriz.

Nada más se supo de todo aquello. Sería interesante saber dónde se encuentra Ellen Calvert en la actualidad, qué está haciendo, cómo la ha tratado el mundo.

El padre de Ellen Calvert murió. Su madre, Estelle, se ausentó de la población, por donde corrieron rumores de que había vuelto a casarse.

¿Cuál es la historia real de Ellen Calvert? ¿Nos encontramos aquí con la clásica historia de la mujer cuya belleza trascendió más allá de su pequeña comunidad, llevándola a moverse en unos círculos más amplios, para acabar triunfando? ¿O nos enfrentamos con la joven que crecida con su triunfo creyó poder poner el mundo a sus pies para acabar, simplemente, viviendo una existencia mediocre, triste, saturada de desengaños?

No habrá un solo lector que no sienta interés por conocer la continuación de aquella historia que se inició hace veinte años con un concurso de belleza.

Perry Mason devolvió el recorte periodístico a su asustada cliente.

—¿Cuándo tomó usted el nombre de Ellen Adair? —inquirió.

—Cuando desaparecí.

—Algunas de mis preguntas pueden resultar molestas o impertinentes... ¿Se apellidaba Adair el padre de su hijo?

Ellen apretó los labios. Movi6 la cabeza.

—Hay ciertas cosas, señor Mason, en las que no deseo profundizar.

—¿Cree usted que la gente de ese periódico puede llegar a localizarla?

—Estimo que sí, desgraciadamente. Si esos periodistas empiezan a hacer indagaciones descubrirán que mi madre se casó con Henry Leland Berry. Se enterarán también de que a raíz de su muerte me presenté para hacerme cargo de la herencia.

»Usted comprenderá, señor Mason, cuáles eran mis sentimientos entonces. Avergonzada, no me atreví en su día a ponerme en contacto con mi madre. Lo sucedido habría sido un golpe terrible para ella. ¿Y para qué hablar del orgullo familiar?

»Presentarme después de su muerte para reclamar la herencia puede parecer una acción egoísta. Ahora bien, tenga en cuenta que no había otros herederos. De no haber procedido tal como lo hice, el dinero habría ido a parar al Estado.

—Y lo que usted desea es que esa historia se silencie, ¿no es así?

—En efecto.

—Si mi nombre aparece en este asunto, los del periódico supondrán, naturalmente, que usted vive por aquí.

—Por aquí, como usted dice, viven unos siete millones de personas —respondió la visitante.

—¿No les cree capaces de encontrarla?

—Solamente hay una forma de dar conmigo: siguiendo la pista de Indianápolis... Simplemente: esos periodistas han de verse parados antes de que inicien sus indagaciones por ahí.

Mason hizo un gesto dirigido a Della Street.

—Consígueme una comunicación telefónica con el director del *The Cloverville Gazette*, Della.

—¿Le digo quién le llama?

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Es mejor que pidas la conferencia desde la centralita de la oficina exterior, Della.

Della Street salió para decirle a Gertie lo que deseaba su jefe.

Cuando la joven hubo salido del despacho, Mason dijo a su visitante:

—Usted, seguramente, cree que en este asunto hay algo más que la simple curiosidad de un lector interesado por saber qué fue lo

que pasó después de ganar el concurso de belleza, y que ese algo es lo que le lleva a querer escarbar en el pasado... ¿Es así?

Ellen bajó la cabeza.

—¿Le importaría decirme qué es?

—No lo estimo necesario. ¿Va usted a decirle al director del periódico que yo soy clienta suya?

—No me valdré de tantas palabras —anunció Mason.

Della Street volvió al despacho.

—La conferencia está pedida —manifestó.

—Della —ordenó Mason—: entrega a Ellen Adair un billete de un dólar.

Della Street miró a Mason sorprendida.

Mason le indicó el cajón en que habitualmente guardaba el dinero.

Della lo abrió, sacando del mismo un billete de un dólar, que entregó gravemente a Ellen Adair.

—Veamos —dijo Mason—. Della Street es una residente de Hollywood, quien proyecta producir una película. Es posible que le dé uno de los papeles del reparto. Ella...

Sonó el timbre del teléfono.

—¡Oiga! —dijo Mason—. ¿Hablo con el director del *The Cloverville Gazette*...? Soy Perry Mason, abogado de Los Ángeles. Represento a un grupo de Hollywood que se halla interesado en establecer contacto con Ellen Calvert, cuya persona motivó un artículo que publicó su periódico hace poco tiempo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó la voz situada al otro extremo del hilo telefónico—. Esto es un honor, verdaderamente. Nos hemos salido de nuestra esfera de influencia habitual para atraer la atención de personas bastante alejadas de nosotros.

—Cierto —corroboró Mason—. ¿Han logrado ustedes hacerse con datos referentes a la historia de Ellen Calvert?

—Llevamos a cabo actualmente algunas indagaciones. Hemos conseguido varias bonitas fotografías suyas, de cuando ganó el concurso. La Cámara de Comercio dio un banquete... Se hicieron numerosas copias. Disponemos de retratos y comentarios y...

—¡Olvídese de todo eso!

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho usted?

—He dicho que se olviden de todo eso.

—Me parece que no le comprendo —repuso el periodista.

—Quiero decir que renuncien a escarbar en esa historia. Olvídela. Dígale a sus hombres que se dediquen a otra cosa, que no se acuerden de ella para nada.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—En primer lugar porque le he dicho yo que proceda así. Si no me hace caso, acabarán viéndose todos ustedes en un grave apuro.

—Nosotros no estamos habituados a que la tónica de este diario nos sea impuesta por personas que telefonéan formulando amenazas.

—No estoy formulando ninguna amenaza. No pretendo intimidarle tampoco. Sencillamente: represento a un cliente y estoy dando el primer paso, que es necesario, para defender sus intereses, esto es, decirles que renuncien a esa historia.

»Usted, probablemente, tendrá su abogado y representante. Preferiría entenderme directamente con él. Le pondría al corriente de las razones legales que respaldan mi postura.

—Si usted pudiera facilitarme una razón legal, una buena razón —replicó el periodista—, es posible que pensara de manera distinta en lo tocante a este asunto.

—¿Usted sabe lo que significa inmiscuirse en la vida privada de una persona?

—¿Y qué periodista no lo sabe? Pero que conste que si bien la doctrina legal es bien conocida son muy confusas las circunstancias de su aplicación.

—Bueno, pero las leyes protegen a las personas en cuyas vidas desean husmear otras. Todo el mundo tiene derecho a que el prójimo lo deje en paz.

—Un momento —replicó el periodista—. Yo no soy abogado, pero existen determinadas excepciones en esta regla. Cuando una persona se convierte en noticia, la ley la mira de otro modo. Cuando una persona, deliberadamente, se coloca en una situación noticiable, la doctrina legal...

—No pierda el tiempo ni me lo haga perder a mí dándome esas explicaciones —dijo Mason—. Ordénele a su abogado que me llame por teléfono.

—¿Pone usted en duda los puntos legales a que me estoy refiriendo?

—Desde luego que no —manifestó Mason—. Esos puntos legales están bien, pero ocurre que cuando han cesado los particulares acontecimientos que hicieran a una persona noticiable ésta tiene absoluto derecho de nuevo a que la dejen en paz.

—Me parece que no le comprendo —repuso el periodista.

—Si el cajero de su banco huye llevándose cien mil dólares tendrá usted ahí una noticia, ¿no? Inmediatamente, puede publicar en su periódico la fotografía del pobre diablo. Y después seguirá de cerca el juicio consiguiente dando pelos y señales de aquél. Y hará pública la sentencia.

»Cuando el hombre haya cumplido la condena que le fuera impuesta, cuando haya pagado su deuda a la sociedad, si se pone a trabajar bajo otro nombre, usted no podrá dar como informaciones periodísticas las de su desfalco y posterior rehabilitación. Faltaría a la ley.

—Sí, es verdad todo eso, supongo —declaró el director del periódico—. Pero aquí, seguramente, no nos encontramos en ese caso. Aquí nos ocupamos de una mujer muy bella que constituyó el orgullo de la comunidad a la que pertenecía. En lo de ganar un concurso de belleza no hay nada de vergonzoso.

—Publique usted todo lo que se le antoje sobre su triunfo en el concurso, pero no se remonte a esa época de su vida para intentar una continuación de la historia de esa mujer. Yo quisiera que me pusiese al habla con su abogado.

—No, no. Eso no va a ser necesario, señor Mason. Si usted adopta esa postura, le diré que por nuestra parte no consideramos la información tan importante como para ir a los tribunales. ¿Me ha dicho que representa a un productor de Hollywood...? ¿Puedo preguntarle, al menos, si Ellen Calvert está triunfando en el cine, posiblemente bajo otro nombre?

—No, no puede preguntármelo.

—¿Qué?

—Que no puede hacerme esa pregunta.

El periodista se echó a reír.

—De acuerdo. Ha excitado usted mi interés. Ciertamente que ha aportado un elemento de intriga en este asunto. Tenemos una pista que a nuestro juicio dará resultado. La madre de Ellen Calvert contrajo matrimonio con Henry Leland Berry. Nos haremos con la

residencia que figuraba en la licencia matrimonial y...

—Y así es cómo acabará compareciendo ante un Tribunal —señaló Mason—. No quiero discutir con usted. Tampoco deseo intimidarlo.

—Es que a mí tampoco se me intimida fácilmente.

—Perfectamente. Dígale a su abogado que se ponga en contacto conmigo por teléfono. Me llamo Perry Mason y...

—No es necesario que me lo repita, —contestó el periodista—. No es usted del todo desconocido, señor Mason. Muchos de sus casos han dado trabajo a los teletipos. Nosotros hemos publicado incluso informaciones sobre sus espectaculares actuaciones ante los tribunales.

—Conforme. Dígale a su abogado que me llame.

El periodista repuso ahora:

—Olvídelo. Esa historia de que hemos hablado se acaba aquí. Gracias por su llamada, señor Mason.

—Adiós —contestó Mason.

Éste colgó, volviéndose a su cliente.

—La historia se acaba aquí. Es lo que termina de decirme.

—Señor Mason —dijo la mujer—: le estaré siempre agradecida por esto.

Abrió su bolso, alargando a Mason un billete de banco de cincuenta dólares.

Mason dijo a Della Street:

—Anota su dirección, Della. Devuélvele treinta dólares con un recibo por veinte, como señal y por los servicios prestados hasta la fecha. No creo que sea usted molestada, señorita Adair. En caso contrario, póngase en contacto conmigo de nuevo.

—Muchísimas gracias —contestó la visitante—, pero no puedo facilitarle mis señas.

La señorita Adair se puso en pie, tendiendo majestuosamente la mano a Mason.

—Hemos de estar en condiciones de ponernos al habla con usted, por si surge alguna complicación —manifestó Mason.

La mujer movió la cabeza. Veíasela bien decidida.

—No me es posible darles mis señas.

—Lo siento. Yo solamente estableceré comunicación con usted en el caso de que lo requieran así sus intereses. Pero tengo que

conocer, por lo menos, su número de teléfono.

Ellen Adair vaciló. Luego, anotó un número de teléfono en un bloc que había encima de la mesa, arrancó la hoja y se la alargó a Della Street.

—No dé a nadie este número —dijo—. Llámeme únicamente si se trata de algo realmente urgente.

—No se preocupe. Obraremos con la máxima discreción —prometió Mason.

Ellen Adair se hizo cargo del recibo y del dinero del cambio que Della Street puso en sus manos. Después, obsequió a Mason y a su secretaria con una graciosa sonrisa, echando a andar hacia la puerta que conducía a la oficina exterior.

—Salga usted por aquí —le dijo Mason, indicando otra puerta, la del corredor del despacho privado.

Della Street abrió.

—Gracias —dijo Ellen Adair, avanzando con su característico aire majestuoso.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Mason miró pensativamente a Della Street.

—Bueno, Della, aquí tenemos toda una historia.

—¿Sí?

—Bueno, parte de ella. Esta situación me hace pensar en un iceberg: solamente una pequeña fracción de éste se ve por encima del agua.

»Nos encontramos aquí con una chica que gana un concurso de belleza, que cree tener entonces el mundo a sus pies. Y de repente, descubre que está embarazada. Eso sucedió hace veinte años nada menos, cuando la gente no pasaba por esas cosas, no las toleraba fácilmente. Por entonces, más de una joven recurría al suicidio en tal situación. Preferiría llegar a eso antes que enfrentarse con la deshonra. Estaban vigentes otros criterios.

»He aquí una joven que se enfrenta decidida con los hechos, que acierta a mantener la cabeza bien alta, que corta toda comunicación con sus amigos y parientes, que se planta y decide avanzar por su cuenta, dignamente. Esta mujer, evidentemente, no quería claudicar ante nadie ni ante ningún convencionalismo.

—Por otra parte —declaró Della Street—, no se atrevió a contraer matrimonio. Probablemente, pensaba que no podía unirse

a un hombre sin antes contarle lo que le había ocurrido... En lo tocante a este punto, también los tiempos han cambiado.

Mason asintió, caviloso.

—Me pregunto qué sería de su hijo...

—Tendría... o tendrá diecinueve años ahora —puntualizó Della Street— y... Jefe: ¿qué crees tú que puede haber sido del chico? En esto ya hay toda una historia interesante.

—Ella no quiso que nosotros le hiciéramos tal pregunta, por cuya razón yo opté por callarme. Deseaba, sencillamente, que el periódico no fuese adelante con la información sobre su vida. Este objetivo ha sido logrado.

El abogado echó un vistazo a su reloj:

—La hora de mi próxima cita. ¡Qué le vamos a hacer! Una cosa tras otra. Nuestra vida es así.

Capítulo 2

A la tarde siguiente, serían las dos menos cuarto cuando Della Street, contestando a una llamada de la recepción, dijo por teléfono:

—Un momento. Te llamaré ahora. Gertie.

Della colgó, volviéndose hacia Perry Mason.

—Hay un hombre en la oficina exterior que dice que le trae aquí un asunto urgente. Se llama Jarmen Dayton. Insiste en que tiene que verte inmediatamente y que se trata de una cuestión de la máxima importancia... para ti.

»Gertie le dijo que tenía que concretar un poco para ser recibido. Entonces, él le contestó presentándose como representante del *The Cloverville Gazette*.

—¿Un abogado? —inquirió Mason.

—Al parecer, no. El hombre dio a Gertie su nombre solamente: Jarmen Dayton.

Los párpados de Mason se cerraron casi del todo.

—Con el caso de ayer tuve una corazonada —respondió—. Haz pasar a Dayton, Della. Sólo así podremos saber qué es lo que quiere.

Della abandonó el despacho, regresando con un hombre que se estaría acercando a la cincuentena. Estaba parcialmente calvo y era un tipo de robusta constitución. Sus maneras parecían más bien bruscas.

—¡Señor Mason! —exclamó, aproximándose a la mesa al tiempo que alargaba al abogado una mano gordezuela, de cortos dedos—. Esto es para mí un placer verdaderamente. Un placer.

Mason le estrechó la mano.

—He tenido que recorrer un largo trayecto para verle, señor. Me figuré que le ocasionaría alguna molestia, ya que previamente no le he avisado, pero...

—Pudo usted telefonear —objetó Mason.

—Usted podrá creerme o no, señor Mason, pero lo cierto es que no he dispuesto de tiempo para coger un teléfono y llamarle. Tomé el avión a la hora justa; no se me escapó por un milagro.

»No me gusta correr. Él médico además, ya me advirtió que no debía hacerlo, pero cuando se trata de algo urgente uno se olvida de todo, excepto de coger el avión. ¿Le importa que me siente?

—Síntese, por favor —dijo Mason—. Bueno, usted viene aquí como representante del *The Cloverville Gazette*, ¿no?

—Así es. Pensé que lo mejor era presentarme en su despacho. De esta manera tendríamos ocasión de hablar.

—¿Es usted abogado?

El hombre se pasó una mano por la despejada frente. Su mano siguió deslizándose por su cabeza, hasta llegar a la nuca, de donde pasó a la mandíbula inferior, que se acarició brevemente.

—No, exactamente —respondió.

—Está bien. Seamos exactos: o es usted abogado o no lo es.

—No lo soy.

—¿Es usted uno de los empleados del periódico?

—De nuevo tengo que contestarle que no, exactamente. Bueno, no vaya usted a iniciar uno de sus interrogatorios, Mason. Conozco al director del diario muy bien y éste pensó que lo mejor era que habláramos de hombre a hombre... Nada de teléfonos, ¿comprende? Así: con la mesa por en medio mirándonos a los ojos cara a cara de hombre a hombre, como acabo de decir, poniendo nuestras cartas boca arriba.

Mason señaló la mesa.

—Ponga las suyas aquí.

—Quiero referirme al caso Calvert... —dijo Dayton—. Hay en él un misterio... y toda una historia, una historia de las grandes. Bueno, desde luego, el periódico no quiere saber nada de tribunales. Sin embargo, al diario le interesa la historia en cuestión. Lo malo es que han pasado veinte años. No obstante, la gente habla todavía de eso, es decir, la gente de edad... Hay muchas y enrevesadas versiones... Ya sabe usted lo que pasa... A veces, la comunidad sale malparada; en otras ocasiones es Ellen Calvert quien acaba así.

—Hablemos claramente —indicó Mason—. El periódico le ha enviado aquí para que hable conmigo, con objeto de hacerse con la historia de Ellen Calvert... Todo lo que quiere el diario es llenar una

columna refiriendo un episodio de hace veinte años. ¿Es así?

Nuevamente, el recién llegado se pasó la mano por la cabeza.

—Veamos, señor Mason... Me está usted poniendo en un aprieto, de veras. La verdad es que desde que el periódico publicó cierta carta de uno de sus lectores, quien preguntaba qué había sido de Ellen Calvert, el teléfono no ha cesado de sonar. Han sido muchos los lectores que declararon haberse preguntado numerosas veces a lo largo de los años qué había sido de Ellen Calvert. Se trata de una información que el diario debe publicar.

»Es posible que el director se mostrara un tanto conservador cuando habló con usted ayer. Pero luego, cuando se empezó a hablar de determinados hechos..., bueno, se pensó que lo más juicioso era que yo viniese aquí para poner las cartas sobre la mesa.

—Siga poniéndolas sobre ella y déles la vuelta después.

—Bien. Nosotros queremos encontrar a esa mujer. Deseamos saber qué fue de ella. Estamos en condiciones de pagar por la información una cantidad de dinero... bastante sustanciosa.

—¿Pese a tratarse de un periódico rural? —inquirió Mason.

—De rural ya no tenemos nada. Estamos enclavados en una ciudad.

—¿Cuánto?

Los ojos de Dayton estudiaron atentamente la faz de Mason.

—Le abonaríamos una suma por su colaboración y habría otra para Ellen Calvert.

—¿Cuánto?

—¿Qué cantidad de dinero sería necesaria?

—No lo sé.

—Creo —declaró Dayton— que abonaríamos la suma que se nos exigiese, fuese cual fuese... Bueno, dentro de unos límites razonables, señor Mason.

—Tendré que reflexionar un poco sobre este asunto —informó Mason.

—Es lógico. Lo encuentro muy natural, señor Mason, muy natural. Tendrá que hablar de ello con su cliente. Me hago cargo perfectamente de eso.

Dayton se puso en pie de pronto.

—¿Quiere que le llame o piensa usted llamarme?

—Vale más que me dé un número de teléfono. Así podré

ponerme en contacto con usted en seguida —dijo el abogado.

—Telefonaré más adelante para facilitarle ese número, señor Mason. He estado viajando durante toda la noche, ¿comprende? Vine aquí nada más llegar. No he tenido tiempo todavía para tomar una habitación en un hotel; no he podido asearme un poco siquiera y aún menos descansar. Quería verle en seguida. Me figuré que perdería una hora, dos... Me consta que es usted un hombre muy ocupado, un abogado de renombre, mejor todavía: un famoso abogado. Me pondré en contacto con usted oportunamente. Gracias por haberme recibido. Buenos días, señor Mason.

Dayton se puso en otra posición, vuelto ya francamente hacia la puerta. Luego, echó a andar hacia ella y sin volver una sola vez la cabeza salió del despacho.

—Es un detective privado —explicó Perry Mason a Della Street —, uno de esos «duros» que van siempre armados. Es de los que obtienen resultados en asuntos por no detenerse ante nada. ¿Tienes ahí el número de teléfono de nuestra cliente?

Della hizo un gesto afirmativo.

—Perfectamente. La llamaremos en breve. Pero primero ponme con la Agencia de Detectives Drake. Quiero hablar con Paul Drake, si puede ser.

Della llamó a la citada agencia, cuyas oficinas se encontraban junto al ascensor, al final del pasillo, en el mismo piso en que el abogado tenía las suyas.

Cuando Paul Drake estuvo al habla, Mason dijo:

—Paul: acabo de entrevistarme con un individuo que es, indudablemente, un detective privado. Está demasiado robusto para disimular el clásico abultamiento bajo la axila izquierda. Es un tipo nada suave. Ha sido enviado aquí desde el Oeste medio para localizar a una cliente mía. Se figura que no tardaré en ponerme al habla con ella, por teléfono o personalmente. Como es asunto que no puede ser tratado por teléfono, yo creo que alguien me seguirá.

»Bueno, voy a indicarte lo que pienso hacer. Dentro de diez minutos exactamente, a contar desde el momento en que cuelgue el microteléfono, me encaminaré al ascensor. Quiero que entres en la cabina y que bajes conmigo. Háblame igual que si me conocieras como vecino.

»Bajaremos juntos, pues. Después, nos separaremos. A

continuación yo me encaminaré a la parada de taxis que se encuentra en la esquina de la calle. En un taxi, entonces, me dirigiré al tinglado de los depósitos ferroviarios. Una vez allí, entraré en una cabina telefónica, desde donde haré una llamada. Saldré de la cabina para tomar otro taxi, que me traerá de nuevo a este despacho. Quiero que tengas a uno de tus colaboradores esperando dentro de un coche. Éste me seguirá y así sabremos si hay alguien vigilándome.

»¿Puedes hacer lo que te acabo de indicar?

—Puede hacerse —repuso Drake—. Precisamente tengo aquí en la oficina, a dos de mis ayudantes, redactando unos informes. Mandaré a uno de ellos abajo, con objeto de que suba a un taxi y espere.

—Bien. Por si me perdiera de vista por culpa de alguna señal de tráfico, dile que en ese caso se dirija al tinglado mencionado antes por mí. Allí tornará a localizarme. Esperaré un minuto o dos ante la cabina telefónica antes de hacer la llamada. Fíjate en tu reloj ahora. Vamos a salir dentro de diez minutos, exactamente.

Mason despidió a Drake, interrumpiendo la comunicación.

—Della —dijo a continuación—: ¿quieres darme el número de teléfono de Ellen Adair?

Della Street observó con curiosidad a su jefe.

—¿No crees que vas a meterte en un lío con este asunto? Además, gastarás bastante dinero tan sólo en una simple sospecha.

—No es una simple sospecha —declaró el abogado—. Si ese hombre no fuese un detective privado, yo me iría corriendo a la consulta del oculista. Y cuando un periódico de una pequeña ciudad envía a un detective privado en busca de una información en lugar de utilizar los servicios normales de un reportero debemos pensar que aquí se cuece algo gordo. Además, me da el corazón de que en esto andan trabajando dos hombres. Uno de ellos puede ser de la localidad, pero el que hemos visto proviene de Cloverville.

Al cabo de nueve minutos y cuarenta y cinco segundos, Mason salió de su despacho, dirigiéndose al ascensor. Oprimió luego el botón de bajada.

Poco antes de que el ascensor se detuviera, Drake salió de su oficina.

—Hola Perry. ¿Qué hay de nuevo?

—Poca cosa —repuso Mason.

—¿Vas a pasar el día fuera?

—¡Cielos no! He de consultar con un cliente ciertos detalles de un asunto que llevamos entre manos.

Hubo una pausa.

—Conque a ver un cliente, ¿eh?

—¡Hum! —replicó Mason, sin hacer el menor esfuerzo por alargar aquella conversación.

En el vestíbulo del edificio, Drake se detuvo para comprar un paquete de cigarrillos. Mason se encaminó directamente a la calle y ya en la acera llamó a un taxi.

El taxi avanzó expertamente por la vía, atestada de coches a aquella hora, dejando a Mason donde le había indicado.

Mason pagó el viaje, dando al hombre una propina, tras lo cual echó a andar hacia la línea de cabinas telefónicas que había junto a la entrada de la estación. Penetró en una y se colocó de manera que con su cuerpo impedía que fuese visto desde el exterior por cualquier curioso el número que marcaba. El que utilizó ahora fue el de Drake.

No tardó en ponerse en comunicación con la centralita de Paul.

—Soy Perry Mason, Ruth. ¿Puedes ponerme con Paul?

—Está tomando nota de un informe que le pasa en estos momentos uno de sus ayudantes. Me parece que se trata del caso que a usted le interesa.

—Esperaré.

Mason dejó pasar un par de minutos. Luego oyó la voz de Paul Drake.

—Hola, Perry. ¿Te encuentras en una de las cabinas de la estación de ferrocarril?

—Exacto.

—Desde luego, te están siguiendo.

—¿Es un tipo fornido, de cuarenta y tantos años de edad, con...?

—No. Éste es un hombre de más años, unos sesenta, delgado, de pómulos salientes. Viste un traje de color castaño oscuro, calza zapatos negros. Lleva una camisa blanca y la corbata es de una tonalidad semejante a la del traje. Se mueve con desenvoltura.

—Probablemente, es el individuo de aquí que yo imaginé. ¿Qué vale un trabajo como ése, Paul?

—Si el hombre es de aquí cobrará, seguramente, de cuarenta a cincuenta dólares por día, gastos aparte —explicó Drake—. Ocupaba un taxi, junto al edificio.

—Bueno, Paul. Me enfrento con un problema. Me voy a ver obligado a utilizar un reclamo.

—¿Qué clase de reclamo?

—Tiene que ser una mujer de unos treinta y ocho años de edad, muy alta, algo más alta que el tipo femenino medio, poco más alta de un metro setenta y un centímetros. Cabellos de color castaño claro, si es posible. Habrá de pesar de sesenta y cinco a sesenta y siete kilos. Deseo que sea una mujer de mucha viveza. Necesitará un apartamento. Utilizará el nombre de Ellen Smith. Procurará rodearse de cierto aire de misterio, evitará contactos con la gente. Se ha de hallar en condiciones de acomodarse y recibir las instrucciones que sean dictadas.

»Me gustaría que ocupase un apartamento a no tardar, pero no quiero que se instale en uno que haya sido alquilado unas horas antes. Yo...

—Eso último no ofrecerá dificultades —manifestó Drake—. Una de las cosas de que he dispuesto siempre es de un apartamento auxiliar, el cual fue puesto a nombre de la encargada de nuestra centralita, pagándose el alquiler de tal forma que nadie puede relacionar aquél con mi agencia.

»Necesito tiempo para hacer todo lo que tú quieres. Ahora bien, dispongo de una lista completa de colaboradoras y una de ellas se ajusta bastante a tu descripción. No creo que esté trabajando ahora. Intentaré su localización.

»Quiero decirte también, Perry, que hay una cosa de la que debes cuidar. Si alguien se ha tomado algunas molestias por ti, tendrás que tener mucho cuidado con tus conversaciones telefónicas. Con los dispositivos que hay en la actualidad no resulta difícil meterse en una oficina o vigilar una línea telefónica.

—Éste es el motivo de que te esté llamando desde la estación de ferrocarril, Paul. Te telefonearé de nuevo en breve. A ver si puedes disponer de esa colaboradora tuya. Si logras localizarla sobre la marcha, mándamela a mi despacho dentro de media hora. ¿Puede ser?

—Si está libre no habrá ningún inconveniente —le contestó

Drake—, llámame dentro de diez minutos.

—De acuerdo.

El abogado colgó, saliendo de la cabina telefónica. Echó a andar y de pronto chasqueó los dedos, como si se hubiera acordado de algo. Giró en redondo y se dirigió otra vez hacia la línea de las cabinas telefónicas.

Casi tropezó con un tipo más bien delgado, de pómulos prominentes y mandíbula inferior salida, que vestía un traje castaño, con una corbata del mismo color, y camisa blanca, calzando zapatos negros. El hombre tendría unos sesenta años de edad.

Mason se introdujo a toda prisa en la cabina, colocándose de nuevo en la posición de antes, de manera que, nadie situado a su espalda pudiera ver el número que estaba marcando, el que Ellen Adair había dado a Della.

Una vez al otro extremo del hilo telefónico repitió el número que Mason había marcado.

—La señorita Adair, por favor.

—Un momento —repuso la voz.

Unos segundos después, otra voz dijo:

—Despacho de la señorita Adair.

—Quiero hablar con ella.

—¿Quién llama?

—Perry Mason.

—Espere, por favor.

Por fin, Mason oyó la voz de Ellen Adair.

—Escúcheme cuidadosamente —dijo a aquélla el abogado entonces—. Quiero saber a qué atenerme concretamente. ¿Qué clase de juego está usted haciendo? ¿Anda usted mezclada en algún asunto criminal? En caso afirmativo, ¿quiere ponerme al corriente de los hechos?

—¿De qué está usted hablando? —preguntó Ellen Adair.

—Esta mañana se presentó en mi despacho un individuo que dijo ser representante del *The Cloverville Gazette*, notificándome que el proyecto de información sobre su vida había despertado un interés enorme en la localidad y que el diario se hallaba dispuesto a pagar una suma de dinero razonable por aquélla.

—¡Dios mío! —exclamó Ellen Adair.

—Un momento. No se lo he dicho todavía todo. Me figuré que el individuo con quien estaba hablando era un detective privado. Supuse lo que estaría pensando: que me hallaba en contacto con usted. Pensé que el teléfono de mi despacho podía estar siendo vigilado y tomé un taxi dirigiéndome a la estación de ferrocarril. La llamo desde una de las cabinas telefónicas del lugar. Fui seguido hasta este lugar por otro hombre, probablemente un detective de esta ciudad.

»Todo esto debe de estar costando mucho dinero. Creo que el primero de esos detectives es de Cloverville. El individuo que ha estado siguiéndome parece conocer esta población muy bien, así que no es nada desatinado pensar que sea de aquí. De momento, hay alguien que hasta la fecha se muestra dispuesto a desprenderse de un centenar de dólares, por lo menos.

»Si usted merece tantas atenciones y se encuentra mezclada en algún asunto quisiera saber por qué se le destaca, por qué le dan tanta importancia...

—No puedo decírselo. Ahora no...

—Ya me lo he figurado —contestó Mason—. Ahora bien, ¿podríamos vernos esta noche en algún sitio, a las siete y media, por ejemplo? Me acompañará Della Street. Cenaremos juntos y tendremos ocasión de charlar. En «El Buey Azul» no nos molestaría nadie. ¿Ha comido usted alguna vez allí?

—Conozco muy bien ese restaurante —repuso Ellen Adair—. Sí. Podríamos vernos allí, siempre y cuando usted tuviese la seguridad de que no van a dar conmigo los que me siguen...

—Creo que estoy en condiciones de adoptar las medidas necesarias para impedir que suceda tal cosa; no se preocupe.

»Le seré franco: toda esta historia intrigante me hace receloso. No quisiera verme arrastrado a algo que...

—No, no, no, señor Mason —dijo ella, interrumpiendo al abogado—. No se trata de nada que pueda afectarle a usted. Sólo tiene que ver conmigo. Pero lo necesito más que nunca. Sé quien está detrás de todo esto y preciso su ayuda. Estoy dispuesta a pagar lo que sea.

—De acuerdo —contestó Mason—. Me siento dispuesto a colaborar porque ayer ya me imaginé que en la presente historia había más cosas de las que usted me contó. Ocurre, además, que no

me gusta que un detective privado cualquiera se burle de mí.

»Bueno, corrijame si ando equivocado... Esa gente, quien sea, la que la sigue, no ha sabido nada de usted en los últimos veinte años, no la ha visto.

La conocieron cuando era una chica preciosa, una bella mujer de mediana talla, por encima de la normal, mejor dicho. Cualquier mujer alta, de buen aspecto, con la estatura adecuada, podría ser utilizada a modo de cebo... ¿Es así?

—Sí.

—¿No puede usted expresarse con claridad desde donde me habla en estos instantes?

—No.

—¿Puedo preguntarle dónde se encuentra?

Ellen Adair respondió:

—Está usted hablando con la encargada de la sección de compras de French, Coleman & Swazey. Lo que yo acuerde con usted será válido.

—Gracias —replicó Mason—. Nos veremos en «El Buey Azul» a las siete y media. Dígale al «maître» que es usted la invitada especial de Perry Mason. Ya le enseñaré un reservado.

El abogado dejó pasar unos minutos. Seguidamente, llamó de nuevo a Drake.

Se puso al habla.

—¿Perry?

—Soy yo, sí.

—Todo marcha sobre ruedas. Me he asegurado la colaboración de una auxiliar. Se trasladará al apartamento con todo lo indispensable para dar la impresión de que vive en él. Probablemente, se verá obligada a salir a comer.

—¿Cuándo podrá presentarse en mi despacho?

—Dentro de los próximos treinta o cuarenta minutos, en el momento que tú señales.

—Que se presente en mi oficina dentro de cuarenta minutos, exactamente. Seguidamente, deseo que se haga bien la vista desde mi despacho hasta el apartamento. En otras palabras, Paul: vamos a comportarnos como unos ingenuos. Nos moveremos sin tapujos de ningún género. Será fácil seguir a esa mujer... Pero procura que no resulte todo demasiado sencillo. No quiero que esa gente sospeche

la existencia de cualquier treta. Lo que yo pretendo es hacer pensar a esos individuos que se las tienen que haber con un abogado que no sospecha nada anormal y que es un hombre que no resulta ser un adversario tan formidable como quizá pensarán en un principio.

»Bueno, hay algo más. Esta noche, Della Street y yo nos trasladaremos a «El Buey Azul». Me van a reservar una mesa. Quiero estar absolutamente seguro de que no me sigue nadie. Si ocurre lo contrario, habrá que despistar a mi seguidor como sea. Della y yo utilizaremos un taxi. Nos hallaremos en el punto convenido a las siete y media. Quiero que designes a uno de tus ayudantes para que se asegure de que nadie me pisa los talones. No creo que ocurra nada de esto, pero es absolutamente necesaria la más completa certeza en lo tocante a este punto.

»¿Me has entendido bien?

—Te he comprendido perfectamente —respondió Drake—, Ellen Smith se encontrará en tu oficina dentro de cuarenta minutos, exactamente. Dará ese nombre a la recepcionista, declarando que está citada contigo. Luego, hablaréis los dos. A continuación, ella saldrá en dirección al apartamento, donde permanecerá hasta el instante en que reciba nuevas órdenes.

—Magnífico. Bueno, ¿no disponemos de ningún dispositivo que permita averiguar si están escuchando las conversaciones telefónicas de una oficina?

—Sí.

—Pues persónate en mi despacho y dime si podemos hablar con el exterior sin que nadie se entere de lo que digamos.

—Hombre, no me es posible descubrir eso sin más ni más. Hay muchos métodos de detectar...

—Olvida lo del teléfono —dijo Mason—. La verdad es que no creo que esté siendo escuchado por nadie. Esa gente me ha tomado por un ingenuo.

»Me pondré en contacto contigo de vez en cuando, para darte instrucciones. ¿Puedo confiar sin reserva en Ellen Smith?

—Como en ti mismo —respondió Drake.

—Conforme —contestó Mason, colgando.

El abogado abandonó la estación tomando un taxi para volver a su despacho. Entró directamente en éste por el pasillo. Mirando a Della Street, inquirió:

—¿Qué hay de nuevo, Della?

—Paul ha estado aquí con un aparato detector, declarando después que no teníamos que preocuparnos por las comunicaciones telefónicas. Nuestro hilo no se halla vigilado.

—Perfectamente. Ya me lo había figurado.

—¿Quieres decirme a qué viene todo esto? —preguntó Della.

—Te diré, de momento, que esta noche tienes que cenar con tu jefe y una cliente. En consecuencia, prepárate para saborear un jugoso biftec con todos los adornos que quieras, entre otras cosas. A menos que me equivoque vamos a vernos metidos en una gran intriga. Dentro de unos diez minutos llegará aquí una mujer más bien alta, de unos treinta y ocho años de edad. Quiero verla. Dará un nombre: Ellen Smith. Dile a Gertie que estamos citados y que la haga pasar inmediatamente.

—Y si me permites que te lo pregunte, ¿se puede saber quién es esa Ellen Smith?

—Ellen Smith —respondió Mason sonriendo— es una doble.

—¿Una doble?

—Cierto. Es la doble de nuestra cliente Ellen Adair. Cuando salga de este despacho será seguida hasta su apartamento.

—¿Y luego qué? —quiso saber Della Street.

—A partir de ese momento nos resultará muy difícil tratar con Jarmen Dayton. Descubriremos que la gente del *The Cloverville Gazette*, cuando puede, sabe ahorrarse unos centavos. Aquello de la compensación generosa de que hemos oído hablar hoy, a primera hora, se desvanecerá como por encanto. Nuestro amigo Dayton deseará que lo pasemos lo mejor posible y nos dejará solos y confusos.

—¿Y qué piensas tú hacer?

—¡Oh! Yo, simplemente permaneceré nadando en un mar de confusiones —replicó Mason, esbozando otra sonrisa—. No se debe desilusionar nunca a un detective privado que se ha pasado la noche en un avión, no disponiendo siquiera de tiempo para ir a un hotel a asearse un poco. Aunque si haya dispuesto el mismo individuo de unos minutos, en cambio, para presentarse en una agencia de detectives privados con el fin de procurarse un colaborador que respalde su juego.

Della suspiró.

—Si no te quitas de encima los casos como el presente, al final saldrás perjudicado. Supongo que nuestra cuenta con Paul Drake habrá subido ya lo suyo y hasta ahora no disponemos de un cliente a quien cargarle los gastos.

—Soy yo el cliente en esta transacción particular —dijo Mason—. Intento averiguar por qué una joven ganadora de un concurso de belleza, que creyó por unos días tener el mundo a sus pies, terminó como una chica vulgar y corriente, embarazada, para luego desaparecer, permaneciendo soltera durante veinte años, y más tarde contratar los servicios de un abogado con el propósito de impedir que un periódico de una remota ciudad publique determinado artículo en la columna titulada: «Cloverville, ayer».

—¿Y qué fue de su hijo? —preguntó Della Street.

—A mí me parece que cuando nosotros empezemos a formular preguntas como ésa nuestra cliente se apresurará a enviarnos a paseo.

—¿Por qué?

—Si conociésemos la respuesta correspondiente a tu pregunta sabríamos, probablemente, por qué razón envió el *The Cloverville Gazette* un detective privado aquí y por qué hay alguien que paga para que yo esté bajo vigilancia.

Sintiéndose contento, Mason propuso:

—Hagamos un paréntesis en nuestras cavilaciones, Della, para saborear una taza de café.

No habían hecho más que colocarse frente a sus tazas y tomar unos sorbos cuando sonó el timbre del teléfono, anunciando Gertie la presencia de Ellen Smith fuera.

—Dile que entre —repuso Mason—. Un momento. Della saldrá a recibirla.

Della Street volvió a los pocos segundos con una mujer que era de la misma altura que Ellen Adair. También se parecía a ésta en el cuerpo.

Mason la miró con un gesto de aprobación.

—¿Quiere usted identificarse? —inquirió.

La recién llegada abrió su bolso, mostrándole el carnet que la señalaba como una de las colaboradoras de Drake.

—Hemos de adoptar todo género de precauciones en un asunto como el presente —explicó el abogado—. Siéntese. Tenemos que

matar aquí diez o quince minutos y he pensado que tal vez le agradaría tomarse una taza de café.

—Me encanta.

—¿Le importa decirme su edad exacta?

—Tengo treinta y dos años para mis patronos en perspectiva, treinta para los probables pretendientes y treinta y ocho... cuando no hay más remedio que concretar.

Mason sonrió.

—Yo creo que tiene usted la que escoja.

Della puso en manos de la mujer una taza de café.

Luego, la recién llegada preguntó:

—¿Podría usted explicarme qué es lo que hay en marcha?

—Francamente —replicó Mason—: no lo sé. Voy a darle a conocer los hechos de que yo estoy impuesto.

»Ha adoptado usted el nombre de Ellen Smith para este trabajo. Nosotros no emplearemos el suyo verdadero para nada.

»Va usted a usar el nombre de Ellen Smith con objeto de que la gente la confunda con Ellen Calvert, quien vivió en otro tiempo en el Oeste medio, en una ciudad rural, la cual ha crecido mucho desde entonces.

»Usted (como Ellen Calvert) salió de la población hace veinte años, en misteriosas circunstancias. Hay personas que desean saber a toda costa cuáles fueron ésas, dónde estuvo y qué le ha pasado.

»Me figuro que hay muchas otras cosas que esas personas pretenden averiguar, pero no me hallo en condiciones de explicarle en qué consisten.

»Su presencia aquí es debida al hecho de haber sido abordado yo hace poco por un hombre que creyó estar seguro, después de hablar conmigo, de que acabaría telefoneando a mi cliente (es decir, la Ellen Calvert real) para pedirle que viniera, con el fin de discutir una propuesta que él formulara.

»Sé que he sido seguido y tengo muchas razones para creer que esta casa está sometida a una intensa vigilancia. Por el hecho de ser usted una mujer de la misma altura y corpulencia que Ellen Calvert, cuando abandone este despacho se verá también seguida.

»Bien. Tengo entendido que la Agencia de Detectives Drake posee un apartamento que suele utilizar de vez en cuando.

—Es cierto. El señor Drake lo utiliza como residencia

momentánea de algunos testigos, cuando no quiere que se alojen en un hotel, por cualquier causa. También se utiliza el apartamento para determinadas entrevistas o cuando se le quiere sacar una declaración a un testigo en potencia. El piso está lleno de micrófonos y en una cinta magnetofónica se registra cuanto se dice entre aquellas paredes.

»El apartamento no es grande ni pequeño. Resulta corriente. Viene a ser un lugar de trabajo.

—Nos servirá en este caso —declaró Mason—. Usted, cuando salga de aquí, tomará un taxi y se trasladará directamente al apartamento en cuestión. ¿Tiene alguna puerta trasera?

—Sí, sí. Hay una entrada de servicio por la parte posterior.

—A usted la seguirán hasta allí. Entre en el piso como si fuera el suyo. A partir de este momento dispondrá seguramente de una hora. Nadie la importunará, quizás, en ese espacio de tiempo.

»El detective que va a seguirla hasta aquel sitio, a mi juicio, la dejará para informar a su agencia. Habiendo hecho acto de presencia, ellos no harán nada durante una hora, o dos, o quizá uno o dos días, ya que aguardarán instrucciones.

»Tan pronto como haya entrado usted en el apartamento, utilizando su llavín, vaya al extremo opuesto. Deslícese por la puerta posterior. ¿Da a alguna vía?

—Sí, en efecto.

—Drake tendrá allí a uno de sus auxiliares, aguardándola en un coche. Se trasladará entonces a su piso, con objeto de hacer las maletas. Se llevará lo necesario para una estancia en el apartamento de Drake de varios días.

»Va usted a representar el papel de una joven que carece temporalmente de trabajo. Vivirá sin la menor ostentación. Al contrario, frecuentará los restaurantes familiares y adquirirá sus provisiones en el supermercado.

—Hay una manzana y media más allá —declaró la mujer. Mason asintió.

—Recurrirá a los taxis para efectuar sus desplazamientos, pero sin exageraciones. No me atrevo a autorizarla para que utilice uno de los automóviles de Drake porque esa gente intentaría en seguida efectuar investigaciones sobre su matrícula.

»Creo que tarde o temprano alguien llamará a su puerta para

hablar con usted. La aborden de una manera u otra, por muy lógico que le parezca el motivo, usted lo que tiene que hacer es dar con la puerta en las narices al intruso o intrusos.

»Puede ser que vayan allí para ofrecerle una participación en un concurso cultural con premios; es posible que pretendan venderle billetes de lotería. También cabe la posibilidad de que se presente ante usted un individuo que de buenas a primeras le acuse de ser Ellen Calvert, diciéndole que no le va a servir de nada que finja, que conoce con todo detalle su historia. Tal vez le ofrezca dinero por ella. Hay que pensar, asimismo, que pueda decir que es un detective privado y que añada que necesita conocer ciertos hechos, fáciles de conseguir si usted es amable y se aviene a sus deseos, bastante inasequibles si ha de llegar a ellos por sus propios medios.

—Sea cual sea el sistema de abordaje empleado por el adversario yo únicamente puedo responderle con un portazo en las narices.

—Sí.

—¿He de negar que yo sea Ellen Calvert?

—Usted no tiene que decir nada —declaró Mason—. Usted, simplemente, corresponderá con un portazo a todo el que se acerque allí. ¿Hay teléfono en el apartamento?

—Sí.

—¿Sabe usted el número?

—Paul Drake lo sabrá.

—Se lo pediré.

—¿Algo más?

—Cuando salga de aquí adoptará cierto aire de preocupación, pero manteniéndose siempre en una actitud muy digna, orgullosa. Levante la cabeza, pero haga ver a quien la esté observando que se halla emocionalmente conturbada. Limpíese discretamente la mejilla, como si por ella hubiese corrido una lágrima. Coja nerviosamente su pañuelo. Camino del ascensor, deténgase de pronto, como si se hubiese acordado de algo importante. Dé la vuelta y regrese a la oficina... Bueno, dará dos o tres pasos. Después, se encogerá de hombros causando la impresión de que ha cambiado de parecer. Entre a continuación en la cabina... Bueno, supongo que está usted familiarizada con ese apartamento, ¿eh?

—Lo he utilizado en varias ocasiones. Tuve que cuidar de una

testigo la última vez.

—Si conoce bien el camino —sugirió Mason—, sería mejor que se valiese del autobús para llegar hasta allí. Es preferible al taxi.

—No hay inconveniente —repuso ella, sonriendo—. No todos nuestros clientes se hallan en condiciones de pagar las facturas de taxis que se les presente. Habré ido allí media docena de veces en autobús.

—Es de la mayor importancia que usted no cometa errores —señaló el abogado—. Si, por ejemplo, se equivoca de autobús no haremos nada. Usted será seguida a partir del momento en que salga de este edificio, probablemente. Lo ideal sería que diese una buena oportunidad a su perseguidor, permitiéndole, por ejemplo, tomar el mismo autobús que usted.

—La mujer hizo un gesto afirmativo.

—Comprendido.

—En ningún caso, en ningún momento utilizará usted el nombre de Ellen Calvert. Tampoco admitirá que es Ellen Calvert. Si alguien le apremia preguntándole cómo se llama conteste que Ellen Smith. Lo principal es mantener la puerta cerrada siempre que alguien intente interrogarle. Pero usted procederá así siempre, dando a entender concretamente con su actitud que tiene algo que ocultar.

—¿Qué he hecho yo realmente? ¿Algún desfalco?

Mason denegó moviendo la cabeza.

—Se la supone una mujer que intenta sustraerse a su pasado. Ella sonrió.

—Debo de haber tenido un pasado tormentoso para proceder así. ¿Pudiera haber sido culpable de algún crimen?

Mason miró a su interlocutora gravemente.

—He ahí algo que no pierdo tampoco de vista.

Ellen Smith apuró su taza de café, que alargó a Della Street.

—¿Podría llenármela otra vez?

Mientras Della hacía aquello, la colaboradora de Drake estudió el rostro de Mason.

—He oído hablar mucho de usted —dijo—. Ésta es la primera vez que trabajo directamente en uno de sus casos. Me figuro que lo pasaré bien.

—Espero que así sea —repuso Mason—. A menos que se precipiten los acontecimientos, la cosa va a resultarle bastante

aburrida. Sola en el apartamento, sin...

—¡Oh! Hay allí un receptor de televisión y otro de radio. Cogeré un par de libros de mi casa que llevo intentando leer durante algún tiempo. Lo pasaré bien, no se preocupe. Esto es una especie de vacación por lo que a mí concierne. Si le hablara de ciertos trabajos en que me he visto obligada a participar...

—Supongo que la suya será una vida aventurera —dijo Mason.

—Y tan aventurera.

La mujer dejó su taza con el platillo sobre la mesa.

—¿Debo irme ya? —preguntó.

—Sí. Preguntaré a Paul Drake ese número de teléfono. Usted tiene ya el mío. Llámeme si pasa algo pero recuerde que ambas líneas pueden estar intervenidas cuando lleve allí uno o dos días. Necesitarán un día para hacerse con dispositivos electrónicos adecuados. Tenga cuidado... Y por encima de todo, sea Ellen. No utilice su apellido cuando me llame. Diga: «Ellen al habla».

—Comprendido.

Mason se desplazó hacia la puerta.

—Acuérdese bien de todo... Muéstrese ingenua. Adopte una actitud digna, orgullosa, compórtese con naturalidad y dé en todo momento la impresión de que no recela nada.

—De acuerdo.

—La mujer sonrió, abandonando el despacho.

Mason dio la vuelta, cogió su taza y se la alargó a Della Street.

—¿Y bien? —preguntó la joven.

Mason esbozó una sonrisa.

—Al diablo con todo lo rutinario, Della. Esto es algo que hace que la vida de un abogado valga la pena de ser vivida.

—¿Y a quién vas a cargar todos los gastos que se están originando?

Masó miró a Della, burlón.

—Hasta ahora, todo va a mi cargo. Esto es tan agradable como unas vacaciones.

—¡Unas vacaciones! —exclamó Della.

Mason echó un poco de azúcar en su café. Después, agitó el líquido con una cucharilla, adoptando una actitud pensativa.

—Esta noche, Della, hemos de extremar nuestras precauciones. No ha de seguirnos nadie... Ahora bien, yo creo que nuestro

reclamo dará el resultado apetecido. Me inclino a pensar que los perros van a estar husmeando unas huellas o rastros falsos.

Della Street dijo en tono de acusación:

—Te sientes tan feliz como un chiquillo con unos zapatos nuevos.

—Es verdad —convino Mason.

Capítulo 3

Mason y Della Street entraron en «El Buey Azul» a las siete y media en punto. El «maître» se acercó, muy atento, a los dos.

—En su reservado, señor Mason, hay ya una persona esperándole.

—¿Hace mucho que llegó?

—Hace unos cinco minutos.

—Describámela.

—Es una mujer bastante alta, de buen aspecto, de unos treinta años o menos, quizá...

Della Street guiñó un ojo a Perry Mason.

—Este «maître» es un diplomático —comentó el abogado, sonriendo—. De acuerdo. Llévenos allí, Pierre.

Los tres se dirigieron al reservado de Mason. Al ser descorrida la cortina, Ellen Adair levantó la vista aprensiva. Su gesto fue de alivio al ver al abogado y a su secretaria.

—Ha madrugado usted —dijo Mason.

Ella asintió.

—¿Le apetece un cóctel?

—Un Martini seco, por favor.

—Dos brandis y un Martini seco —ordenó Mason, mirando a Pierre.

—En seguida.

—¿Tiene apetito?

—No mucho.

—Bueno, hable usted. Procure no levantar la voz.

—Señor Mason —dijo Ellen Adair—: tengo algún dinero. No soy rica, sin embargo. Tengo el dinero que me dejó mi madre y he hecho algunos ahorros. Soy la encargada de compras de French, Coleman & Swazey y por razones que no puedo explicarle he de

ocultar mi verdadera identidad. No quiero que me descubra como lo que soy, como Ellen Calvert.

—¿No le es posible decirme por qué?

Ella vaciló un momento, moviendo la cabeza.

—Esa gente de Cloverville, o esta persona al menos —dijo Mason—, ¿es conocida por usted? ¿Le recuerda a alguien? Es un tipo rechoncho, de unos cuarenta y cinco años, parcialmente calvo, con...

Ellen Adair movió la cabeza antes de que el abogado hubiese dado fin a su descripción.

Una camarera se presentó con los cócteles.

—Deje usted pasar diez minutos —le dijo Mason—. Sírvanos luego otra ronda y tráiganos el menú después, por favor.

La camarera hizo un gesto de asentimiento y se retiró.

—Usted ganó un concurso de belleza y posteriormente descubrió que se hallaba en estado —señaló Mason.

—Sí.

—Para eso es necesario el concurso de otra persona. ¿Quién era él?

—¿Tengo que decírselo forzosamente?

—Si desea que la ayude, sí.

Ella tomó un sorbo de su cóctel, cavilosa, contestando:

—Yo tenía entonces dieciocho años. Era una chica de buen ver. La gente sostiene que era bella. Creí ser la dueña del mundo. El hombre de esta historia me llevaba cinco años. Era hijo de un industrial muy rico, un individuo de buena posición social. Me sentí halagada por sus atenciones. Además, me había enamorado.

—¿Estaba él enamorado también? —inquirió Mason.

Ellen Adair mostró un gesto de duda. Luego, mirando a Mason a los ojos, respondió:

—No lo sé. Por entonces, yo me inclinaba a pensar que no.

—¿Por qué dice usted eso?

—Yo esperaba hacer una brillante carrera. Lo tenía todo. Después, de repente, todo se me vino abajo, al descubrir que me hallaba en estado.

»Recuerde que todo eso ocurrió hace veinte años, señor Mason. Cuando me di cuenta de la situación en que me encontraba se apoderó de mí el pánico.

—¿Se puso en contacto con su amigo?

—Inmediatamente.

—¿Y qué hizo él?

—Se mostró tan asustado como yo. Ahora bien, su padre era el presidente de una gran compañía... Mi amigo me dijo que no me preocupara, que ellos disponían de un hombre que se ocupaba de las relaciones públicas de la empresa, cuya misión consistía en ofrecer a los demás una buena imagen de la compañía. Añadió que esa persona sabría cómo sacarme del atolladero.

—¿Y usted qué le contestó?

—Le contesté que creía entenderlo..., pero que no quería recurrir al aborto. Me preguntó entonces si podía en mí más que nada ciertos prejuicios antiguos. Nos separamos mutuamente irritados. Él no acertaba a comprender mi postura; yo, a mi vez, tampoco comprendía la suya.

—¿Y qué pasó?

—Este experto en el campo de las relaciones públicas tenía soluciones para todo, desde luego —manifestó Ellen Adair—. Al día siguiente recibí un sobre que me entregó un mensajero especial. El sobre no tenía ningún remite. Lo abrí, viendo que contenía diez billetes de cien dólares. Veinticuatro horas más tarde leí en un periódico que mi amigo había partido de viaje por la tarde, proponiéndose hacer una dilatada excursión por Europa. Ya no había de verlo más.

—¿Dónde para ahora?

—No lo sé.

Mason jugó unos momentos con su copa.

—Yo creo que sí lo sabe.

—Bueno —admitió ella tras unos instantes de silencio—. Lo que sé es esto: un año después regresó de Europa. Se casó con una mujer joven a la que conociera en el curso de uno de sus desplazamientos por el continente europeo. Aquel matrimonio no salió muy bien, por lo que pude llegar a saber, pero los dos continuaron viviendo juntos.

—¿Qué fue de ella? —inquirió Mason.

—Murió hace cosa de un año y medio.

—¿Dejó hijos?

—No.

—¿Y qué fue del padre de su amigo?

—El viejo murió hace diez años y su hijo heredó la compañía.

Mason preguntó ahora:

—¿No se le ha ocurrido pensar que esa carta dirigida al *The Cloverville Gazette*, sugiriendo que su historia personal sería un buen tema para la sección del periódico titulada «Cloverville, ayer», podría no ser accidental, constituyendo en tal caso parte de un inmediato plan para localizarla?

—¿Usted sí ha caído en la cuenta de eso? —contraatacó Ellen Adair.

—A la luz de los subsiguientes acontecimientos, me parece una explicación lógica.

—Pues sí: yo también pensé en eso. Lo pensé nada más ver la columna. Y también después, al sentirme presa de un terrible pánico, y luego, al acercarme a su despacho para solicitar su colaboración, su ayuda.

—¿Tiene usted alguna idea sobre la posible identidad del autor del plan?

Ellen Adair sacudió la cabeza demasiado pronto, con excesiva energía.

Mason sonrió.

—Ha puesto un énfasis excesivo en su negativa, Ellen. ¿Qué me dice ahora del padre de su hijo?

—Yo no he hablado hasta ahora de ningún hijo.

—Usted ha puesto el máximo cuidado en eso; ha evitado a toda costa hablar de su hijo. Pero ha admitido que el pánico se apoderó de usted. Se opuso al aborto. Lo lógico es explicarlo todo con la llegada al mundo de un niño, un niño que ahora contará diecinueve años.

»Ha cometido algunos errores, Ellen. Logró corregirlos. Después, supo abrirse camino, conquistar un puesto de responsabilidad, desenvolverse dentro de una actividad profesional.

»Los tiempos han cambiado. El hecho de que usted tuviera hace diecinueve años un hijo ilegítimo no significa nada en el mundo de hoy. Naturalmente, esto haría que alguien frunciera el ceño al saberlo, pero nada más. No hay por qué espantarse. No es ninguna monstruosidad.

»Por consiguiente, he llegado a una conclusión: su miedo se

deriva de algo que afecta a su hijo.

—Es usted... condenadamente lógico, —dijo Ella.

—¿Y he acertado al pensar así?

Ellen Adair vaciló un momento, mirando después a Mason a los ojos.

—Sí. Y yo me dispongo a protegerle..., a proteger a mi hijo.

—Se trata de un chico entonces, ¿eh?

—Pues sí, en efecto. Y yo quiero protegerlo.

—¿Contra quién va usted?

—Contra su padre.

—Un padre tiene ciertos derechos sobre su hijo —objetó Mason.

—Durante sus años de formación el padre cuenta mucho. El hijo debe estar pendiente de aquél, respetarlo... La cosa cambia bastante cuando el padre opta por huir a Europa dejando a su espalda una joven embarazada para que ella se desenvuelva como pueda.

—Bueno, habrá algo más...

—Tengo que proteger a mi hijo —repitió Ellen Adair, obstinada.

—¿No quiere que sepa su procedencia? ¿No quiere que se entere de las circunstancias de su nacimiento?

—En parte, también se trata de eso.

—Yo creo que es mejor que me diga sin falta toda la verdad.

La camarera sirvió la segunda ronda de cócteles. También les llevó los menús. Pidieron tres biftecs. La camarera se retiró.

Ellen Adair cogió su copa, llevándosela a los labios y vaciándola casi.

—No intente acorralarme —dijo.

—Simplemente procuro hacerme con una información que necesitaré para poder ayudarla —declaró Mason.

—Está bien. Le diré esto: yo era una muchacha joven, algo necia, nada conocedora del mundo, pero de buen ver. Me encontraba en estado. Disponía de mil dólares. Sé lo que pensó aquel individuo encargado de las relaciones públicas de la empresa, o lo que fuese. Creyó que yo usaría parte del dinero para irme de casa, empleando el resto en un aborto. Una vez repuesta, regresaría al hogar paterno con cualquier historia...

—Pero usted no procedió así.

—No hice nada de eso —confirmó ella—. Me presenté aquí, procurándome una colocación.

—¿Qué clase de colocación?

—Hacía trabajos domésticos.

—¿Y qué pasó?

—La mujer para quien trabajaba, bastante aguda y un tanto recelosa, descubrió al poco tiempo de encontrarme yo en su casa que me hallaba embarazada.

»Tratábase de un matrimonio sin hijos. Habían intentado adoptar a un pequeño. No pudieron hacerlo debido a razones personales que nada tenían que ver con su competencia como padres.

»La mujer sugirió que nos trasladásemos a San Francisco. Cuando llegara el momento de dar a luz, yo ingresaría en el hospital tomando su nombre.

Luego, el certificado de nacimiento demostraría que el niño era suyo. Me prometieron tratarlo como si fuese su propio hijo. Eran buena gente.

—¿Es lo que se hizo? —preguntó Mason.

—Efectivamente.

—¿Cree el chico que ellos son sus padres?

—Sí.

—¿La conoce a usted?

Ellen Adair apuró el contenido de su cóctel.

—Eso, señor Mason, es algo que a usted no debe importarle. Le he explicado ya muchas cosas, para que usted pueda comprender mi situación, para que se haga cargo de que necesito ser protegida. Estoy en condiciones de pagar los gastos que se produzcan.

»Todo lo que puedo decirle es que esa gente no debe encontrarme nunca, nunca, nunca.

—¿Quiere decir que no deben dar nunca, nunca con su hijo?

—Una y otra cosa son la misma.

—El verdadero padre del niño heredó una gran empresa al morir el suyo, ¿no es así?

—Supongo que sí.

—Y por tal motivo será ahora un hombre rico...

—Me imagino que sí.

—¿Estará en condiciones de dar a su hijo una formación de primera clase?

—Podría, quizás, apoyarle y educarle de acuerdo con su

categoría social y económica, pero hay que tener en cuenta que mi hijo tiene en la actualidad diecinueve años y que cualquier ventaja en tal sentido se vería disminuida por las correspondientes desventajas.

—Sin embargo... Supongamos que el padre del chico muere...

—Bien. Gracias a su clara mente de abogado, usted, probablemente, ha puesto ahora el dedo en la llaga.

—Explíquese.

—Verá usted. El verdadero padre del chico está ahora solo y no tiene hijos. Tiene, en cambio, dos hermanastros que carecen de intereses directos en la fábrica. Si el hombre en cuestión muriera sin haber hecho testamento, sin hijos, se encontrarían en condiciones de heredar. De haber un hijo, incluso un hijo ilegítimo, que se hiciera ver, la situación sería muy diferente. Si el hombre del caso dejara un testamento especificando que tiene razones para creer que tuvo un hijo o una hija y que sus propiedades han de ir a parar a manos de ese hijo o hija..., entonces, los hermanastros podrían lamentarse justamente de su mala suerte.

—¿Qué clase de personas son?

—¿Y me hace usted esa pregunta? ¿Es que no ve lo que está pasando? —Ellen Adair dejó a un lado su copa—. He aquí toda la información que va usted a obtener de mí, señor Mason. Su labor consiste en levantar una valla a mi alrededor, manteniéndome oculta. Búsqueme una sustituta; haga lo que quiera. El caso es que el padre del chico piense que su hijo ha muerto.

Mason movió la cabeza de un lado a otro, lentamente.

—¿Por qué no?

—Su chico tiene ciertos derechos.

—Soy su madre.

—Y el hombre de este caso es su padre —puntualizó Mason.

—No es digno de figurar como tal.

—Sea digno o no, el padre tiene sus derechos. Lo mismo que el chico. Bueno, en este asunto pienso llegar todo lo más a esto: intentaré evitar que esa gente dé con usted, de momento, por lo menos. Ahora, no haré nada de lo cual pueda arrepentirme después. No quiero sentir remordimientos.

—Sobre tal base de colaboración, creo que no voy a tener necesidad de sus servicios —dijo Ellen Adair.

—No tiene ningún compromiso conmigo. Usted me ha entregado veinte dólares. Eso salda su cuenta hasta la fecha. Si desea contratar a otro abogado está en libertad. Puede proceder así, si quiere.

—Pero usted ha tenido muchos gastos. Ha recurrido a unos detectives y...

—Ésta será mi contribución a la causa.

Otra vez se mostró Ellen Adair vacilante. De pronto, echó hacia atrás su silla.

—Usted, como abogado, señor Mason, no podrá hacer uso de mis confidencias. No puede divulgar ninguna de las informaciones que le he dado. No sé qué cantidad pueden cobrar los detectives, pero aquí tiene dos billetes de cien dólares. Usted puede considerar que se ha retirado del caso o que éste se ha apartado de usted. Cuanto más le conozco más segura estoy de que obrará conscientemente, debiendo decirle que existen factores que usted ignora.

»No tengo ya el menor apetito. Estoy conforme con que ejerza el derecho masculino de hacerse cargo de la cuenta.

»Buenas noches.

Ellen Adair levantó la cabeza con un gesto característico en ella, abandonando el reservado.

Mason, se quedó con la mirada fija en los dos billetes de cien dólares que la mujer había colocado sobre la mesa. Después, muy serio, clavó los ojos en Della Street.

—¿Hay algún gato o perro en el edificio en que tienes tu apartamento? —preguntó a la joven.

—Una vecina mía tiene un gato.

—Cuando la camarera sirva el biftec de Ellen Adair —dijo Mason—, le pediremos una bolsita de plástico. Puedes explicar al gato que ha soplado un mal viento, un viento que no va a traer nada bueno.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, a las nueve, Paul Drake produjo sobre la puerta del despacho de Mason, con los nudillos, la señal de llamada que constituía para ellos una especie de clave.

Le abrió la puerta Della Street.

Paul Drake, alto, de vivos movimientos, natural en su aspecto, se incrustó en un sillón muy cómodo, el que utilizaban habitualmente las visitas. Entrelazó los dedos de sus manos sobre la rodilla derecha y preguntó sonriendo el abogado:

—¿Qué? ¿Estamos hasta el cuello de nuevo?

—Hasta el cuello, sí —replicó Mason.

—No me extraña. Flor que tocas se deshoja, Perry. Yo creo que si entrara aquí un tipo cualquiera pretendiendo cubrir los trámites necesarios para una hipoteca tú, quizá, querrías profundizar, haciendo del asunto un enigma de primera clase. Hasta es probable que salieras del caso con un misterioso asesinato antes de lo que canta un gallo.

—¿Qué es lo que ocurre ahora?

—Verás —repuso Drake—. Yo no quiero inmiscuirme en tus cosas y hay algunas que, por supuesto, no son de mi incumbencia, pero la verdad es que la has armado buena.

—¿Cómo es eso?

—Ese «reclamo» de que te valiste ayer... Me refiero a la chica alta...

—¿Qué le pasa?

—Desde luego, demostró ser un buen elemento, alejando a la jauría, que centró su atención en un rastro falso.

—¿Tenía la jauría importancia verdaderamente?

—Bien. Hiciste que me sintiese interesado por el caso, Perry. La gente que anda metida en este trabajo trabaja perfectamente,

pero... dejó una brecha en su sistema defensivo.

—Sigue —dijo Mason.

—¿Tú te has dado cuenta de que los automóviles de alquiler tienen de distintos colores los espejos retrovisores, Perry?

—¿Espejos coloreados?

—Me refiero a la parte posterior de los retrovisores —explicó Drake—. El espejo, como todos sabemos, se encuentra en la parte superior del parabrisas. Cuando lo miras desde el asiento del conductor, ves el cristal y lo que en él se refleja; si miras desde delante del coche, ves entonces el respaldo metálico del coche. En la actualidad, las compañías que se dedican al negocio del alquiler de automóviles pintan esos espejos de distintos colores. De esta manera, cualquiera que vea acercarse al coche sabe de qué clase de vehículo se trata, pudiendo averiguar también a qué compañía pertenece.

Mason asintió.

—Sabía todo eso, Paul. ¿Por qué me hablas de ello?

—Tu reclamo llevó a cabo ciertamente una labor. Dejó la oficina y fue seguida por tu tipo calvo, el fornido, el que contaría unos cuarenta y cinco años de edad. En la calle había otro hombre aguardando, un sujeto más bien alto, con unos pómulos muy pronunciados. Era un hombre de unos setenta años de edad, delgado, de rostro sombrío.

—Sigue —dijo Mason a su amigo—. Has conseguido interesarme.

—Bien. Mi auxiliar tomó un autobús para dirigirse al apartamento... A propósito, Perry: aquí tienes las señas del mismo y el número de teléfono.

Drake alargó dos tarjetas a Mason.

—Una es para ti y la otra para Della. Guárdate tu tarjeta en un bolsillo, Perry: es posible que necesites hacer una llamada. Creo que se van a producir algunos acontecimientos dentro de este caso.

—¿Por qué?

—Todo está muy caliente —repuso Drake—. No tardará en presentarse la ebullición.

—Continúa, Paul.

—Una vez en el apartamento, mi auxiliar me telefoneó, comunicándome que todo estaba en orden. Habíase encaminado a

aquél, siendo seguida por un coche. De acuerdo con las instrucciones recibidas, había ido de un extremo del apartamento a otro, deslizándose fuera por la puerta posterior, tras lo cual se dirigió a su piso. Aquí se preparó una maleta para una estancia de cuatro o cinco días. Trasladóse luego al supermercado, adquiriendo las provisiones precisas. Finalmente, se fue a nuestro escondite.

»Dice que no llevaba allí ni un par de horas cuando aparecieron dos coches. El conductor de uno de los vehículos era un tipo de unos cuarenta y cinco años de edad, más bien fuerte... En pocas palabras: tratábase de un hombre que respondía a la descripción de quien tú catalogaste como detective. El otro sujeto era un hombre alto, delgado, de aire sombrío, una especie de busardo con figura humana, para ella. Estos individuos dejaron sus automóviles en lados opuestos de la calle, mirando en direcciones contrarias.

»Bueno, hay una treta a la que se recurre cuando se está gastando algún dinero en una tarea de rastreo y se intenta evitar a toda costa la pérdida del sujeto que ha atraído nuestra atención o la de quien va a verlo. Es decir, se disponen dos automóviles en dirección opuesta. Así, en caso necesario, se toma el que más conviene, con lo cual evitamos dar una vuelta en redondo o hacer algo descarado, que llame la atención del interesado.

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Bueno. Pensé que debía salir para apreciar personalmente la situación y anotar los números de las matrículas de aquellos coches.

»Tan pronto pasé junto al primer automóvil, vi el color del espejo retrovisor, descubriendo que pertenecía a una agencia de alquiler de coches sin conductor. Avancé a lo largo de varias manzanas y di la vuelta, efectuando idéntica comprobación en el otro automóvil. Los dos pertenecían a la misma agencia.

»Me trasladé a ésta, forzando un poco la cosa para averiguar si se habían presentado allí unos hombres del Oeste medio con el propósito de alquilar dos vehículos.

»Como tú sabes, los que explotan esas agencias muestran un particular interés por conocer a las personas con quienes entran en contacto y saber, especialmente, si poseen la indispensable licencia de conducir. Hay que enseñar el carnet a nombre propio para alquilar un coche.

—Sigue, sigue —apremió Mason.

—Conseguí hacerme de dos nombres. El tipo fornido es Jarmen Dayton, de Cloverville. El otro sujeto, el de aspecto cadavérico, es Stephen Lockley Garland, también de Cloverville.

»Corrí a mis archivos. Pude ver, por una de nuestras fichas, que contábamos con un colaborador en una población que sólo queda a cincuenta kilómetros de Cloverville, aproximadamente. Telefoneé a mi corresponsal, preguntándole si conocía a un detective llamado Jarmen Dayton. Lo conocía, en efecto. El caso personal de Dayton se ha dado muchas veces... Perteneció a la policía de Cloverville, donde trabajó mucho para alcanzar su jefatura. Luego, se mezcló en un lío de carácter político, lo cual le costó el puesto... Entonces, abrió una agencia de detectives.

»Llegamos ahora a Garland, Stephen Lockley Garland. Todo un personaje.

—¿Qué puedes decirme acerca de él? —inquirió Perry.

—La empresa más importante de Cloverville es la Compañía de Muelles y Suspensiones. Se trata de una antigua firma. Ha estado en manos de la misma familia durante una o dos generaciones y es la dueña de la ciudad. Tiene una importancia real. No se puede llegar a ningún sitio dentro de Cloverville sin contar con la Compañía.

—Sigue.

—Bien. Garland lleva con la firma algunos años ya. Cara al público es el encargado de relaciones humanas. En realidad, viene a ser una especie de investigador de fallos, un mediador en las disputas internas y externas, un arreglалotodo.

»Cuando un hombre aspira a ocupar un cargo público en Cloverville ha de entenderse las legalmente con Garland y formular a éste toda una serie de promesas para el futuro. Si se niega a pasar por el aro, jamás resultará elegido.

»Cuando pasa algo raro, cuando una persona hace cualquier cosa que no es del agrado de la Compañía, Garland media en el asunto, acabando por dominar la situación a su antojo. Le han puesto un apodo: Garland «el Meloso».

Mason sonrió.

—Todo parece indicar, Paul, que hemos conseguido que nos apunten con cañones.

—Otra cuestión: mi corresponsal me ha dicho que hay una noticia que ha causado cierta conmoción en Cloverville. Por lo

visto, el presidente de la Compañía se ha perdido en el mar.

»Se llama Harmon Haslett. Hace un par de semanas se ausentó para realizar un viaje en yate hasta Europa. En el golfo de Vizcaya, en el transcurso de una tormenta, un yate en apuros lanzó unas señales, pidiendo auxilio. Estas señales cesaron de pronto. Se presentaron por aquella zona varios buques, no encontrándose el menor rastro del yate, si se exceptúa un salvavidas con el nombre de la embarcación. Se supone que ésta se hundió con todas las personas que en ella viajaban. ¿Hasta qué punto quieres profundizar en todo esto, Perry?

—Que me aspen si lo sé, Paul. He sido despedido, habiendo percibido doscientos dólares para que cubra los gastos.

—¡Oh! —exclamó Drake—. Ni siquiera recortando los gastos al mínimo podríamos ir muy lejos con doscientos dólares de presupuesto. No sabía que trabajabas con unos márgenes tan estrechos.

—También yo lo ignoraba. Mi cliente me dio doscientos dólares, Paul, y yo estoy dispuesto a echar sobre la mesa de juego otros doscientos más por una sola y exclusiva razón: soy un hombre sumamente curioso.

—¿Qué quieres que haga?

—De momento, Paul, me gustaría saber si Harmon Haslett es el único propietario de esa famosa Compañía de Muelles y Suspensiones. Me inclino a ver en él al hijo del fundador de la firma. Probablemente, su padre murió, o se retiró. Me agradecería conocer el historial de ese individuo.

»Y, naturalmente, quisiera saber también algo más sobre esa gente que va detrás de nuestro reclamo. Quisiera averiguar dónde paran y si tienen alguna relación en esta localidad. Tomé a ese Garland por un detective de aquí.

—¿Por qué?

—Parecía moverse con soltura por estas calles —repuso Mason.

—Yo creo que se moverá con la misma desenvoltura en cualquier otra gran ciudad de los Estados Unidos —declaró Drake—. Ese individuo dispone de hombres que trabajan para él y, evidentemente, ejerce un cargo de importancia. En Garland, un metomentodo, se combinan, como ya he dicho antes, diversas actividades y ninguna de ellas debe de ser muy clara.

Los labios de Mason se dilataron en una sonrisa.

—Cuando tu cuenta ascienda a los cuatrocientos dólares, házmelo saber, Paul.

—¿Nos pararemos ahí?

—¿Cómo voy a saberlo? —repuso el abogado—. Esto es interesante. Considerémoslo una especie de vacación.

Drake hizo un gesto afirmativo.

—Te tendré al corriente de lo que haya, Perry.

Seguidamente, Paul abandonó el despacho.

—¿Has anotado esos nombres? —inquirió Mason, dirigiéndose a Della Street.

Della, que había estado tomando notas en el curso de la conversación mantenida por los dos amigos, asintió.

—¿Quieres que los escriba a máquina?

—No —contestó Mason—. No me resultará difícil recordarlos. A Jarmen Dayton ya lo conozco. El otro es Stephen Lockley Garland; tiene que ser todo un tipo.

—Tú me vas a poner en una situación bastante delicada —declaró Della Street.

—¿Por qué?

—¿Cómo voy a justificar ante el servicio de recaudación de impuestos esos doscientos dólares que has añadido? Todo el mundo querrá saber de qué caso se trataba y de dónde procedía el dinero.

Mason miró a la joven, burlón.

—Les dirás que se trataba de las vacaciones del abogado —dijo. Della Street suspiró.

—A veces sabes mostrar una gran falta de simpatía por quien tiene sus responsabilidades como secretaria.

Capítulo 5

A media tarde, Paul Drake hizo la señal convenida en la puerta del despacho de Mason. Della abrió la misma.

—Bueno, Perry —manifestó Paul—. Tengo más informes de Cloverville. Creo que la información de que dispongo ahora podrá servirte para llenar algunos huecos, pero desconozco con exactitud su alcance.

—Habla, Paul.

—La compañía de Muelles y Suspensiones de Cloverville es la empresa de un hombre. Fue regida por Harmon Haslett hasta su muerte, acaecida unos días atrás. Su padre, Ezekiel Haslett, fue el fundador de la compañía, la cual, como ya te indiqué, lo es todo en Cloverville.

»Haslett no tenía ninguna esposa en el momento de morir, pero dejó dos hermanastros: Bruce Jasper y Norman Jasper.

»Ha circulado un rumor de que existe un testamento, en virtud del cual todo va a parar a manos de los Jasper, a menos que Haslett tuviese descendencia.

»Es ésa una previsión muy especial, ya que si bien Haslett estuvo casado en otro tiempo, por lo que hasta ahora se sabe no dejó hijos.

»Ahora haré mención de unas habladurías. Pero lo cierto es que se trata de una historia recogida por mi corresponsal.

»Hace muchos años, durante su movida juventud, Harmon Haslett puso a una chica «en apuros», como se decía entonces en determinadas situaciones.

»De la muchacha no se había podido decir nada nunca, pero no pertenecía a la buena sociedad y Haslett figuraba entre la *crème de la crème* en Cloverville. Todo el mundo suponía que acabaría casándose con alguna de las herederas más conocidas de la población.

»Haslett se sintió presa del mayor pánico cuando se enteró de lo que le ocurría a la chica, recurriendo entonces a Garland, a nuestro viejo amigo «el Meloso», el arreglалotodo de la Compañía, el hombre cuya misión consistía en ofrecer a la gente la faz de una empresa irreprochable.

»En aquella época, el padre de Harmon, Ezekiel Haslett, habría puesto el grito en el cielo de haberse enterado de que su hijo se hallaba en tal aprieto.

»En las manos de Garland estaba la solución de todos los males. Al parecer, dijo al joven: “Tómatelo con calma muchacho. Esto es algo que puede pasarle a cualquiera”.

»Inmediatamente añadió: “Voy a decirte qué es lo que tienes que hacer. Te irás de este país en el primer buque que salga para Europa. Estate allí un año, si es necesario. Por mi parte, voy a enviar a tu amiguita mil dólares. No hay ningún método mejor para solucionar tu papeleta”.

—¿Cómo has llegado a saber esto? —preguntó Mason a Drake.

—Por mi corresponsal, quien, a su vez, se lo oyó contar todo a la persona a quien Haslett confió el secreto de su pasado.

»La cosa salió tal como había pensado. Haslett se fue a Europa. El arreglалotodo envió a la chica (cuyo nombre no fue nunca mencionado ante la persona a quien se confió Haslett) un millar de dólares, de billetes de a cien, que introdujo en un sobre en blanco, sin ninguna inscripción.

»La chica aceptó el dinero y desapareció. Hasta ese punto todo marchó de acuerdo con lo proyectado.

»Hubo solamente un fallo: la joven no regresó.

»Eso empezó a preocupar a Haslett. Pensaba que de haber arreglado las cosas la chica, habría vuelto transcurrido un plazo de tiempo razonable. Pero, ya lo he dicho, no fue así. Sus padres, al parecer, no volvieron a saber de ella. Más tarde se ausentaron. Creo que el padre murió y la madre volvió a casarse.

»Haslett pensaba que en alguna parte del país tenía un hijo ilegítimo. Gastó algún dinero, intentando localizar a la muchacha. No logró nada positivo.

»Los hermanastros querrán probar que jamás existió ese hijo... Y si el hijo en cuestión apareciera, procurarían demostrar que no era de Haslett.

»Su idea consiste en localizar a la mujer del caso, logrando que se confíe a la colaboradora de cualquier detective privado, averiguando así qué fue del hijo ilegítimo. Y si éste vive todavía, querrán demostrar que su padre fue otro hombre, cualquiera menos Haslett.

»Haslett no sugirió nunca la posibilidad de que el hijo no fuese suyo. Pero el arreglалото, Garland “el Meloso”, hizo todo lo que estuvo a su alcance para que dudara.

—¿Podría confiar Haslett en Garland por completo? ¿Estimaba que sabría respetar aquél su secreto? —inquirió Mason.

—Por lo visto, Garland era uno de esos ganapanes que saben siempre qué camino tomar, que van adelante siempre y que saben luego mantenerse callados como muertos.

—Mirándolo todo desde el punto de vista de Haslett, se comprende que éste considerara lógica la salida que se le ofrecía, llegando por tanto a la conclusión de que estaba siendo bien aconsejado —declaró Mason.

—¿Por qué no se molesta nadie en considerar el punto de vista de la chica? —protestó Della Street.

—Ya lo hizo Garland en su momento, al parecer —manifestó Drake—. Ahora bien, se equivocó radicalmente al juzgarla.

Mason miró a Della Street.

—El hecho de que ella no regresara jamás a su casa, de que no se mantuviera nunca en contacto con sus padres, indica ciertamente que la chica no hizo lo que aquellos hombres habían planeado que hiciera.

Mason y Della Street intercambiaron una mirada.

Drake continuó diciendo:

—Bueno, ahora te las entiendes con una mujer algo misteriosa, a la que has sustituido con una doble. No me has contado nada acerca del caso. Únicamente que necesitaban una mujer de ciertas características externas, la cual iba a servir de reclamo. Te la proporcioné. Sé del caso lo que has querido referirme y lo que te he contado yo. Me imagino que no puedes decirme nada porque así te lo ha exigido tu cliente. Sin embargo, ahí quedan mis informes, los que acabo de detallarte.

Paul Drake se puso en pie.

—Perry: me queda por pasarte una comunicación oficial. Los

doscientos dólares de tu cliente se desvanecieron hace tiempo como quien dice. Los doscientos adicionales acaban de perderse... ¿Qué hago ahora? ¿Lo desmonto todo?

—¿Significa eso que tu colaboradora tendría que abandonar el apartamento?

—Con toda seguridad —respondió Drake—. Ten en cuenta que le pago por día de estancia, siendo los gastos a mi cargo. En este asunto y por tratarse de ti trabajo al costo... si es que no me he ido por debajo...

—Nada de eso, Paul. Debes cobrarme lo que a todo el mundo.

—¿Qué hago en definitiva?

—Haz que las cosas sigan como están hasta que yo te diga basta —repuso Mason—. Me interesa este asunto. Y tengo una corazonada, Paul: creo que las informaciones que recojamos ahora nos van a servir luego de mucho.

—¿Un testamento en litigio? —inquirió Drake—. He aquí algo que se sale de tus actividades normales.

—Yo soy abogado, Paul. Comparezco ante los tribunales cuando es requerida mi intervención. Me he especializado en casos criminales. Pero me he ocupado de otros asuntos. Y de testamentos en litigio también, de tarde en tarde. Donde surja una disputa legal allí estoy para mediar.

—Muy bien. Dispondré que todo siga como hasta ahora. Te advierto, sin embargo, que esto va a costar mucho dinero.

—Tú sabes que yo tengo alguno.

Drake se echó a reír.

—También es verdad que tienes una condenada inclinación hacia todo lo que supone aventura.

—Poseo, asimismo, tú lo sabes bien, un gran amor por la justicia. Y al ver a toda esa gente agrupada en contra de... ¡Oh! No importa...

Drake sonrió.

—No quiero especular con las circunstancias de tu caso, Perry. Ni siquiera deseo saber dónde has ocultado a la mujer que ha motivado tu petición de lo que hemos dado en llamar el «reclamo». Quiero advertirte, no obstante, que debes andar con cuidado. Garland es un sujeto inteligente. Y Jarmen Dayton no es ningún necio. Es posible que hayas empezado logrando engañarles, pero

procura ser prudente, no vaya a volverse todo contra ti después.

—Seré prudente, Paul —prometió Mason.

Capítulo 6

A última hora de la tarde sonó el timbre del teléfono. Della Street, que atendió en seguida la llamada, enarcó las cejas, sorprendida, mirando a Mason.

—Un momento, Gertie. Voy a contestarle inmediatamente.

»En la oficina exterior se encuentra Stephen L. Garland. Ha dicho a Gertie que no está citado contigo, pero que le trae aquí un asunto en el que tú te hallas interesado, a su juicio, en virtud de ciertas razones.

—¡Vaya con «el Meloso» de Garland! —exclamó Mason—. Ahí tenemos a nuestro arreglallotodo, al hombre capaz de ofrecer salidas para todos los problemas. Bueno, ¿tú qué crees que viene a buscar aquí?

—Información —repuso Della Street.

—He aquí una manera muy personal de conseguirla —comentó Mason—. Garland debe de ser especialmente apto para poner dispositivos electrónicos en las líneas telefónicas, para sobornar testigos, para... Bien, Della: que entre. Veamos qué es lo que tiene que decirnos.

Unos momentos más tarde, Della hacía entrar en el despacho al alto, al cadavérico, al severo Garland.

—Señor Mason... —saludó Garland, con su voz profunda de bajo.

—Siéntese —le dijo el abogado.

—Usted sabe quién soy yo y conoce todas mis circunstancias personales —declaró Garland.

Mason frunció el ceño.

—No nos engañemos mutuamente, Mason. El tiempo no está de nuestra parte. Creo que es mejor que nos mostremos los dos absolutamente sinceros.

—Adelante. Es su turno —señaló Mason.

—Llevo ya muchos años en la Compañía de Muelles y Suspensiones de Cloverville.

»Inicialmente, me ocupaba de las reclamaciones que se producían. Luego, asesoré a los abogados en las demandas de petición de indemnizaciones por daños. A continuación, he venido actuando de mediador de muchas desavenencias, convirtiéndome en el encargado de relaciones públicas de la empresa, en mayor o menor grado.

Mason asintió.

—En la actualidad, tiene usted por cliente a una mujer en la que me hallo interesado de modo vital. Ha hecho que se oculte. Usted cree que no sé dónde está, pero se equivoca. Conozco su paradero.

—¿Será posible?

—Se encuentra en el edificio de los apartamentos Rosa Lee, en el trescientos diez. Ocupa el apartamento con el nombre de Ellen Smith. Su nombre real es Ellen Calvert. Yo le hice una mala jugada hace veinte años. Lo siento. He sentido muchas veces remordimientos por aquello, pero ¡qué le voy a hacer! No siempre puede uno dar en el blanco.

»Se me ha confiado un trabajo. Y yo intento hacerlo lo mejor posible. El presidente de la Compañía era Ezekiel Haslett, un hombre duro, de mandíbula cuadrada y labios apretados, un producto de la vieja escuela.

»Todo el mundo sabe lo que eran los muchachos de su generación, quienes habíanse visto contenidos, disciplinados. Hacíaseles trabajar fuerte para que no dispusieran de tiempo que pudiesen dedicar a peligrosas expansiones.

»Ezekiel quería que la Compañía de Muelles y Suspensiones fuese cara al público algo irreprochable. Yo era quien tenía que encargarme de tal misión.

»Cuando uno de nuestros hombres se metía en un lío por conducir en estado de embriaguez, a mí me tocaba arreglar las cosas para que no hubiese publicidad. Hubo un joven que después de embriagarse forzó a una de las empleadas. Tuve que arreglar aquello. Y créame, costó lo suyo... La chica quería llevar al joven a los tribunales. Pero yo le señalé que en el momento en que ella alegara ante un tribunal haber sido atacada, la defensa tendría el

derecho a hablar de sus experiencias sexuales anteriores.

»Ella trató de hacerme ver que era igual. Ahora, aquí es donde el viejo Garland se ganó el sueldo. Me convertí en una especie de detective. Pude señalar nombres, fechas y números de teléfonos. Luego, le entregué un millar de dólares en billetes para que se consolara, buscando a la joven una colocación en otra firma muy relacionada con la nuestra y situada a muchos kilómetros de distancia. La despaché con un billete de tren pagado y dándole mis bendiciones.

»Al final, yo creo que se quedó contenta.

—¿Y esa otra mujer de la que estaba usted hablando? —inquirió Mason.

—En ese caso hice una chapucería, por decirlo así —repuso Garland—, aunque seguí el mismo procedimiento, el normal en tales situaciones. Había tenido relaciones amorosas con el joven Haslett. Habían llegado demasiado lejos y de pronto la muchacha descubrió que se hallaba en estado.

»Eso ocurrió hace ya bastantes años. Ella me hablo de “vergüenza” y se negó a hacer lo que se hacía en mayor o menor extensión por entonces.

—¿Qué quería pues la chica? —preguntó Mason.

—No tenía la menor idea sobre esto. Primero, pensé que pretendía casarse con Haslett y tener el niño. Pero ahora creo que estaba tan asustada que no sabía con exactitud qué era lo que deseaba. De todas formas, hice lo de costumbre. Envié a Haslett a Europa, para que hiciese un largo viaje, moviéndose por donde nadie lo conocía, por donde era casi imposible localizarlo si no surgía alguien que se gastase una fortuna en eso. Luego, remití a la chica un millar de dólares, en billetes de a cien, usados, que introduje en un sobre blanco, sin inscripción alguna.

»Naturalmente, de haber protestado, yo hubiese negado toda relación con aquel envío de dinero a su nombre y ella no habría podido probar nada.

»Se trata de una combinación que siempre da resultado. Ellas se muestran indignadas al principio, amenazadoras incluso, pero después se impone el sentido práctico, la conveniencia. Acaban tomando asiento para contar calmadamente los diez billetes de cien dólares, gracias a los cuales pueden desplazarse, vivir mientras

buscan una nueva colocación, etcétera. Después, regresan a sus hogares contando una historia acerca de un ataque de amnesia o hablando de su irresistible deseo de ver el mundo, haciendo referencia a algunas aventuras ficticias. Así es como vuelven a reanudar su vida donde la interrumpieron.

»En ocasiones, estas muchachas dan con otro hombre. Presentado a sus amigos y parientes, es probable que el recién llegado se convierta en esposo, un esposo que, frecuentemente, no sabe nada en absoluto del pasado.

—¿No dio resultado el proceder corriente en este caso? —preguntó Mason.

—No dio resultado. No sé qué es lo que pasó, pero conozco el paradero de la muchacha y deseo hablar con ella. Usted la ha retirado de la circulación. Es cuestión de tiempo que yo llegue a la chica, consiguiendo una entrevista.

—¿Está usted seguro de lograrlo?

—Voy a ser explícito con usted —contestó Garland—. Haslett se ha perdido en el mar. Si hay un heredero, todo irá a parar a él. Si no lo hay, heredarán los hermanastros. Los hermanastros siguen el rastro, intentando averiguar qué fue lo que sucedió. Yo soy un empleado de la Compañía. Trabajaré para los hermanastros o trabajaré para el heredero. Una y otra cosa da igual: me propongo cumplir con mi obligación.

»Sin embargo, quiero saber a qué atenerme concretamente y deseo dar a este caso una solución satisfactoria. Me propongo arreglarlo todo personalmente, impidiendo que un detective privado contratado por los hermanastros me gane por la mano.

—Concretamente, ¿qué es lo que quiere que haga yo? —inquirió Mason.

—Son muchas las personas implicadas en el asunto, todas con distintas aspiraciones. Los hermanastros, representados por Duncan Lovett, quieren probar que nunca hubo un hijo ilegítimo. En ese caso, los hermanastros heredarán la firma y yo me encontraré con tres años por delante, tres años de trabajo, antes de que pueda retirarme con una pensión.

»Póngase usted en mi lugar, Mason. No pienso hacer nada que me enfrente con los hermanastros.

»Por otra parte, supongamos que hubo un hijo ilegítimo. Si ese

rumor responde a una realidad y es verdad que Harmon Haslett ha dispuesto en su testamento que todo pase a él, siempre y cuando sea probada su paternidad, yo me encontraré en una posición muy distinta. El chico, que ahora contará diecinueve años, heredará la Compañía.

—Y entonces, usted acude a mí.

—Acudo a usted, sí.

—¿Y usted no sabe que yo tengo ciertas obligaciones morales, que me impiden facilitarle información? —preguntó Mason.

—Yo sé que usted tiene ciertas obligaciones morales. Sé perfectamente que no puede darme todas las informaciones que yo le pida. Pero también sé que no nació ayer. Usted es, probablemente, la única persona que está al corriente de los hechos y...

Sonó insistentemente el teléfono especial de Mason, aquél no estaba registrado en la guía, cuyo número únicamente conocían Paul Drake y Della Street.

Ésta enarcó las cejas, mirando a Mason.

El abogado asintió, diciendo:

—Yo atenderé la llamada, Della —acercóse el auricular al oído y preguntó—: ¿Qué pasa, Paul?

—Tu reclamo se encuentra en apuros —dijo Drake.

—¿Cómo es eso?

—Un abogado que responde al apellido de Lovett y una mujer han entrado en el apartamento.

—¡Maldita sea! —exclamó Mason—. Le di instrucciones para que no dejara pasar a nadie.

—Lo montaron todo inteligentemente —repuso Drake—. La mujer llamó a la puerta. Mi colaboradora abrió la misma todo lo que le permitía la cadena de seguridad. Detrás de la visitante se apostó un hombre que transportaba una caja llena de herramientas, al parecer. La mujer dijo: «Mi apartamento queda debajo del suyo. Hay una gotera que a mi juicio procede de algún escape en la tubería de su cuarto de baño. Bueno, el caso es que el techo de mi cuarto está empapado de agua. En unos minutos este hombre arreglará el desperfecto».

»Mi colaboradora hubiera preferido efectuar alguna comprobación antes, pero la verdad es que se sintió convencida,

soltando la cadena de la puerta y diciendo a la pareja: “Entren”. El hombre, una vez en el interior del apartamento, dejó su caja en el suelo. Contenía tan sólo montones de hojas de periódico y una cartera de mano. Se hizo con ésta y dijo a mi auxiliar: “Ahora, querida, quisiera hacerle unas cuantas preguntas. Si responde a ellas con entera sinceridad todo marchará bien. Si opta por mentir es posible que se vea en un apuro”.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Mi auxiliar se negó a hablar, ordenando a la pareja que abandonaran el apartamento. El hombre y la mujer se encuentran todavía allí, sentados. Mi colaboradora desea saber si ha de llamar a la policía o qué otro camino tomar.

—Llámla de nuevo —dijo Mason—. Dile que aguarde mi llegada. Me presentaré allí dentro de veinte minutos. Puede decir a esa gente que Perry Mason llegará al apartamento en seguida para actuar como representante suyo. Eso, probablemente, los atemorizará. Es posible entonces que se marchen. Si no se van ya veré yo luego qué es lo que tiene que decir.

Mason interrumpió la comunicación, diciendo a Della:

—Coge un bloc de notas, Della. Nos vamos.

El abogado guardó silencio durante unos segundos, mirando a Garland.

—Bien, Garland. Usted había localizado un apartamento en el edificio Rosa Lee. Una mujer que usted conoce por el nombre de Ellen Smith se encuentra allí y ciertas personas han penetrado en el apartamento valiéndose de un ardid...

—Debe tratarse de Duncan Z. Lovett —respondió Garland—. Es un individuo inteligente y rápido. Ha contratado los servicios de un detective privado que sabe tanto como yo. Estuvimos vigilando a la vez el apartamento. Ha empleado dinero en este asunto, Mason, y también su cerebro.

—Perfectamente. Si desea darse un paseo en coche, acompáñenos. Es posible que tenga necesidad de una persona que atestigüe lo que allí va a pasar.

—No olvide usted que estoy comprometido —replicó Garland.

—Sí, no lo olvido. Pero pienso que usted no irá a incurrir en el delito de perjurio, ni estará dispuesto a atestiguar algo que no haya pasado. Tengo la impresión de que usted juega limpio.

—Me parece muy bien, Mason, que hablemos con entera franqueza. Le diré esto: intento jugar limpio, pero no olvide que debo ser leal a las personas que represento.

—Vámonos cuanto antes —dijo Mason.

—Jarmen Dayton se encontrará allí, vigilando el apartamento —anunció Garland.

—Magnífico. Le haremos subir con nosotros. Necesitaremos disponer de todo un auditorio. Cuantos más seamos más reiremos. Usted véngase con nosotros, suba a nuestro coche. Pienso pisar el acelerador a fondo.

Garland se puso en pie.

—De acuerdo. Les acompaño.

Capítulo 7

Mason estacionó su coche junto a la acera, enfrente de los apartamentos Rosa Lee. Inmediatamente, se apeó.

Sus dos pasajeros hicieron lo mismo. Della era portadora de una cartera de mano llena de papeles, principalmente blocs de notas y bolígrafos.

Stephen Garland echó un vistazo a su alrededor.

—Ahí está Dayton —dijo. ¿Lo necesita usted?

—Lo necesitamos —contestó Mason.

Garland le hizo una seña.

Dayton abrió la portezuela de su coche, plantándose en la acera.

Mason se le acercó.

—Vamos a subir, Dayton. ¿Quiere acompañarnos?

El detective tuvo un momento de vacilación.

—¿Por qué no? —preguntó luego.

Al mismo tiempo, miró inquisitivamente a Garland.

—Mason está informado —explicó Garland—. Creo que se inicia ahora un nuevo trato. Sigamos al abogado, a ver qué pasa.

—Está bien —repuso Dayton.

Entraron los cuatro en el edificio, subiendo por las escaleras hasta el apartamento de Drake, en el que la colaboradora de éste vivía con el nombre de Ellen Smith.

Mason llamó a la puerta.

Ésta se abrió unos centímetros, quedando retenida por la cadena.

La auxiliar de Drake los miró. En seguida se dibujó en su rostro una expresión de alivio. Soltó la cadena y abrió la puerta del todo.

—Entren.

Mason dijo:

—Soy Perry Mason. Estos hombres son Stephen Lockley Garland

y Jarmen Dayton. La joven es mi secretaria, la señorita Della Street.

Un hombre flaco, de rugosas mejillas que contaría cincuenta y tantos años de edad con unos ojos menudos y lacrimosos, casi cerrados, dio un paso adelante, tendiéndole la mano.

—Señor Mason —dijo—: esto es realmente un placer, un honor para mí. Soy Duncan Z. Lovett, de la firma Lovett, Price & Marwell. Represento a Bruce Jasper y Norman Jasper, los hermanastros de Harmon Haslett, quien ha desaparecido recientemente en el mar, durante un trágico naufragio.

»Estoy investigando un fraude. Conozco su reputación. Estoy al tanto de sus extraordinarias facultades profesionales y me consta que es usted un hombre de moral muy sólida para querer verse mezclado en un fraude. Me alegro mucho de que esta mujer le telefonara para que viniese.

»Conozco a los caballeros que le acompañan. Encantado de conocerla, señorita Street. ¿Puedo presentarles a esta acompañante mía? Es Maxine Edfield. Reside en Cloverville. Es una antigua cliente mía. He tenido ocasión de representarla en la gestión de varios asuntos.

»Observará usted que estoy dándole a conocer todos los hechos.

»¿Por qué no nos sentamos? Deseo que la señorita Edfield les cuente algo. Tengo la impresión de que cuando ella termine de hablar se habrá aclarado mucho el ambiente, hallándonos entonces en condiciones de poder hablar de negocios y hasta es posible que acabemos todos siendo buenos amigos.

Maxine Edfield era una mujer de unos cuarenta años, de ojos grisáceos, muy vivos, de modales agresivos. No era gruesa ni delgada. Sus labios estaban saturados de carmín. Pronunció unas palabras de saludo dirigidas a todos en general. Tenía una voz áspera, metálica.

—Refiérales su historia, Maxine —dijo Lovett.

—¿Completa? —inquirió ella.

—Completa, sí.

Maxine Edfield dijo en tono de desafío:

—Yo soy una mujer que trabaja.

Mason sonrió, animándola.

—Yo también —manifestó Della Street, sonriendo a su vez cordialmente.

Maxine continuó diciendo:

—Nunca dispuse del dinero necesario para estudiar en una escuela de secretariado, ni para procurarme una formación regular. He trabajado mucho de camarera, llegando a ser con el tiempo cajera del «Cloverville Café». Es un buen empleo.

—¿Y a qué se debe su presencia aquí? —preguntó Mason.

—He venido en avión, con el señor Lovett. El señor Lovett es el abogado de quienes explotan en la actualidad el «Cloverville Café». Él se ha encargado de todo lo referente a mi viaje.

—Bueno, dejémonos de preliminares —medió Lovett—. Adelante, Maxine. Refiéranos esa historia... ¿Cuándo vio usted por primera vez a esta mujer, quien nos ha dicho que se llama Ellen Smith?

—La conocí... La conocí hace unos veinte años, antes de que la chica pensara en concurrir a concursos de belleza...

—¿Hasta qué punto?

—¡Oh! La conocía muy bien, a fondo.

—¿Está usted refiriéndose a la mujer que se encuentra a mi lado, a ésta en uno de cuyos hombros coloco ahora mi mano? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Cómo se llama? —inquirió Lovett.

—Ellen Calvert.

—¿Y dice que la conocía bien, a fondo? ¿Eran ambas buenas amigas?

—¡Ya lo creo! Intercambiamos confidencias de vez en cuando. Acostumbraba comer en el café cuando yo servía a las mesas. Me ocupaba de que en sus platos hubiese algo más de lo que era habitual. Llenaba su taza de café bien caliente y en los momentos de poco trabajo me sentaba a su mesa y charlábamos un rato.

—¿La trató en otros sitios? —preguntó Lovett.

—Sí. Al cabo de poco tiempo nos hicimos buenas amigas. Me invitó a visitar su habitación y yo la llevé a la mía. Era una muchacha muy bella, sólo que demasiado alta, quizá. Le dije lo que debía hacer. Le dije: «Mira, querida, trata de aparecer más alta de lo que eres en realidad». Son muchas las chicas altas que usan zapatos sin tacones, encogiéndose dentro de sus ropas, para dar la impresión de que tienen una talla inferior. Entonces parece como si

estuviesen agachadas siempre.

»La muchacha alta que se siente orgullosa de su estatura, manteniéndose perfectamente derecha, adquiere un aire majestuoso que duplica su atractivo. Son muchas las personas que gustan de las chicas de gran estatura.

»Ella me dijo que no le agradaba ser alta porque siempre resulta embarazoso, por ejemplo, bailar con un hombre de estatura inferior. Le contesté que tenía que sobreponerse a aquel complejo, aconsejándola sobre el particular.

—Siga, siga —apremió Lovett—. Cuéntenos todo lo demás. Vayamos a la parte emocional.

—Bueno —continuó diciendo Maxine—. Salimos juntas un par de veces. Nos juntábamos así dos parejas. Ellen se desenvolvía perfectamente. Le gustaban los grupos de esa clase y... y no era mojigata precisamente.

—Deje todo eso a un lado —medió Lovett—. No hace falta que mencione esos detalles. Háblenos de sus confidencias, de lo que le contó acerca de aquel especial idilio...

—¿De cuál?

—Usted sabe muy bien a cuál me refiero.

—¿El asunto de Haslett?

—Siga, siga —dijo Lovett.

—Ella consiguió colocarse en la Compañía de Muelles y Suspensiones de Cloverville. El joven Haslett se fijó en mi amiga. Era un hombre por aquel tiempo, desde luego. Haslett contaría veintidós años. Ellen creo que tenía dieciocho.

»Naturalmente, dentro de Cloverville, Harmon Haslett era un gran partido. Acababa de regresar de la universidad, donde se había graduado. Disponíase a seguir los pasos de su padre como regente de la Compañía de Muelles y Suspensiones.

»Ellen salió con Harmon Haslett un par de veces. Tuvieron que adoptar todo género de precauciones, ya que de haberse enterado el viejo Ezekiel, el padre de Harmon, de las andanzas de su hijo habría mediado en el asunto, cortando de raíz su amistad con una de las empleadas de sus oficinas.

»El padre de Harmon era uno de esos viejos secos y rectos que apenas sonríen. Dudo de que a lo largo de su vida hubiese tenido relación con otra mujer que no fuera su esposa...

—¿Qué más? —preguntó Lovett.

—Entre Ellen, aquí presente, y Harmon Haslett las cosas fueron complicándose. Luego, Harmon, a mi juicio, comprendió que se estaba buscando una complicación seria y empezó a iniciar la retirada.

»Fue entonces cuando Ellen vino a mí, solicitando mis consejos. Me dijo que quizá se había mostrado demasiado fácil, que tal vez había ido algo lejos demasiado pronto. Manifestó hallarse segura de que Harmon Haslett no pensaba en el matrimonio, pero... El caso era que él se mostraba muy apasionado con Ellen, pero cuando la chica no pudo ejercer ninguna influencia sobre el hijo de Ezekiel, las cosas cambiaron. Bueno, ustedes ya comprenderán qué era lo que pasaba. No es necesario, seguramente, que me explique más.

—Siga —dijo Lovett.

—Ellen me confió su proyecto. Pretendía obligar a Harmon a que se pasara con ella. Con tal objeto, le diría que estaba embarazada. Le contesté que, tal vez, con eso arruinaría sus relaciones. Pero Ellen objetó que la cosa no marchaba como debía y...

—¡Todo eso es una sucia mentira! —exclamó la colaboradora de Drake.

—Silencio —ordenó Mason—. Usted no diga nada, Ellen.

—Siga —indicó Lovett a la mujer—. Puede usted expresarse con la delicadeza que quiera. Ahora bien, en este asunto, dado su carácter, no podemos tolerar las ambigüedades.

—Bueno —manifestó Maxine—, el caso es que ella le dijo a Harmon que estaba embarazada.

—¿Estaba embarazada realmente?

—¡Diablos! No.

—¿Estaba usted bien informada?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Ellen quería que el joven se casara con ella. Le apretó las tuercas, señalando que había arruinado su existencia y que en su mano estaba el poner remedio adecuado.

—¿Y qué más?

—Harmon Haslett cayó en barrena. Se sintió asustado ante aquella responsabilidad. Temía que su padre se enterara de todo. Se

encontraba en un aprieto. Entonces se volvió hacia el encargado de las relaciones públicas de su empresa. Era usted, ¿no, señor Garland?

Garland había adoptado una actitud impasible, sin decir nada.

—Haslett sugirió que Garland se pusiera en contacto con la muchacha, para hablar con un médico que lo arreglaría todo. El encargado de relaciones públicas le contestó que aquello era lo último que se podía pensar, que si Harmon se mezclaba en una cosa así era cuando se exponía verdaderamente a pasarlo mal, que si las cosas no marchaban del modo debido corría más tarde el peligro de ser víctima de un chantaje.

»En consecuencia, Garland dijo a Harmon Haslett que lo dejara todo en sus manos.

»Garland se entrevistó con Ezekiel, aconsejándole que enviara a su hijo a Europa, para una estancia indefinida. Una vez en el continente europeo, se dedicaría a estudiar sus mercados, con vistas al futuro.

»No sé qué le diría a Ezekiel, pero lo cierto es que el viejo aprobó su idea. Por tanto, Harmon Haslett partió para Europa.

»Por entonces, el correo llevó a Ellen un sobre que contenía diez billetes de cien dólares. El sobre en cuestión no contenía ninguna otra cosa...

—¿Le habló Ellen del dinero? ¿Le enseñó los billetes?

—Me habló del dinero y vi los billetes —contestó Maxine—. Me dijo que había intentado una jugada maestra, sacando en definitiva un premio de consolación. Gracias a aquel millar de dólares, liquidaría el asunto, trasladándose a una ciudad donde nadie la conociera, para empezar una nueva vida.

—¿Le dijo ella eso?

—Sí.

—¿Esta mujer? —inquirió Lovett.

—Esta mujer —respondió Maxine.

Lovett miró a su alrededor, señalando:

—Para su información les diré que Maxine Edfield ha hecho un affidavit que contiene estas declaraciones. Lo tengo en mi poder. No creo que nadie desee verse mezclado en una reclamación fraudulenta, a menos que Ellen Calvert, aquí presente, intente... o bien haya tenido alguna vaga idea de... Pero me daría por

satisfecho con que usted, querida, ahora, declare... ¿Lo hará?

La colaboradora de Drake miró a Mason, en demanda de instrucciones.

Mason indicó:

—No diga usted nada.

—¿No puedo ni siquiera denegar...?

—Todavía no —repuso Mason—. Usted guarda silencio por consejo de su abogado.

Duncan Lovett sonrió.

—Me doy cuenta perfectamente de que su abogado se sentiría embarazado ante cualquier declaración por su parte en estos instantes. En vista de las declaraciones formuladas por Maxine Edfield, creo que el caso está liquidado.

—Me gustaría hacerle a la señorita Edfield algunas preguntas —manifestó Mason.

Jarmen Dayton previno a Lovett:

—Deje usted a este abogado interrogar a su testigo y poco después no tendrá testigo ni nada...

—¡Bah! —contestó Lovett—. ¡Tonterías! La testigo ha dicho lo suyo. Declarará lo mismo sobre el estrado de los testigos, delante de un tribunal, si se llega a eso. Cuando haga tales declaraciones, será sometida a un interrogatorio. Si no pudiera hacer frente a éste ahora, tampoco podrá luego. Le he aconsejado en repetidas ocasiones que diga la verdad y nada más que la verdad. Procediendo así no hay por qué temer nada nunca. ¿Es así Maxine?

—Así es, señor Lovett.

Éste sonrió, mirando a Mason.

—Adelante. Hágale las preguntas que desee —dijo.

Stephen Garland sacó un paquete de cigarrillos de uno de los bolsillos de su americana.

—¿Les molesta que fume?

Nadie formuló la menor objeción.

Garland encendió su cigarrillo, inquiriendo:

—¿Cuántas preguntas desea usted hacer, señor Mason?

—Unas cuantas.

—Yo soy neutral. Me siento en un rincón del cuadrilátero, por decirlo así.

Jarmen Dayton medió:

—No se engañe, Garland. Nosotros somos los transeúntes inocentes que vamos a ser alcanzados por los disparos extraviados de los contendientes.

Garland sonrió, respondiendo.

—Tenemos que correr ese riesgo. Ahora no disponemos de ningún sitio donde escondernos.

—¿Cuáles son las preguntas que desea usted hacerme? —inquirió Maxine Edfield—. Estoy dispuesta a contestarlas todas, en cuanto quiera. Me he pasado la vida trabajando. Soy un ser humano. He vivido momentos tormentosos, pero mi existencia no registra nada que no sea honesto. Todo el dinero que ha ido a parar a mis bolsillos ha procedido siempre de mi trabajo.

—Eso es muy de elogiar —replicó Mason—. No pensaba preguntarle por su pasado, señorita Edfield. Deseo tan sólo hacer un par de preguntas acerca de cosas que requieren alguna que otra explicación.

—¿Por ejemplo?

—Usted ha dicho que Ellen Calvert tomó los mil dólares, trasladándose a otra ciudad, donde nadie la conocía.

—Cierto.

—¿Cómo sabe eso?

—Es lo que ella me dijo.

—Yo voy a parar a lo siguiente: ¿por qué había de hacer ella tal cosa?

—¿Y por qué no había de hacerlo? Era joven. Tenía toda su vida por delante. Llevaba encima mil dólares. Podía desenvolverse perfectamente. Créame: si yo hubiera dispuesto de esa cantidad a sus años habría sacudido el polvo de mis zapatillas, saliendo de Cloverville en el primer tren...

—Creo que usted no comprende a dónde quiero ir a parar —contestó Mason—. Allí estaba Ellen Calvert, vencedora de un concurso de belleza, poseedora de unos papeles mediante los cuales iba a ser sometida a una prueba para el cine y...

—¡Oh! Ya le comprendo —le interrumpió Maxine—. Desde luego, el mundo era suyo en aquellos momentos. Usted lo que piensa es que en aquellos instantes no existía ninguna razón que la impulsara a huir.

—Cierto.

—Bueno —dijo Maxine—, usted examina la cuestión por una de sus caras. Busque otro punto de vista. Allí estaba Ellen quien había estado a punto de contraer matrimonio con el soltero más apetecible de Cloverville. Probablemente, se ilusionó mucho con esto.

»Cuando la cosa empezó a enfriarse, decidió exponerlo todo a una carta. Inventó lo del embarazo para ver si el truco daba algún resultado.

»El truco falló.

»Se dio cuenta de que acababa de perder irrevocablemente al hombre que le convenía. Personalmente, opino que estaba enamorada de él. De veras, quiero decir. Pero una chica ha de saber cuidar de sí misma y Ellen había vivido ya lo suficiente para saber a qué atenerse en tal sentido.

»De todos modos, estuvo en Hollywood. Había sido sometida a unas pruebas para el cine. Creyó tener pronto noticias sobre el particular, pero comenzó a comprender que se hallaba en una de esas situaciones en las que los patronos en perspectiva suelen decir: “No llame por teléfono ni escriba; ya la llamaremos o escribiremos nosotros”.

»Sí, había sido hecha una previsión para un par de pruebas cinematográficas. La gente encargada de eso había cumplido con una de las cláusulas del contrato. Ésta especificaba que Ellen había de ser colocada delante de una cámara, para que recitara unas frases, procedentes de un guión, denotando unas emociones lo mejor que pudiera.

»La cosa resultaba divertida y ella abrigó muchas esperanzas. Pensó haberlo hecho bien, al simular un ataque de ira, un arranque de odio, un gesto de amor, de asombro, de terror y todo lo demás. Desde el punto de vista de los hombres de los estudios de Hollywood, habituados a juzgar a las actrices y actores profesionales, lo único que hizo Ellen fue salir fotografiada al tiempo que componía unas cuantas muecas.

»Tan pronto vieron las pruebas conocieron la respuesta. Sin embargo, no quisieron matar las esperanzas de Ellen sobre la marcha. Limitáronse a decirle: “Vuélvase a Cloverville, que nosotros vamos a efectuar un estudio de las pruebas. No nos llame; ya la llamaremos nosotros”.

»Entonces, Ellen vio cómo sus castillos de naipes se derrumbaban. Precisamente, por aquellas fechas, notó que su amigo se enfriaba más y más. El ardor y la impetuosidad de los primeros días fueron sustituidos por la reflexión. El joven no hacía más que pensar en lo que ocurriría cuando su padre, el viejo Ezekiel Haslett, se enterara de que había tenido relación íntima con una de las empleadas de la organización. Sabría entonces que había llegado muy lejos en aquel idilio y que Ellen esperaba como algo muy natural el matrimonio.

»Mientras la tuvo cerca, Harmon Haslett se sintió entusiasmado con ella; luego, con el alejamiento, vino el olvido casi.

—¿Usted cree que Ellen lo sabía? —preguntó Mason.

Maxine se echó a reír.

—Ellen está sentada a su lado. ¿Por qué no le hace esa pregunta? Naturalmente que lo sabía. Es lo malo de ustedes, los abogados. Están al cabo de la calle en lo tocante a las leyes, pero lo ignoran todo cuanto se refiere a la naturaleza humana. Acostumbran a valorar a las mujeres por lo bajo.

»Cuando un hombre está con una mujer suele delatar sus pensamientos más íntimos, por un millar de medios... A través de sus emociones, con simples miradas, con el tono de la voz, por la forma de espaciar las palabras... Desde luego, Ellen estaba informada.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque ella me lo dijo. Me contó que Harmon, a veces, se quedaba silencioso y caviloso; ocurría también que no llamaba a mi amiga con la frecuencia de antes. El hombre, evidentemente, intentaba controlarse. De este modo, gradualmente, llegaría a la ruptura. En esto fallaba, sin embargo. De pronto, volvía a mostrarse afectuoso, cariñoso...

»Pero al final Ellen se encontró con que lo había perdido. Por aquellas fechas comprendió que los fantásticos contratos con que había soñado, los de Hollywood, no llegarían a materializarse nunca. Por supuesto, Ellen era ya una joven desilusionada.

»De repente se encontró con que le caían en las manos mil dólares. Ella optó por “despegar” de Cloverville. Es lo mismo que yo habría hecho en circunstancias semejantes. Lo habría hecho cualquier mujer en su lugar.

—¿Conocía usted a Ellen muy bien?

—Desde luego que la conocía. Sólo cuando hay mucha confianza, mucho trato, confía una mujer a otra sus asuntos amorosos, o la idea de valerse del truco del embarazo para cazar a un hombre.

—No he pensado ni por un momento que usted fuese una desconocida para Ellen. Únicamente quería estar al tanto del grado de amistad que las unía.

—Pues sí, éramos amigas...

—Usted se está refiriendo a la joven que en estos momentos se encuentra sentada a mi lado, ¿no?

—Me refiero, por supuesto a la joven que está sentada a su lado y no trate de negarlo —repuso Maxine—. Ha cambiado mucho, pero es la misma Ellen Calvert.

—¿Y es ésta la joven que le habló de su proyecto de atrapar a Harmon Haslett fingiéndose embarazada?

—La misma —contestó Maxine—. Y no la deje que mienta negándolo, ni se deje usted engañar por ella.

—Un momento, un momento —dijo Duncan Lovett—. La identidad de esta mujer no tiene que ver nada con la situación planteada actual. Ella no ha negado su identidad.

Mason dijo:

—En las situaciones de este tipo nunca se hallan fuera de lugar las preguntas que tienden a precisar, a hacer más concretos los recuerdos de los testigos.

—Ya comprendo, sí —manifestó Lovett—. Sucede que yo había esperado asistir a una clase de interrogatorio más diestro —añadió con una sonrisa—. No es que pretenda criticar su actuación, señor Mason. Se trata de que como usted disfruta de una gran fama en estas lides, había esperado un interrogatorio francamente brillante, algo insuperable...

—En un interrogatorio, lo de menos es la brillantez del mismo —repuso Mason, severo—. El objetivo primordial del interrogatorio es la averiguación de la verdad. Se trata en esencia, señor Lovett, de descubrir si el testigo de turno es sincero o no.

Lovett se echó a reír, sarcástico.

—Eso queda dentro de la línea de los libros de leyes; es lo que se enseña en los centros especializados. Usted sabe tan bien como yo,

señor Mason, si hemos de profundizar en esto, que lo que perseguimos con el interrogatorio es antes que nada averiguar a nuestra entera satisfacción si un testigo dice la verdad. Si usted logra averiguar eso pasará inmediatamente a la siguiente etapa: intentar que el testimonio que él pueda aportar sea susceptible de duda.

—Así, pues, usted cree que ése es mi proceder habitual, ¿eh? —preguntó Mason.

—Por lo que a mí respecta —repuso Lovett—, le diré que dada su reputación yo me figuraba que haría ante este auditorio una especie de juegos malabares.

—Siento haberle desilusionado.

—Bueno, prosiga con su interrogatorio... o como quiera llamar a esto —invitó Lovett.

—Me estoy concentrando de momento en los recuerdos de la testigo —manifestó Mason—. Pienso que puede darse algo así como una confusión de identidad por el hecho de haber transcurrido veinte años.

—¡Bah! ¡Tonterías! Esta mujer reconoció a Ellen Calvert nada más verla, en el momento en que abrió la puerta. Inmediatamente, dijo: «Hola, Ellen». ¿No es verdad, Ellen?

—Por ahora, no conteste a ninguna pregunta —avisó Mason a la colaboradora de Drake.

—Opino —declaró Lovett— que está usted perdiendo mucho tiempo con todo lo referente a la cuestión de la identidad.

—Bueno, permítame que le haga una pregunta, señorita Edfield —dijo Mason—. La formularé de un modo convencional. ¿Está usted tan segura en lo que concierne a la identidad de Ellen Calvert como de las otras declaraciones suyas?

—Completamente segura.

—Si usted está confundida por lo que respecta a la identidad de Ellen Calvert, también podría estar equivocada en lo que atañe a los otros testimonios, ¿no?

—Un momento, un momento —medió Lovett, poniéndose de pronto en pie—. ¿Qué significa esto? ¿Qué se está cociendo aquí?

—¿Se opone usted a que la señorita Edfield conteste a mi pregunta? —quiso saber Mason.

—Le diré que no me agrada la manera de formulársela. No me

gusta... Maxine: esta mujer es Ellen Calvert, ¿verdad?

—Naturalmente que sí.

—¿Está segura de ello?

—Desde luego que estoy segura. Este hombre no va a enredarme a mí pretendiendo que no se trata de Ellen Calvert. La conozco y me figuro qué se propone él. ¿A qué viene eso de si estoy equivocada o no sobre las cosas que acabo de decir? ¿Por qué poner en duda si sé o no que esta mujer es Ellen Calvert? Aquí vienen los juegos de manos de que me habló usted cuando salimos de Cloverville.

Lovett miró a la auxiliar de Drake y luego a Maxine Edfield. Lentamente, entonces, volvió a sentarse.

—Que quede bien claro —manifestó Mason— lo siguiente: si usted se ha equivocado al identificar a Ellen Calvert, podría haber incurrido en un error en las otras partes de sus declaraciones, ¿eh?

—¡Qué tonterías! —repuso Maxine—. Esta mujer es Ellen Calvert y acabo de explicarle todo lo que le pasó.

Mason se volvió hacia la auxiliar de Drake.

—¿Quiere hacer el favor la auténtica Ellen Calvert de ponerse en pie?

Se produjo un súbito silencio absoluto. El momento era de gran tensión.

Mason dijo a la colaboradora de Paul Drake:

—¿Quiere usted decirnos su verdadero nombre y ocupación?

—¿Habla usted en serio? —inquirió ella.

—Desde luego.

—Me llamo Jessie Alva. Poseo la licencia oficial para trabajar como detective privado, hallándome en la actualidad al servicio de la Agencia Drake. Fueron contratados mis servicios hace pocas horas. Tuve que presentarme en el despacho del señor Mason, donde permanecí unos minutos. A continuación, me trasladé a este apartamento.

»Este apartamento fue alquilado por la Agencia de Detectives Drake. ¿He de decir algo más, señor Mason?

—Creo que con eso es suficiente.

Lovett se puso en pie de un salto.

—Nos ha engañado usted deliberadamente.

—¿No era eso lo que había estado esperando? —preguntó Mason—. Usted se sintió desilusionado, aludiendo al carácter

convencional de mi interrogatorio. Siento no haber estado antes a la altura de sus esperanzas.

Maxine Edfield medió en la conversación.

—Este hombre miente. Los dos mienten. No permita usted que le engañen. ¡Esa mujer es Ellen Calvert!

—¿Lleva usted encima su carnet de identidad, señorita Alva? —inquirió Mason.

Ella asintió, extrayendo de una pequeña cartera de bolsillo unas tarjetas de crédito, el permiso de conducir y un carnet de identidad que la presentaba como detective privado.

Duncan Lovett examinó cuidadosamente aquellos papeles, comparando las fotografías que en ellos aparecían con el rostro de la interesada.

Lentamente, muy a disgusto suyo, cerró la cartera, devolviéndosela a la mujer.

Jarmen Dayton dijo:

—Se lo advertí. Deje a este hombre en libertad y acabará haciéndole ver lo blanco, negro.

Lovett respondió:

—Esto no afecta todavía a la validez de nuestra reclamación. Esto no revela la existencia de ningún heredero.

Por su parte Maxine Edfield señaló:

—Se trata de una trampa. Mason ha facilitado a esta testigo una identificación falsa. Ellen Calvert pudo presentarse aquí y tomar el nombre de Jessie Alva para trabajar como detective privado. El hecho de que ella posea ahora un permiso de conducir a nombre de Jessie Alva no quiere decir que no sea realmente Ellen Calvert.

Duncan Lovett adoptó una actitud de desconfianza.

—Todo depende, Maxine, de que usted la haya identificado correctamente...

—Desde luego que la he identificado correctamente. No ha cambiado tanto con el paso de los años. Ahora, como antes, levanta del mismo modo la cabeza, intentando adoptar un aire de reina. Tiene más años, ciertamente, que cuando salíamos juntas, pero no ha cambiado. Déle un poco de cuerda a Perry Mason y acabará saltando a la comba desahogadamente.

Lovett se había quedado pensativo y silencioso.

Jarmen Dayton inquirió:

—¿Usted qué dice de todo esto, Garland?

Garland esbozó una sonrisa:

—Por lo que a mí respecta, me encuentro fuera del campo, haciendo, por decirlo así, de juez de línea. Pero me siento responsable del presente alboroto. Cometí el fatal error de subestimar a mi adversario.

»El único medio de que yo dispuse para la identificación fue una vieja fotografía, tomada hace veinte años. Conocía también la descripción: tratábase de una mujer alta, de aire digno, real, mejor dicho. Quise que Perry Mason enviara a buscar a su cliente, poniendo para ello el cebo necesario. Luego, se presentó esta mujer en su despacho y cuando salió la seguí hasta aquí... Pensando en todo ello debo admitir que todo resultó condenadamente fácil. Cuando uno se enreda con Perry Mason no es tan fácil desenredarse.

Dayton le preguntó:

—¿No cree usted que sea ella Ellen Calvert?

Garland se echó a reír, respondiendo:

—Si esta mujer es Ellen Calvert, yo soy Napoleón Bonaparte.

Maxine Edfield chilló:

—¡Usted no puede privarme de mi dinero así porque así! ¡Desde luego que es Ellen Calvert!

Mason miró significativamente a Della Street, que había estado tomando notas.

—¿Quién va a privarla de su dinero, Maxine? ¿Qué significan estas palabras?

—Éste, Lovett, iba a pagarme...

—¡Silencio! —gritó Lovett—. ¡Cállese de una vez! ¡Punto en boca, estúpida!

Maxine Edfield obedeció.

—¿Has anotado eso, Della? —preguntó Mason.

—Hasta la última palabra —repuso su secretaria.

Mason sonrió.

—Creo que ya podemos marcharnos todos a casa.

—Un momento, un momento —dijo Lovett—. No quiero que esas últimas declaraciones sean mal interpretadas. Convine con Maxine Edfield el pago de los gastos originados por el desplazamiento, más cien dólares por día, si se veía retenida en esta

ciudad. No es que me ofreciera a darle dinero porque declarase una cosa u otra...

Mason sonrió cortésmente.

—Creo que mis anteriores observaciones siguen teniendo validez y que podemos dar por terminada la reunión ya.

»Por lo que a usted se refiere, señorita Alva, puede pasar el informe correspondiente a Paul Drake, notificándole que ha llevado a cabo ya el trabajo para el cual fue contratada. Dígale que abandona el apartamento. Y muchísimas gracias por su colaboración.

Mason se puso en pie, acercándose a la puerta del corredor, que abrió, diciendo a los demás, sonriente:

—Por aquí, señores.

Capítulo 8

Mason y Della Street abandonaron el ascensor, encaminándose por el largo pasillo a las oficinas del primero.

—¿Nos detenemos por unos instantes para saludar a Paul Drake?
—preguntó Della Street.

Mason hizo un movimiento denegatorio de cabeza.

—No. Drake recibirá el informe de su colaboradora, Jessie Alva. Entonces se enterará de que el caso ha llegado a su fin por lo que a él respecta.

—¿Y por lo que respecta a nosotros?

Mason sonrió.

—Bueno, hemos llegado a una conclusión dramática, al menos. Della Street se echó a reír.

—Nunca olvidaré la expresión de aquel abogado cuando poco después de haberte dicho que esperaba mucho más de ti, en lo tocante al interrogatorio, comprendió de pronto que habías atrapado a su testigo, haciendo saltar su planeamiento del caso por los aires, delante de sus narices.

Mason replicó, pensativo:

—Por supuesto, Della, el hecho de que Maxine Edfield haya cometido un error al identificar a Ellen Calvert no desacredita realmente todo su testimonio.

—Pero la forma en que la has atrapado, llevándola a admitir lo que tú querías, algo cuenta...

Mason introdujo su llavín en la cerradura de la puerta de su despacho.

—Hay una cosa. Lo que más daño va a hacer a Lovett es el hecho de haber admitido ella que iba a recibir una cantidad de dinero, el que fuese, por su testimonio.

El abogado abrió la puerta, dejando pasar a Della, sacó el llavín

de su cerradura y la cerró con cuidado a su espalda.

—Desde luego, Maxine Edfield pudo haber estado diciendo la verdad. Estaba demasiado ansiosa por serle de utilidad a Duncan Lovett. Y cuando Lovett aseguró que habían dado con Ellen Calvert, al presentarse en el apartamento y ver que la puerta era abierta por una mujer alta, de aire majestuoso, que se acomodaba a la descripción general de Ellen Calvert, Maxine, naturalmente, llegó a una conclusión errónea.

»En fin de cuentas, sabía por Duncan Lovett, Stephen Garland y Jarmen Dayton que aquélla era la persona que andaban buscando.

Della Street manifestó:

—Gertie está trabajando todavía. Será mejor que le diga que estamos aquí.

Cogió el teléfono de la oficina exterior, diciendo:

—Estamos de vuelta, Gertie. Si alguien viniese... ¿Qué? ¿Cómo? ¡Cielo santo! ¡Cuelga!

Della Street se volvió hacia Perry Mason para informarle:

—La auténtica Ellen Calvert se encuentra en la oficina exterior, aguardando con impaciencia el momento de vernos.

—¡Santo Dios! ¡Qué día! —exclamó Mason.

—¿Tú crees que Garland y Dayton están ahora vigilando el edificio?

—Seguro que no me creen tan estúpido como para mandar por mi cliente ahora —repuso Mason, pensativo—. Y espero que a ella no la juzgarán tan tonta como para presentarse aquí en estos momentos. Sin embargo, ya estamos metidos en esto, Della. Dile a Gertie que la haga entrar.

Della Street dio el recado por teléfono a la recepcionista. Unos segundos después, Ellen Adair abrió la puerta del despacho de Mason.

—Lo siento, señor Mason. Sencillamente: tenía que verle. He cambiado de opinión.

—Mal momento ha escogido para eso. Siéntese.

—¿Por qué? —inquirió ella—. ¿Por qué es malo este momento, señor Mason?

Éste respondió:

—Supongo que estará usted enterada de que Harmon Haslett se ha perdido en la mar, al naufragar su yate. Stephen Garland, el

encargado de relaciones públicas de la empresa, si es que desea usted llamarlo así, y Jarmen Dayton, un detective, se presentaron aquí, intentando localizarla. Sabían que había estado usted en mi despacho. Suponían que volvería a él de nuevo.

»Me anticipé a sus movimientos, contratando los servicios de una detective que tendrá aproximadamente su edad y estatura, dándole instrucciones con respecto al aire y modales que debía adoptar. Seguidamente, la instalé en un apartamento.

»Acabamos de llegar precisamente de ese apartamento, donde ha tenido lugar una dramática escena. Un abogado llamado Duncan Z. Lovett aportó una testigo (una mujer llamada Maxine Edfield), quien identificó a la detective como Ellen Calvert, declarando que usted y ella habían salido algunas veces juntas, con amigos, y que usted le había confiado que sostenía relaciones amorosas con Harmon Haslett, añadiendo que se hallaba preocupada por haber observado el creciente desapego de Harmon, por lo que había decidido fingir que se encontraba embarazada, con objeto de ver si así podía llevar a aquél al matrimonio.

»El plan, según nos explicó la mujer, no dio resultado. Haslett, de pronto, embarcó para Europa, comportándose así por consejo de Garland. Dijo que éste le había enviado mil dólares en billetes de a cien y que usted optó por salir de la ciudad para empezar una nueva existencia. Insiste en que usted no estuvo nunca embarazada y que todo fue un plan para cazar a Harmon Haslett.

—¿Cómo...? Eso es una patraña...

—Tómeselo con calma —dijo Mason—. Es necesario que esté informada. Luego, en cuanto usted conozca los hechos, discutiremos este asunto.

»Maxine Edfield identificó a la detective como Ellen Calvert. La mujer es de su estatura y posee, aproximadamente, el mismo cuerpo. Yo le había dado instrucciones sobre su forma de andar y de comportarse.

»El resultado fue bastante ridículo. Maxine Edfield insistió en que estaba diciendo la verdad. Para ella, la detective era la mujer que había conocido con el nombre de Ellen Calvert, quien habíale confiado buena parte de sus proyectos y pensamientos.

»Todo saltó por los aires cuando la testigo de Lovett cayó en la trampa.

»Ahora se presenta usted en estas oficinas. Si Garland y Dayton andan vigilando todavía el edificio, con la esperanza de que usted se deje ver, llegarán a ciertas conclusiones guiándose por la descripción de su persona...

—Es igual —repuso la visitante—. Me propongo dar la cara y luchar.

—¿Luchar... por qué?

—Por los dos millones de dólares que son de mi hijo.

—¡Hombre! —exclamó Mason—. Esa actitud no se parece en nada a la que ha venido adoptando desde un principio.

—¿No tiene derecho una mujer a cambiar de opinión?

—¿Y qué es lo que le ha llevado a cambiar de parecer? —inquirió Mason.

La visitante abrió el bolso, del que sacó un recorte de periódico.

—Éste artículo del *The Cloverville Gazette*, para empezar.

Mason leyó el encabezamiento:

BIENES DE UN FABRICANTE VALORADOS EN DOS MILLONES DE DÓLARES

El abogado apartó la mirada del recorte.

—¿No conocía usted eso antes?

—No. Yo sabía que Harmon Haslett era el presidente de la firma, siendo virtualmente el único accionista. Pero no había llegado a imaginarme que la empresa hubiese crecido tanto a lo largo de veinte años. Evidentemente, ahora es una gran compañía.

—¿Se da cuenta de lo que significa todo esto? —preguntó Mason—. Si usted intenta reclamar esos bienes se verá acusada de fraude, se verá acusada de perjurio y el nombre de su hijo sonará en las salas de justicia, y... ¿No tiene él ninguna idea sobre la identidad de su verdadera madre?

—Ahora está informado —dijo la mujer—. Hablé con él. Se lo expliqué todo. La cosa me resultó fácil, relativamente, más fácil de lo que yo me imaginara, debido a que aquella que hizo de madre dijo en diversas ocasiones frases que despertaron sus celos.

Mason miró a Ellen Adair, pensativo.

—¿No se da usted cuenta? Usted podría ser una mujer muy, muy inteligente, autora de una conspiración con la ayuda de un hombre

joven, de la edad adecuada, montando entre los dos toda una comedia, perfectamente estudiada, que apuntara a un gran objetivo: apropiarse de dos millones de dólares.

—¿Y me toma usted por una impostora?

Mason respondió caviloso.

—Guiándome por la forma en que ha venido desarrollándose este asunto, teniendo en cuenta los hechos que se han ido conociendo... la verdad es que no sé qué pensar. Quiero hacerle saber únicamente que, de momento, me muestro escéptico.

»Tenga presente esto: ya he dejado de representarla. Nuestra relación como abogado y cliente quedó liquidada por usted. Ahora acude a mí con un plan de operaciones completamente distinto. Sólo le digo que me muestro escéptico.

—No puedo reprochárselo, señor Mason —respondió ella—. Me consta ahora que me he portado como una estúpida. Hubiera debido tomar muchas cosas en consideración.

—Conforme —manifestó Mason—. Oigamos la verdadera historia. Y recuerde también lo siguiente: yo no le pido que sea mi cliente. Le pido únicamente que me diga qué es lo que desea que haga yo, para luego decidir si he de representarla o no.

»Bien. De cuantas cosas me ha contado hasta ahora, ¿cuáles son verdad?

—Todo lo que le he referido es la pura verdad. Lo único que he hecho yo ha sido retener parte de la misma.

—¿Tuvo usted un hijo?

—Yo llegué aquí hace unos veinte años. Me encontraba en estado y desesperada, pero disponía de algún dinero. Poseía lo que me quedaba de los mil dólares que me entregaran... Como había viajado con los menores dispendios posibles, conservaba casi todo aquel dinero.

»No podía aprovecharme de lo que aprendiera en las oficinas de la Compañía Haslett. En seguida me habrían exigido, en cualquier entidad comercial o industrial, las referencias de mi empleo anterior. Por consiguiente, concentré mi atención en las tareas domésticas y en los cuidados de los niños.

»Puse un anuncio en el periódico. Me escribió una tal señora Baird, quien me pidió que la visitara. Nos entrevistamos. Estaba aquel matrimonio regularmente instalado. El señor Baird tenía un

buen empleo. Su esposa, Melinda Baird, no se encontraba muy bien de salud. No tenían hijos. Eran un matrimonio corriente, como tantos otros.

»Empecé a trabajar para ellos. Al cabo de poco tiempo, la señora Baird descubrió que me hallaba en estado. Le confié mis problemas, notificándole que seguiría trabajando mientras me fuese posible. Después, me internaría en una clínica de maternidad para dar a luz.

»Se mostró muy llana conmigo, muy cordial. Me preguntó si había considerado la solución del aborto y le respondí con sinceridad que no estaba dispuesta a pasar por tal cosa.

»No me dijo nada más aquél día. Dos días tarde, se dirigió a mi para comunicarme que había sostenido una larga conversación con su esposo... Estaban dispuestos a adoptar a mi hijo, pero existían obstáculos legales que imposibilitaban sus propósitos.

»Luego, la señora Baird me hizo una proposición. Diría a sus amistades que se encontraba embarazada. El señor Baird se quedaría en los Ángeles, para conservar su colocación. Pero la señora Baird y yo nos trasladaríamos a San Francisco. Cuando llegara el momento de internarme en una clínica, ingresaría en un hospital de San Francisco con el nombre de Melinda Baird, para dar a luz a mi hijo. El chico quedaría registrado como hijo de Melinda Baird, con el nombre que se acordara, y de August Leroy Baird.

»Eso era todo. Tras el período de recuperación, volveríamos a los Ángeles. Permanecería indefinidamente con ella. El matrimonio se ocuparía del chico como si fuera suyo. La única condición que me impusieron fue que no hiciese saber a nadie la verdad. El niño, sobre todo, no debía sospechar nada.

Mason, reflexivo, estudió a la mujer que tenía delante.

—¿Qué es lo que le hizo cambiar de opinión y por qué viene usted a mí ahora? —preguntó.

—Fueron los artículos que publicó la prensa —respondió ella—. Por ellos se sabe que Harmon Haslett ha dejado bienes cuyo valor total asciende a más de dos millones de dólares. Mi hijo es el único heredero.

—¿No estará usted intentando hacerse con algún dinero para sí misma?

—No puedo formular ninguna reclamación legal.

—Anteriormente, cuando hablé con usted, se aferró a la idea de

que el chico debía abrirse paso en el mundo por sí mismo; usted no quería que supiese que su padre había sido un egoísta, un desalmado. Ahora asistimos a un cambio sumamente brusco.

—He pensado mucho en las especiales circunstancias de mi caso. Hace varios días pensaba en un padre vivo que cedía doscientos o trescientos dólares mensualmente para que su hijo fuese atendido. Ahora pienso en un padre ya muerto y en unos bienes que ascienden a dos millones de dólares, para el chico.

—Todo lo cual —resumió Mason— contribuye a hacer de mí un escéptico.

La visitante manifestó:

—Sucedé, señor Mason, que estoy en condiciones de poder probar mis afirmaciones.

Mason se inclinó hacia delante.

—¡Hombre! Eso resultaría muy interesante. ¿Cómo va a probarlas? ¿Recurriendo al matrimonio que pasó por los padres del chico ante todos...?

—No. Los Baird murieron. Resultaron muertos en un accidente automovilístico.

—¿Cómo, entonces?

—Recurriré a una de las enfermeras del hospital de San Francisco.

—¿Va usted a hablarme ahora de una enfermera que se acuerda perfectamente de lo que pasó hace veinte años, que puede atestiguar las circunstancias especiales que concurren en determinado nacimiento, en un lugar en el que deben de haber nacido miles de niños?

—Presenta usted eso como algo increíble.

—Con franqueza: lo tengo por tal.

—Yo le digo que cuando esté al tanto de los pormenores del caso lo hallará todo muy lógico.

—¿Cuáles son esos pormenores? —inquirió Mason.

—Esa enfermera empezó a trabajar en el hospital el mismo día en que yo ingresé. Acuérdesse de que al entrar en aquel centro lo hice con el nombre de Melinda Baird... Entonces, yo declaré la edad de ésta, quien contaba veintinueve años. Yo sólo tenía diecinueve...

»Aquella mujer fue la única persona que notó la discrepancia. Comprobando los registros vio que yo había declarado la edad de la

señora Baird.

»Lo primero que pensó la enfermera fue que allí se había cometido un error. Entonces fue a verme, para tratar de ello.

—¿Cómo se llama esa mujer? —preguntó Mason.

—Agnes Burlington.

—Bien. Entonces, fue a verla antes del nacimiento de su hijo, ¿eh?

—Exacto.

—¿Le preguntó si se había equivocado al decir la edad?

—Sí.

—¿Y qué le contestó usted?

—Le contesté que no, que yo había nacido realmente el día que figuraba anotado en mi ficha, que yo era realmente mucho mayor de lo que aparentaba.

—¿Cuál fue su comentario?

—Exclamó: «¡Bah! ¡Qué tontería!», preguntándome a continuación si la había tomado por una estúpida. Finalmente, le dije que hiciera el favor de dejarme en paz, que no se preocupara de aquel detalle.

»Fue lo primero que hacía en aquel hospital, por cuya razón se acordó del episodio perfectamente.

—Eso no quiere decir que pudiera recordarla con facilidad.

—Pues eso es lo que sucedió. He hablado con ella.

—¿Que usted *ha hablado* con ella?

—Sí.

—¿Dónde se encuentra esa mujer?

—Aquí, en Los Ángeles. Trabaja aquí como enfermera ahora.

—¿Cuándo habló con ella?

—Hace poco tiempo. Esa Agnes Burlington es diabólicamente lista. Comprendió lo que sucedía en aquel hospital, por cuya razón tomó sus notas, a base de mi ficha. Recuerde que yo ingresé en la clínica con el nombre de Melinda Baird. Claro está, di las señas correctas de ésta. Teníamos que proceder así para obtener el certificado de nacimiento y ponerlo todo en orden.

»Hace un par de años, Agnes Burlington me buscó. Me dijo que se acordaba perfectamente de mí y que sabía que yo me había presentado en la clínica como Melinda Baird. Estaba al tanto de que el chico nacido allí y bautizado con el nombre de Wight Baird no

era hijo de Melinda y August Leroy. Sabía que era mío, que yo había tenido un hijo ilegítimo.

—¿Qué quería de usted? —dijo Mason.

—¿Qué iba a querer? Dinero. Era una chantajista profesional, una mujer muy astuta. Las enfermeras se enteran de cosas a veces muy reservadas. Una persona sin escrúpulos, dentro de esa profesión, dispone de innumerables oportunidades para aprovecharse de los demás. Agnes Burlington no era de las que las despreciaban.

—¿Vive aquí, en Los Ángeles, ahora?

—Sí.

—¿A qué se dedica?

—Vive en una de esas casas denominadas «dúplex». Trabaja cuando se le antoja. Conduce un buen coche. Conoce varios sitios donde puede obtener dinero cuando lo necesita...

—¿Cuánto dinero le ha sacado hasta ahora?

—No mucho. ¡Oh! Se muestra razonable, modesta. Además, presenta las cosas con muy buenas maneras. Suele hablar de que necesita un préstamo... Se lleva un par de centenares de dólares y vuelve a lo mejor al año siguiente para pedir trescientos... Siempre sin alborotar, con excelentes modales.

—¿Le dijo ella que la recordaba bien? —inquirió Mason.

—¡Oh, sí! Y lo creo... Pero es que además ella tenía una cámara fotográfica miniatura, con la que me hizo algunas instantáneas en el hospital... De esas fotos yo no sabía lo más mínimo. Hasta que Agnes Burlington las mencionó.

—¿Se las enseñó?

—No.

—¿No cree usted que la está engañando?

—No. Yo creo que las posee.

Mason guardó silencio durante unos momentos. Por fin, dijo:

—De modo que usted ha sido víctima de un chantaje con tal de evitar que se divulgara su pasado y ahora, de repente, quiere que se invierta todo, desea ponerlo todo al revés...

—¿Y por qué no? —inquirió ella—. Los Baird murieron en un accidente automovilístico. Harmon Haslett ya no vive. Wight es el único heredero de dos millones de dólares, más una gran empresa en marcha.

»He estado preguntándome qué iba a hacer con respecto a Wight. Con franqueza, señor Mason: el chico se ha estado conduciendo un tanto alocadamente desde el fallecimiento de los Baird. Le dejaron algún dinero y ahora sigue un camino... Bien. El caso es que el muchacho no se conduce como sería de desear.

»Si de repente se encontrara a la cabeza de una gran empresa, si se encontrara en posesión de un gran capital, estabilizaría su situación, asumiría las responsabilidades que entrañan tales cosas.

—Usted espera que el muchacho, gracias a eso, siente la cabeza, ¿no? —dijo Mason—. Podría ocurrir también todo lo contrario.

—No, Wight no haría eso —afirmó Ellen Adair—. Se muestra inquieto porque no tiene una posición segura en la vida. Créame: todo era distinto cuando vivían los Baird. Pero ellos murieron y al heredar el chico... No, señor Mason. Me lo he pensado bien. He llegado a la conclusión de que adopté una postura errónea cuando le busqué al principio, por lo cual quiero cambiarlo todo ahora.

—Ya lo veo. ¿Y qué es lo que desea de mí en estos momentos?

—Yo quiero que haga usted firmar a Agnes una declaración... ¿No existe ningún procedimiento para obtener un testimonio o cualquier documento legal de una persona que conoce hechos muy importantes, pero que puede morir, que puede desaparecer, a la que puede suceder algo por el estilo?

—Cuando existen razones para creer que una persona y solamente una conoce ciertos hechos de vital interés, relacionados con la adjudicación de una propiedad, existe un procedimiento mediante el cual el testimonio puede ser perpetuado.

—Es lo que deseo que se haga en el caso presente.

—¿Lleva su hijo el apellido Baird?

—Sí. Wight Baird es su nombre. Cierta día, habiéndose ausentado Melinda y August, hallándose Wight solo en la casa, esa mujer fue a verlo. Se mostró muy amable. Le dijo que había estado trabajando como enfermera en el hospital de San Francisco por la fecha de su nacimiento y que había asistido a su madre, a la que deseaba ver. Evidentemente, planeaba un chantaje contra los Baird.

—¿Se trataba de la misma enfermera?

—¡Oh, sí! Dio su nombre: Agnes Burlington.

—¿Y qué pasó luego?

—Preguntó a Wight por su madre... Le dijo que la recordaba

como una mujer alta, de aire majestuoso. Wight se echó a reír, respondiendo: «¡Pero si mi madre es más bien baja...! Yo diría que hasta tiende a ser un poquito rechoncha». Una cosa condujo a otra y después la enfermera se fue.

Mason objetó:

—No me lo cuenta usted todo... Vamos, Ellen.

—De acuerdo —respondió ella—. La enfermera empezó a sacar dinero a los Baird. Fue en busca del señor Baird y le dijo quién era, añadiendo que había estado trabajando de enfermera en el hospital en que su hijo naciera... Después, hizo unas veladas alusiones acerca de su madre, aludiendo a su estatura, a su porte, asegurando que la reconocería dondequiera que la viese... Finalizó su discurso pidiendo a Baird que le prestara doscientos cincuenta dólares. Él, naturalmente, accedió.

—¿Y qué más?

—Al cabo de algún tiempo volvió por allí, pidiendo prestados otros doscientos cincuenta dólares.

—¿Cuánto sumaron esas cantidades en total?

—Agnes sacó a los Baird unos mil doscientos cincuenta dólares.

—¿Y de dónde procedía ese dinero? ¿Se lo cedieron sin más?

—Lo pagaron muy a disgusto, pero... ¿qué otra cosa podían hacer?

—Y durante todo este tiempo usted ha estado dando dinero a esa mujer.

—Sí, en concepto de préstamo.

—Y ahora quiere que hable —murmuró Mason.

—Sí. Le he estado pagando para que callara. Ahora deseo todo lo contrario. Ahora quiero que hable. Pretendo que presente un testimonio.

Mason comentó:

—Pudiera ser que todo esto constituyese el más gigantesco e ingenioso de los fraudes.

—¿Qué quiere usted decir?

—Usted pudiera haber planeado todo esto después de saber que había por en medio un par de millones de dólares si se presentaba el reclamante oportuno... Mire, Ellen: hablaré con esa enfermera, pero le advierto que me voy a mostrar muy, muy escéptico. Querré pruebas, muchas pruebas...

—Ella podrá aportarlas —declaró Ellen Adair.

Mason contestó:

—Ellen: voy a decirle lo que pienso hacer... Iremos a ver a esa Agnes Burlington. Si me da la impresión de declarar la verdad, nos haremos con su testimonio.

—¿Y hay algún procedimiento legal por el que se pueda perpetuar su testimonio? Hay que pensar en la posibilidad de que a esa mujer le ocurra algo —señaló Ellen Adair.

—Ha sabido componérselas bien a lo largo de estos últimos veinte años —comentó Mason—. Lo más seguro es que dure unos cuantos más. Pero, bueno, existe un procedimiento mediante el cual puede ser perpetuado lo declarado por un testigo.

—¿Y recurriremos a él?

—Durante nuestra última conversación, usted dijo que prescindía de mis servicios, que no me quería como abogado suyo.

—La situación ha cambiado bastante desde entonces. Yo también he cambiado de opinión sobre muchas cosas.

—Y que lo diga —repuso Mason. De pronto, preguntó a su interlocutora—: ¿Qué puede contarme acerca de Maxine Edfield?

—¿Y qué quiere usted que le cuente?

—¿La conocía usted a fondo?

—Sí, sí.

—¿Solicitó sus consejos en algunas ocasiones?

—Sí. Había algunos años de diferencia entre nosotras y recurrí a mi amiga...

—¿Salieron juntas, con amigas?

—Sí.

—¿Le habló de su idilio con Harmon Haslett?

—Sí.

—¿Le dijo usted que se hallaba en estado?

—Sí.

—¿Se enteró de que había percibido usted mil dólares?

—Era la única persona que lo sabía.

—¿Le dijo que en realidad usted no se hallaba embarazada?

—Naturalmente que no. Yo me encontraba en estado. Tuve unos mareos, en primer lugar, que suscitaban las sospechas de Maxine. Entonces, empezó a hacerme preguntas. Finalmente, tuve que confesarlo todo.

—Ahora ella jura y perjura que usted le dijo que no se encontraba encinta, que todo era un truco para atrapar a Harmon Haslett, para casarse con él.

—Ya sé... A Maxine la vida no la ha tratado bien. Alguien le ha puesto delante unos cuantos billetes, bastantes seguramente. En un asunto así todo es de esperar. No en balde se ventila la adjudicación de dos millones de dólares.

—¡Y que lo diga usted! —exclamó Mason, con sorna.

—¿Está dispuesta Maxine a jurar que aquello formaba parte de un plan?

—Sí... Parte de un plan para llevar a Harmon Haslett al matrimonio. Ella formuló sus declaraciones ya. Lo malo es que tomó a otra persona por usted: una identificación errónea. Esto la colocó en una posición violenta cuando formuló su testimonio. Bueno, realmente, en definitiva lo que hay es que hizo una identificación equivocada, cosa a la que cualquiera está expuesto después de veinte años sin ver a la persona interesada.

—¿La llevó usted a ese error?

—Fue sola, en realidad. Claro, yo le preparé una pequeña trampa.

—¿Querrá usted que vayamos los dos a ver a Agnes Burlington? Mason suspiró, fatigado.

—De acuerdo. Iré y escucharé lo que la mujer tenga que decir. Ahora, tengo que hacerle una advertencia. No voy a representarla a usted a menos que haya comprobado a mi entera satisfacción algunos extremos.

—¿Por qué?

—Verá usted: una persona acusada de un crimen tiene derecho a la defensa, tanto si es inocente como culpable. Pero un abogado que se precie procura no verse complicado en casos de este tipo, en el curso de los cuales un cliente puede estar intentando hacer prosperar una reclamación fraudulenta.

—Comprendo perfectamente sus palabras, señor Mason. Y si en mi reclamación hubiese algo fraudulento, no hubiera querido que me representase. No hubiera seguido adelante siquiera.

»Aun así, hubo un tiempo en que no quise plantear la reclamación. Ésta no es mía, sino de mi hijo. Usted puede atestiguarlo.

—Puedo recordar lo que usted dijo —manifestó Mason—, pero ahora parece ser que sus acciones apuntan en una dirección y sus palabras en otra.

»Desde mi punto de vista, usted podría ser una mujer muy, muy inteligente, que hace veinte años fingió hallarse encinta para llevar a Harmon Haslett al matrimonio, que fracasó en su intento, que se contentó con embolsar un millar de dólares, de momento, que se presentó aquí, logrando colocarse y abrirse paso en la vida..., pero siempre con la idea de, en el instante oportuno, formular una reclamación sobre los bienes de Haslett o llegar a cualquier tipo de arreglo.

»Miró a su alrededor y dio con los Baird, quienes esperaban un hijo por la época en que usted aguardaba la llegada del suyo, si lo que me ha contado es correcto.

»De aquí en adelante, usted simplemente, se dedicó a aguardar el momento de cobrar.

—¿Yo no podía hacer nada de eso, señor Mason!

—¿Por qué no?

—Todo eso no encaja en absoluto en mí manera de ser. ¿No tiene en cuenta que he trabajado lo mío en el mundo de los negocios? Trabajé de firme, hasta llegar a ser la encargada de compras de French, Coleman & Swazey... Además, tenemos el testimonio de la enfermera.

—Ese testimonio, probablemente, será el factor determinante, el que revele si ha sido usted sincera o no.

—En el momento en que hable con ella observará usted que le dice la verdad. Desde luego, no querrá admitir lo del chantaje. Pero Wight puede atestiguar que ella llamó a la casa hallándose los Baird ausentes. Preguntó por ellos y le pidió que describiera a su madre. Tenía entonces doce o trece años y él se acordará.

—¿Ha hablado de eso con él?

—No, pero estoy segura de que se acordará, ya que a mí me lo explicó y se lo dijo también a los Baird.

—¿Y visitó ella a éstos?

—Se entrevistó con August Baird.

—¿Le pidió dinero?

—Solicitó de él unos préstamos.

—¿Y Baird accedió a sus deseos?

—Sí. No podía hacer otra cosa.

—¿Disponía él del dinero necesario?

—Sí.

—¿Y prestó dinero a la mujer?

—Sí.

—¿Extendió cheques?

—No. Se operaba con dinero efectivo.

—¿Vive August Baird?

—No.

—¿Vive Melinda Baird?

—No. Ya le dije que los dos habían perecido en un accidente automovilístico.

Mason contestó:

—Así pues, su historia se apoya en una declaración no confirmada y, quizás, en el testimonio de esa enfermera. Frente a ello tenemos el testimonio de Maxine Edfield.

—¡Maxine es una embustera! —exclamó Ellen, irritada—. ¡Se ha vendido!

—Bueno, iré con usted a ver a Agnes Burlington. He de advertirle, sin embargo, que pienso someterla a un estrecho interrogatorio.

»Si todo resulta ser una mentira, si usted se ha inventado esa historia y piensa valerse de Wight Baird como un instrumento del juego, se lo aviso: voy a averiguar qué es lo que hay en el fondo de todo.

—¿Y si llega a la conclusión de que no he obrado de buena fe?

—No la representaré —repuso Mason—. Ahora mismo, usted no es mi cliente. Yo lo único que hago es considerar el caso. Hablaré con Agnes Burlington en su presencia... Eso es todo lo más lejos que pienso llegar.

—¿Cuándo puede usted ponerse en camino?

—¿Cuándo convendría hacerlo?

—A mí me parece que ella estará trabajando. Tendríamos que abordarla de noche.

—¿Esta noche? —inquirió Mason.

—¿Por qué no?

—¿Quiere usted visitarla y concertar una entrevista?

—No. Es un paso ése que no conviene dar. Creo que deberíamos

presentarnos en su casa, sin más. Usted se presentaría como mi abogado y le preguntaría por el dinero que le prestaron los Baird, que le presté yo...

»Probablemente, negará que August le diera dinero. Yo le haré preguntas sobre su conversación con Wight. Finalmente, le sacaremos toda la historia.

Mason movió la cabeza.

—No me gusta mucho ese proceder. Prefiero dejarme guiar por mi instinto... Bien. Veré a la mujer y hablaré con ella.

—¿Esta noche? ¿A las ocho?

—Esta noche, a las ocho, sí —contestó Mason—. Bueno, podría ser que alguien la siguiera, tan pronto haya salido usted del edificio. Ha cometido un grave error al venir aquí. Pudo haber caído en una trampa. Cuando salga... ¿Llegó en coche?

—No. Tomé un autobús.

—Está bien. Tome ahora otro autobús. Siga hasta dar con un taxi estacionado en una parada donde no haya otro. En otras palabras: prolongue el desplazamiento por una hora si es necesario, hasta dar con un lugar en el que sólo haya un taxi pegado a la acera.

—¿Y luego?

—Luego apéese y suba al taxi. Asegúrese de que nadie la sigue en coche. Cuando esté segura de que nadie la está vigilando, regrese a su casa dando muchos rodeos.

»Esta noche, Della Street y yo nos internaremos en Hollywood, deslizándonos a lo largo de La Brea. Nos encaminaremos al Sur. En la esquina de Beverly acercaremos el coche a la acera a las ocho en punto.

»Usted estará esperándonos allí. Abriremos la portezuela del automóvil para que suba. Luego, nos mantendremos a la expectativa, para estar seguros de que no nos sigue nadie. Seguidamente, iremos a ver a esa enfermera.

—Supongamos que nos sigue alguien.

—Eso no sucederá —manifestó Mason—. Adoptaré las precauciones precisas.

Ellen se levantó, dejando caer su mano sobre las de Perry Mason antes de decir:

—Muchísimas gracias, señor Mason. Gracias por su confianza y

por cuanto ha hecho por mí.

Ellen Adair dio la vuelta, saliendo del despacho.

Della Street intercambió una mirada con el abogado.

—¿Y bien?

Mason movió la cabeza.

—Todo esto es algo que incita a la duda —dijo—. Esa mujer puede haber inventado toda esta historia, convirtiéndola en algo convincente. En fin de cuentas, sólo tenemos su palabra, que no se apoya en nada. Y frente a ella está el testimonio de Maxine Edfield. Y posteriormente, podemos poseer las confusas declaraciones de una enfermera, la cual, conforme a lo dicho, ha estado recurriendo al chantaje. ¡Y ya no hay más!

—Por añadidura, en este caso se ventila la adjudicación de más de dos millones de dólares —remató Della Street.

—Sí... Hemos de pensar en los astutos abogados que representan a la otra parte reclamante, en un par de aspirantes que son viciosamente hostiles, en un detective privado que no tiene un pelo de tonto y en un encargado de relaciones públicas que da la impresión de jugar limpio.

»Para enfrentarme con una tal combinación de fuerzas he de estar seguro de la integridad de mi cliente, más de lo que lo estoy en la actualidad. Me impresiona su aire de condescendiente dignidad, de gran seguridad en lo que afirma.

Della Street inquirió ahora:

—¿Dónde hemos de vernos?

—No vas a ir a buscarme a ninguna parte —respondió Mason—. Saldremos a cenar y posteriormente recogeremos a nuestra majestuosa cliente en La Brea y Beverly, a las ocho en punto.

Capítulo 9

A las ocho, Mason se aproximó a la acera en La Brea. Inmediatamente, Ellen Adair emergió de las sombras, subiendo al coche.

—¿Ha llegado usted hasta aquí en taxi? —le preguntó Mason.

—Sí.

—¿La siguió alguien?

—No, desde luego que no.

—Perfectamente —contestó el abogado—. ¿A dónde hemos de dirigirnos ahora?

—Siga por La Brea hasta el final y tuerza luego a la derecha. Hace seis meses que no he estado por aquí, pero creo que me acordaré del camino.

—¿De qué clase de edificio se trata?

—Es un bungalow doble. Agnes Burlington ocupa la vivienda que queda al Oeste. Es una construcción pequeña, con su cuidado césped y un camino interior de gravilla.

—¿Cuándo estuvo usted por aquí la última vez?

—Ya se lo he dicho: hará unos seis meses.

—¿Por qué vino?

—Intentaba conseguir que Agnes Burlington no hablara... comprándola. Por entonces, yo quería que guardara silencio.

—¿Le dio dinero?

—Le hice un préstamo.

—Entonces —dijo Mason—, ahora quiere que hable. ¿No se le ha ocurrido pensar en la posibilidad de que ella rechace su proposición?

—¿Quiere usted señalar que tal vez opte por exigir dinero?

—Primeramente, le daba dinero para que no hablara; ahora desea pagarle para que hable... No puede hacer esto último.

—¿Por qué? —quiso saber Ellen Adair.

—Porque la otra parte alegrará que se trata de un soborno. En un asunto de este tipo, usted no puede abonar dinero a una persona para que atestigüe algo.

—¿Qué podemos hacer?

—Si se muestra difícil —indicó Mason—, podemos hacerla creer que usted sigue deseando que no hable. Quizá nos amenace con decir la verdad.

—¿Qué lograremos con eso?

—Procuraremos que repita sus amenazas en otras circunstancias más favorables para nosotros, cuando dispongamos de un magnetófono escondido en cualquier sitio a propósito, grabando así toda la conversación.

—Gire aquí hacia la derecha —dijo Ellen Adair. Cuando Mason hubo hecho lo que acababa de indicarle, añadió—: Ésa es una buena idea verdaderamente. La creo factible... en el caso de que ella se muestre reacia. Pero yo me figuro que lo contará todo. Sí, ahora Agnes Burlington va a hablar por los codos.

Mason condujo el automóvil a lo largo de varios bloques de viviendas. Luego, Ellen Adair dijo:

—Gire hacia la derecha de nuevo. Cubra la distancia de dos manzanas más... No. Espere un momento. Me he confundido. Después de tres bloques que vienen ahora, gire a la izquierda. Veamos... Ahí es, señor Mason. Es la vivienda que queda a la derecha, la casa doble. Agnes Burlington ocupa la vivienda del Oeste.

Mason estacionó el coche junto a la acera.

—¿Por qué no sigue por el camino inferior de la finca? —preguntó ella.

Mason respondió:

—Ese piso da la impresión de estar muy blando. Usted verá que ahí ha habido alguien, que ha dejado su rastro. La superficie cubierta de césped está un tanto inclinada y el agua del riego acaba por emparar seguramente el camino...

—Entre ahí de todas maneras. Lo importante es quitar el coche de la calzada.

—Creo que el piso, como ya le he dicho, está demasiado blando, Ellen. Este automóvil pesa lo suyo.

—También tiene los neumáticos muy anchos, aparte de que son grandes.

—¿Y qué ganamos con eso? —preguntó Mason—. Nos quedaremos aquí, junto a la acera. No me gusta adentrarme sin más por un camino privado cuando nos lleva a la casa de alguien de nuestra conveniencia.

—¡Oh! Ella sabrá hacerse cargo.

—No. Nos quedamos donde estamos —contestó Mason, dando fin a aquella discusión.

Se apeó, dando la vuelta al coche para abrir la portezuela del lado de Della Street, y por último la de Ellen Adair.

Avanzaron por un sendero de sólido cemento, hasta llegar a un porche con dos puertas principales. Una quedaba a la izquierda y la otra a la derecha. Mason oprimió el botón del timbre correspondiente a la primera.

Dentro de la vivienda sólo se oyó un lejano tintineo, al que no acompañó ningún otro sonido.

—Al parecer, esta mujer no está en casa —comentó Ellen.

—Yo me inclino a pensar lo contrario —declaró Mason—. Las luces están encendidas. Andará ocupada...

—Quizás está estropeado el timbre.

—No. Lo he oído sonar dentro de la vivienda —manifestó Della Street.

Una vez más, Mason oprimió el botón. Otra vez tornóse a oír el lejano tintineo de momentos antes.

—Lo mejor será —declaró Mason— que volvamos al coche. Esperaremos allí cinco o diez minutos y luego llevaremos a cabo otra intentona. Esa mujer podría estar en el cuarto de baño, duchándose, por ejemplo.

—Tal vez esté en la cocina y no haya oído el timbre. Es posible que tenga el lavavajillas en marcha, o la lavadora... ¿Por qué no damos la vuelta a la casa y echamos un vistazo por la parte posterior? —propuso Ellen Adair.

—La otra unidad de este «bungalow» está en sombras. Sus ocupantes, probablemente, se han ausentado. Ahora bien, no me gusta nada vagar por esos sitios.

Mason apretó el botón del timbre dos veces más. Luego, se acercó a una ventana.

—¿Ves algo? —le preguntó Della Street.

—Desde aquí veo el cuarto de estar. Hay unas cortinas medio corridas. Puedo ver... ¡Un momento!

—¿Qué pasa? —inquirió Della Street.

—Estoy viendo el pie de una mujer.

—¿Qué hace?

—Nada —repuso Mason—. El pie queda en otra habitación, que puede ser un dormitorio. El pie apunta hacia el techo.

—¡Santo Dios! —exclamó Ellen—. Si esa mujer le ha pasado algo yo... Déjeme ver.

Ellen Adair se colocó junto al abogado. Con las dos manos, situadas a ambos lados de la cara, formó una especie de visera para proteger sus ojos de la claridad exterior. Apoyó aquéllas en el cristal de la ventana.

Mason comentó:

—Ese pie se mantiene extrañamente inmóvil. Desde luego, ahí se ve una mujer tendida en el suelo. Prueba con la puerta, Della, a ver si está cerrada con llave. Llama al mismo tiempo que aprietas el botón del timbre.

—Está inconsciente —manifestó Ellen—. No ha hecho el menor movimiento.

—Esta puerta está cerrada con llave —informó Della Street.

—Creo que será mejor que llamemos a la policía —dijo Mason.

—¡No, no, no! —protestó Ellen—. Primero intentaremos averiguar qué es lo que sucede aquí. Pudiera ser que estuviese bebida, o drogada... Hemos de lograr su testimonio antes de que alguien se acerque a esta mujer. ¿No comprende usted lo que para mí significa que Agnes Burlington se plante en el estrado de los testigos para declarar la verdad?

Mason vacilaba.

Ellen Adair añadió:

—Si está bebida y ha perdido el conocimiento...

—Yo creo que es muy temprano para que le ocurra eso —replicó Mason—. De acuerdo. Vamos a trasladarnos a la parte posterior de la casa. Veremos si la puerta trasera está abierta. Quizás haya por allí también otra ventana desde la cual consigamos una visión mejor del anterior.

El abogado descendió por los peldaños de acceso a la puerta

principal, empezando a cruzar el césped para alcanzar el camino. No había hecho más que dar unos pasos cuando se detuvo, diciendo:

—Este piso está muy blando. Alguien estuvo regando el césped abundantemente. Hay un sistema de irrigación subterráneo funcionando con escasa intensidad. Debe de llevar así algún tiempo.

—Demos la vuelta —propuso ahora Ellen—. Rodeemos el otro lado del bungalow.

—Si nos vieran seríamos tomados, como mínimo, por allanadores de moradas —observó Mason—. Pero, en fin, ya que hemos avanzado tanto llegaremos hasta el final.

Al frente de las dos mujeres, el abogado rodeó la otra parte de la construcción doble, subiendo al poco por unos peldaños hasta una puerta de servicio.

—¡Oh! La puerta se halla entreabierta... Creo que podemos entrar.

Como Mason vacilara, Ellen le miró.

—¿Y bien? ¿Qué pasa ahora?

Mason dijo:

—Los tres hemos de mantenernos juntos en todo momento. Cuidado: es preciso que no toquemos nada. Saldremos nada más abrir la puerta.

El abogado se asomó al interior.

—¿Hay alguien en la casa? —inquirió levantando la voz. Y como nadie respondiera, agregó—: ¡Señorita Burlington!

Nadie respondió tampoco a estas palabras.

El abogado cruzó la oficina, entrando en el cuarto de estar, cuyas luces se hallaban encendidas. A continuación, girando hacia la derecha, penetró en un dormitorio. Las cortinas de las ventanas estaban corridas. También había luz allí. De repente, se quedó inmóvil, paralizado.

—Aquí está —dijo Mason.

La mujer que acababa de ver tendida en el suelo tendría cuarenta y dos o cuarenta y tres años de edad. Varias puntas de sus despeinados cabellos se hallaban pegadas a un charco de sangre reseca.

Llevaba zapatos, medias, faja y sujetador...

El abogado dijo a las dos mujeres:

—No toquen nada, ¿eh?

Mason se arrodilló junto al cadáver, asiendo uno de los brazos por la muñeca. Guardó silencio unos segundos y luego dejó aquél, incorporándose.

—Lleva muerta algún tiempo ya —comentó—. La rigidez característica se ha presentado y desaparecido. Hay una lividez postmortem... Esto es cosa para la policía.

Ellen Adair se adelantó, cogiendo a Mason por un brazo.

—¡Oh, señor Mason! ¡Haga usted algo! ¡Por el amor de Dios! No podemos encajar un golpe así...

El abogado respondió:

—Apártese de aquí, Ellen. Nadie puede devolver la vida a una persona muerta por el hecho de que necesite su testimonio.

—¡Es terrible, Dios mío! —exclamó Ellen, soltando a Mason, volviéndose hacia la puerta, tropezando con el cadáver, perdiendo el equilibrio y asiéndose a la cómoda para recuperarlo. Después, al darse cuenta de que sus pies habían entrado en contacto con el cadáver, a la altura de las piernas de éste, comenzó a gritar.

Mason ordenó a Della Street:

—¡Sácala de aquí, Della! Procura que esa mujer no toque nada.

El abogado llevó a Ellen Adair hasta Della Street, pero Ellen tropezó una vez más, asiéndose a la puerta. Seguidamente, se dejó caer sobre Della, llorando, gimiendo.

—Yo creo que esta mujer va a sufrir un ataque de histeria —manifestó Della.

—No lo creo yo, en cambio —repuso Mason, mordaz—. Quiero echar un vistazo por aquí, pero sin tocar nada, naturalmente. No podemos... ¡Vigíla, Della!

—¡Sáquenme de aquí! —gritó Ellen, soltándose de Della Street y avanzando torpemente hacia la puerta principal, que abrió.

Della Street dijo a Mason:

—Esta mujer está histérica. No podemos dejarla correr por ahí...

—Síntese y procure dominarse.

Ellen comenzó a dar gritos. El abogado le tapó la boca con una mano.

—¡Síntese! —insistió.

Ellen le miró con unos ojos desorbitados por el pánico, intentando una vez más gritar.

Mason se dirigió a Della Street:

—Tres manzanas más abajo hay una gasolinera. Llama desde allí por teléfono a la policía. Luego, vuelve. Yo me ocuparé de Ellen hasta que regreses.

El abogado se volvió hacia Ellen Adair:

—Y ahora procure guardar silencio —le dijo—. Nada de alborotos, nada de atraer la atención del vecindario. Nos estamos enfrentando con lo que a mi juicio es un crimen y deseo que conserve la cabeza en su sitio.

Della Street subió al coche, puso el motor del mismo en marcha y se apartó rápidamente de la acera.

—No quiero que grite, ¿estamos? —siguió diciendo Mason a Ellen—. Voy a quitar la mano de sus labios... ¿Ve? Pronto se presentará la policía en este lugar. No quiero que diga a los agentes *por qué* visitábamos nosotros a Agnes Burlington. Muy especialmente, tengo interés en que no hable del dinero que tuvo que pagarle cuando fuera para comprar su silencio. ¿Me ha entendido?

Los asustados ojos de Ellen Adair escudraron la faz de Mason.

—¿Me ha entendido? —repitió él.

Ellen suspiró.

—Todo esto es terrible... —su cuerpo se irguió—. Creo que estoy a punto de desmayarme.

Mason la empujó por los hombros hacia delante.

—Coloque la cabeza entre las rodillas —dijo.

Ellen se resistía. Por fin fue cediendo.

—Permanezca ahí sentada, Ellen. Pruebe a pensar en otra cosa. Piense en lo que hemos de hacer ahora.

Ellen se sentía como desmadejada. Mason la sostuvo hasta que, gradualmente, sus músculos fueron respondiendo. Ellen empezó a respirar acompasadamente. Miró a Mason, vacilante. Después, en sus ojos se reflejó el terror que experimentara momentos antes.

—Cálmese —murmuró Mason—. La policía se presentará aquí de un momento a otro. Tiene usted que recobrarse... Recuerde que la policía no puede mantener esto en secreto. Los agentes informarán que el cadáver fue descubierto por Perry Mason, su secretaria y una cliente. Los reporteros darán cuenta del suceso. Querrán saber quién es usted; querrán saber qué tiene que ver

conmigo; averiguarán la historia de Cloverville. Aparecerá Maxine con sus declaraciones. La policía registrará esta vivienda. Es posible que Agnes llevara algún diario. Los agentes se harán con los nombres de sus amigos. Quizá les contara algo Agnes. Cabe la posibilidad de que tenga algún amigo en cualquier parte. Tal vez se confiara a él.

»Hemos de estar preparados para hacer frente a lo que pueda derivarse de la presente situación. Tiene usted que controlar sus nervios. ¡Haga un esfuerzo!

Ellen hizo una inspiración profunda.

—Lo siento —murmuró.

Mason repuso:

—Aquí se acerca un coche... Se detiene... Es Della.

Della Street no había hecho más que estacionarse junto a la acera cuando un coche de la policía dobló la esquina.

Una luz roja iluminó el rostro de la joven.

—Tranquilícese, Ellen —recomendó Mason, incorporándose.

Un agente saltó del coche de la policía, acercándose al abogado.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Perry Mason.

—¿Quién es esa joven?

—Es mi secretaria.

—¿Qué pasa aquí?

—Hay un cadáver dentro de la casa.

—¿Cómo lo sabe?

—Hemos estado dentro.

—¿Por dónde entraron?

—Por la puerta posterior.

—¿Qué hacían ustedes por la fachada trasera de la vivienda?

—Pensamos que había alguien dentro de la casa —repuso Mason—. Llamamos al timbre y no contestó nadie. Miré por la ventana de la fachada principal y vi un pie de mujer. Dimos entonces la vuelta a la vivienda. La puerta estaba entornada... Entonces, entramos.

—¿Han tocado algo? —preguntó el agente.

—Creo que mi cliente puso las manos encima de varias cosas. Fue víctima de un ataque de histeria y empezó a correr por las habitaciones. Tropezó con un mueble. La saqué de ahí y ordené a mi secretaria que fuera a llamarles.

—¿Dónde habían dejado estacionado su coche?

—Junto a la acera —replicó Mason—. El piso del camino interior y del césped está muy blando. Yo creo que hay un sistema de riego automático que funciona a ritmo muy lento y que ha sido dejado así algún tiempo. Me incliné junto al cadáver para ver si todavía presentaba algún indicio de vida. El cuerpo estaba frío. La clásica rigidez cadavérica se presentó, desapareciendo después. Ese césped blando indica que el sistema de irrigación lleva funcionando bastante tiempo. Las luces, en el interior de la casa están encendidas. Deben de haber estado así durante el día y quizás a lo largo de toda la noche última.

—Echaremos un vistazo —contestó el agente. El hombre se volvió hacia su compañero—. Llama a la Brigada de Investigación Criminal —a Mason le dijo—: Váyase a su coche y espere allí. No se marche. ¿Quién es esa mujer?

—Acérquese aquí, Ellen —dijo Mason.

Ellen Adair se puso en pie, caminando lentamente, pero firme, en dirección al agente.

—Se trata de mi cliente —explicó Mason—. Es una persona muy sensible y se encuentra muy impresionada. Se llama Ellen Adair y trabaja como encargada de la sección de compras en French, Coleman & Swazey, los grandes almacenes.

—Está bien —dijo el agente—. Ustedes tres se acomodarán en su coche. Quiero echar un vistazo a su carnet de conducir, señor Mason, si no le importa.

Mason se lo enseñó. El agente del coche anunció:

—Los miembros de la Brigada de Investigación Criminal se dirigen ya a este lugar. Se nos ha ordenado que vigilemos las dos puertas de acceso a la casa.

—De acuerdo. Yo me ocuparé de la posterior —contestó el primer agente—. Tú vigila la entrada principal. Y no pierdas de vista a estas tres personas. Este señor es Perry Mason, el abogado.

—No alcance usted la parte posterior de la casa por el césped, ni por el camino —avisó Mason—. El césped se encuentra casi encharcado y parte del agua de riego ha ido a parar al camino. Dé la vuelta por la otra vivienda gemela. Nosotros procedimos así.

—Gracias —repuso el agente—. ¿Y cómo sabe usted que el césped está poco menos que encharcado si no fue por ahí?

—Di un par de pasos tan sólo por él —declaró el abogado.

—Ya —dijo con naturalidad el agente.

Proyectando el haz luminoso de su linterna frente a él, sobre el suelo, echó a andar, encaminándose a la vivienda gemela opuesta, por donde llegaría a la puerta que Mason y sus acompañantes vieron entornada.

El agente del coche dijo:

—Ustedes tres se acomodarán en el interior de su automóvil, hasta que se presenten aquí los agentes de la Brigada de la Investigación Criminal.

Capítulo 10

El teniente Tragg, de la Brigada de Investigación Criminal, se inclinó sobre la portezuela correspondiente al asiento del conductor, preguntando a Mason:

—Así pues, fueron ustedes quienes descubrieron el cadáver... ¿Cómo ocurrió eso?

—Pretendíamos entrevistarnos con Agnes Burlington. Llamamos al timbre y no contestó nadie. Estaban las luces encendidas, sin embargo. Miré por la ventana y vi un pie de mujer. Rodeamos la construcción y encontramos la puerta posterior entornada...

—Y entonces, entraron.

—Sí.

—¿Y por qué no telefoneó a la policía inmediatamente, nada más ver ese pie de mujer?

Mason se echó a reír.

—Pensé que la mujer podía haber estado bebiendo con exceso, quedándose dormida. El hecho hubiera podido pasar a los periódicos. Calcule usted... La interesada me habría demandado, quizá.

Tragg manifestó:

—He de decirle, Mason, para su gobierno, que no son de mi agrado los abogados que andan por ahí descubriendo cadáveres por su cuenta. Esto ya lo ha hecho antes... Demasiado a menudo.

—Yo no soy un abogado que se sale de la línea de fuego. Me resulta imposible permanecer reducido en un despacho, esperando el desarrollo de un caso.

—Está bien, está bien —repuso Tragg—. Ya hemos tocado el tema en otras ocasiones. Me sé sus palabras de memoria. Y dígame: ¿qué era lo que ahora no podía esperar sentado pasivamente en el sillón de su despacho?

—Tengo muchas razones para creer que el testimonio de Agnes Burlington era de cierta importancia para una cliente mía.

—¿Qué clase de caso lleva ahora entre manos?

—No puedo hablarle de él.

—¿Y qué era lo que Agnes Burlington podía haber dicho?

—He de repetir mis palabras: no puedo hablar.

—Siempre tan hábil y reservado, ¿eh, Mason?

—Intento proteger los intereses de mis clientes.

—De acuerdo. Bueno, entró usted en la casa. Y vio el cadáver.
¿Lo tocó?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para comprobar si Agnes Burlington se hallaba tan sólo inconsciente.

—Todo indicaba que llevaba algún tiempo muerta. ¿No se dio cuenta de que la sangre estaba reseca?

—Sí que me di cuenta —replicó Mason—. Ahora, de haber estado la mujer con vida hubiera hecho todo lo posible por ayudarla.

—¿Advirtió que estaba muerta nada más tocarla?

—Sí.

—¿Había hablado usted en alguna ocasión con Agnes Burlington?

—No.

—¿Qué sabe acerca de esa mujer?

—Que era enfermera.

Tragg fijó la mirada en Ellen Adair.

—¿Es su cliente esta mujer? —preguntó.

—Ciertamente.

—Usted ha dicho antes que era una mujer de negocios.

—Desde luego. Es la encargada de la sección de compras de los grandes almacenes French, Coleman & Swazey.

Tragg miró ahora a Della, sonriendo.

—¿Y quién no conoce a su inseparable secretaria, a Della Street? Bien. Vamos a ver qué nos dice su joven acompañante. ¿Cuál es su nombre?

—Ellen Adair.

—Ellen Adair —manifestó Mason— no se encuentra en

condiciones de formular ninguna declaración. Es mi cliente.

—Hágala callar cuando lo estime oportuno —contestó Tragg, todavía sonriendo—. Adelante. Veamos qué es lo que ella puede decirnos.

Ellen Adair indicó:

—Vine aquí con el señor Mason y la señorita Street. Encontramos el cadáver de esa mujer y llamamos en seguida a la policía.

—¿Tocaron ustedes algo?

—Dejamos las cosas tal como las encontramos.

—¿Por qué vinieron a esta casa?

Mason movió la cabeza, esbozando una sonrisa.

—Estamos adentrándonos en cuestiones que prefiero no discutir ahora.

—¿Se presentaron ustedes aquí, descubrieron el cadáver y llamaron a la policía? —inquirió Tragg.

Sus ojos estudiaron atentamente la faz de Ellen Adair.

—Sí —repuso aquélla.

—Muy bien —dijo Tragg—. Pueden ustedes irse cuando quieran. Sabemos dónde encontrarles si les necesitamos.

—Gracias —repuso Mason.

—No hay de qué —manifestó Tragg con exagerada cortesía—. Es un auténtico placer cambiar impresiones con unas personas que tienen tanto interés en colaborar con nosotros.

Capítulo 11

El teniente Tragg dio la vuelta, dirigiéndose a la entrada de la casa. Después puso el motor en marcha y entonces Ellen Adair, sorprendida, preguntó:

—¿Es eso todo?

—No. Eso no es todo —contestó Mason—. Esto no ha sido más que empezar.

—Es que ese policía no me ha preguntado siquiera si conocía a Agnes Burlington, ni por qué estábamos aquí, ni...

—No le ha hecho esas preguntas porque él contaba con que yo me opondría a que usted las contestara. Por otro lado, de haber hablado, él no hubiera podido saber si estaba mintiendo o decía la verdad.

—¿Qué quiere usted decir?

—Hasta este momento, el teniente Tragg sabe acerca del crimen tan poco como nosotros.

»Podemos calcular la hora de la muerte, pero hemos de orientarnos mediante la rigidez del cuerpo, el hecho de que hubiese unas luces encendidas y un sistema de riego puesto a muy poca intensidad y que se dejó en funcionamiento por Dios sabe cuánto tiempo.

»Probablemente, Agnes Burlington falleció unas veinticuatro horas antes.

»Ahora bien, la rigidez cadavérica constituye uno de los métodos más engañosos cuando se trata de determinar la hora de la muerte. A veces, esa rigidez es virtualmente instantánea; en ocasiones, aparece con lentitud.

»Hay otros medios para fijar ese momento: la temperatura del cuerpo, la hora en que fue ingerido el último alimento, el estado del mismo estómago e intestinos, etcétera.

»Tragg sabe que nosotros somos personas responsables. Nosotros no vamos a eludir ningún interrogatorio. Sabe que le he dicho la verdad. De lo que no está tan seguro es de que le haya dicho *toda* la verdad. En efecto, se halla casi convencido de que he silenciado determinados informes vitales. Por ejemplo: no le he dicho que teníamos un gran interés por ver a Agnes Burlington, ni le he explicado qué caso llevo entre manos; tampoco le he dicho por qué era usted mi cliente, ni todo lo demás.

—Puedo considerarme su cliente, ¿no? —preguntó Ellen Adair cuando Mason enfilaba el coche por el bulevar.

—Supongo que sí —respondió el abogado con un gesto de cansancio—. Me encuentro unido a usted ahora. Primeramente, quiso que dejara de representarla y luego volvió a mi despacho presa del mayor pánico. ¿Por qué ese pánico, Ellen?

—No volví a usted presa del pánico. Había estado reflexionando y decidí que si se ventilaba la adjudicación de dos millones de dólares habría una dosis de publicidad muy elevada, de manera que difícilmente escaparía a ella. Pensé que acabaría siendo localizada, que darían también con Agnes Burlington, y con Wight... Entonces, decidí que había llegado el momento de dar la cara por mi parte, figurándome que Wight, antes o después, tendría que acomodarse a las realidades de la situación.

»Me imaginé que se acomodaría con más facilidad a la realidad si disponía de dos millones de dólares.

—Y fue cuando volvió a mi despacho.

—Fue entonces cuando lo busqué de nuevo, sí.

Mason guardó silencio durante unos instantes.

—Es usted una cliente muy fría, Ellen.

—Soy intensamente humana —repuso Ellen—, pero procuro dominarme.

—A esto quería ir a parar —manifestó Mason—. Sabe usted dominarse, hasta cierto punto. En estos momentos, por ejemplo, está usted tan fría como el mármol.

—¿Y por qué no he de estarlo?

—No hace tanto que estuvo al borde del ataque de histeria.

—Me sobrepuse. Y desde luego, una repentina tormenta emocional como ésa produce un efecto, el de aclarar notablemente la atmósfera.

—Dejándola a usted fría, tranquila, recogida.

—Bueno, algo más tranquila de lo que me hallaba cuando descubrimos el cadáver.

—Un poco fuera de lugar se me figuró su conducta cuando descubrimos el cuerpo de Agnes Burlington. Le dije insistentemente que no tocara nada. Usted tropezó, derrumbándose sobre los muebles, sobre el cadáver especialmente; se agarró a la parte superior de la cómoda; después de incorporarse se deshizo de Della Street, cayendo sobre una pared, en la que se apoyó con ambas manos; zigzagueó a través de la habitación; buscó el apoyo en los muros dos o tres veces más, plantó las manos en la puerta principal por la parte de adentro y salió de allí por fin...

»Con anterioridad a todo eso, cuando yo estaba mirando por la ventana, se colocó a mi lado, poniéndose las manos en torno al rostro para ver bien a través del cristal.

—Bien, ¿y qué hay de malo en todo eso?

—Dejó usted sus huellas dactilares por todas partes —señaló Mason.

—Lo siento.

—Puede ser que lo lamente muy de veras —le advirtió Mason—. A Tragg no le hará eso mucha gracia. Sus huellas dactilares le parecerán un rastro demasiado evidente.

—Yo no sé si Tragg se mostrará comprensivo o no. Pienso, por otra parte, que siendo un policía veterano habrá tenido sobradas ocasiones para ver a una mujer descompuesta...

»En fin de cuentas, señor Mason, la mujer no es una máquina, una fría máquina. Confía en la intuición tanto como en la lógica, siendo a veces excitable, temperamental.

—Lo sé, lo sé —replicó Mason—. Lo cierto es, sin embargo, que se me ha pasado por la cabeza una idea que no sé si se le habrá ocurrido también al teniente Tragg.

—¿Qué idea es ésa?

—He pensado en la posibilidad de que Agnes Burlington estuviese muerta cuando usted llegó a mi despacho por segunda vez.

—¡Señor Mason! —exclamó ella—. ¿Cómo... cómo? ¡Jamás hubiera sido capaz de imaginarme una cosa como ésa! Me está usted acusando... Me está diciendo que le engañé...

El silencio que siguió a estas palabras subrayó su indignación.

—Yo no la acuso de nada —respondió Mason—. Le estoy haciendo una pregunta: ¿sabía usted que Agnes Burlington había muerto cuando se presentó a mi despacho?

—¡Por supuesto que no!

—Voy a hacerla pensar un poco, Ellen... De haber estado en la casa con anterioridad, de saber que Agnes Burlington estaba tendida en el suelo, muerta, su situación es la misma que plantearía el hecho de haberse presentado con un arma allí, para apretar su gatillo e introducir en el cuerpo de aquella mujer la bala fatal.

—Bueno, ya le he dicho que no sabía nada de eso. Nunca se me ocurrió pensar que podía haber muerto. Me imaginé que la encontraríamos en su casa, bien, sin novedad, y que usted podría hablar con ella.

Mason se quedó pensativo. De repente dijo:

—En el camino interior de la finca se veían unas huellas. El agua había llegado hasta allí desde el césped...

—¿Y qué?

—Usted tenía mucho interés en que yo deslizara el coche por el camino —replicó Mason—. Usted insistía, sí, en que debía seguir por aquella cenagosa ruta.

»¿Por qué, Ellen?

—Pensé que sería mejor dejar el coche estacionado en aquel sitio y...

—¿Por qué había de ser mejor?

—Pues... No lo sé. Simplemente, se me ocurrió eso en aquellos momentos.

—Me he estado preguntando si lo que usted desearía, en realidad, sería borrar las huellas dejadas antes en el cenagoso camino. Me he estado preguntando si usted se había acercado hasta la casa con anterioridad, estacionando su automóvil allí. Pudo haberse dirigido hasta la puerta principal, dándose cuenta entonces de que el piso estaba muy blando, volviendo luego de nuevo al camino, dando un rodeo para alcanzar la puerta trasera. Habiéndola visto abierta entró en la casa, hallando el cuerpo de Agnes Burlington.

»He estado pensando si usted se dedicaría a escudriñar por las inmediaciones, en torno al cadáver, yendo en busca de algún diario,

de algunos papeles, con lo cual dejaría sus huellas dactilares en varios puntos.

»Después, habiendo comprendido que se había metido en un lío, decidió, quizás, ir en mi busca, planeando el descubrimiento del cadáver en la forma que se ha producido ahora. Ya en la casa, vino lo del ataque de histeria. Moviéndose de un lado para otro, dejó sus huellas dactilares por todas partes, que justificarían las explicaciones que había de dar al teniente Tragg.

—Señor Mason —dijo ella, con fría dignidad—: estimo que en las actuales circunstancias no se encuentra en condiciones de actuar como mi representante legal.

—Cuando usted crea que debe ser rota nuestra relación no tiene que vacilar... Pero la estoy previniendo: si lo que he dicho es correcto, se enfrenta con un asesinato en primer grado. No se engañe. Con una treta tan simple como ésa sólo podría engañar al teniente Tragg no más allá de las veinticuatro horas. Piénselo bien.

Ellen Adair guardó silencio.

—¿Y bien? —inquirió Mason—. ¿Qué puede decirme ahora? ¿Qué ha sido de su fría y digna irritación?

De repente, Ellen Adair se dejó caer sobre el hombro de Della Street.

—Todo es verdad —murmuró.

Mason ahogó una exclamación, girando repentinamente hacia la derecha.

—¿Adónde vamos ahora? —inquirió Ellen Adair.

—Me encamino a un sitio donde nadie pueda localizarnos. Al menos, hasta que me lo haya confesado todo de plano —contestó Mason.

Capítulo 12

—Ya le he dicho la verdad —manifestó Ellen—. No tiene por qué ir a ninguna parte...

—Es usted una persona muy necia —contestó Mason—. No sólo se ha metido en un lío sino que me ha arrastrado a mí.

»No incurra en el error de subestimar a la policía. Ésta dará con las huellas impresas en ese camino mojado, con toda seguridad. Y preguntará qué era lo que nosotros hacíamos por allí. Tiene su nombre y sus señas, sacados del permiso de conducir. Localizarán su coche. Estudiarán los dibujos de sus neumáticos. Sacará un molde de las huellas del camino. Los agentes llegarán a conclusiones claras. Afirmarán que usted fue allí, mató a Agnes Burlington y corrió en busca mía, explicándome lo que había hecho. Dirán que yo la acompañé hasta el lugar del crimen con el propósito de retirar alguna prueba acusadora y que realizado este objetivo llamamos a la policía.

»El teniente Tragg se apresurará a llamarnos para someternos a un interrogatorio.

—Podría cambiar los neumáticos de mi coche antes de que a ellos se les ocurriera...

—Sigue empeñada en engañarse así misma —dijo Mason, interrumpiendo a Ellen Adair—. No tardaría en ser detenida. ¿Qué hizo con el arma?

—¿Qué arma?

—Yo creo que ella murió de un disparo de arma de fuego. Habría alguna junto al cadáver.

—Allí no había ningún arma.

El abogado sacó el coche del bulevar, enfilando una vía a la izquierda. Llegaron a un motel, donde Mason alquiló dos habitaciones contiguas. Della Street y Ellen Adair se acomodaron en

una de ellas. Luego, abrió la puerta que las ponía en comunicación.

—Bueno, sentémonos —dijo—. Tenemos una hora por delante para hablar, antes de que hayamos de enfrentarnos con el mundo.

Ellen Adair respondió:

—Supongo que no debí intentar engañarle. Yo...

—Dejemos eso a un lado, de momento. Lo que yo quiero saber es si usted mató o no a Agnes Burlington.

—¡Cielo santo, señor Mason! Yo no soy capaz de matar a nadie. ¡No! ¡Yo no la maté!

—¿Cuándo fue usted allí?

—Poco después del mediodía.

—¿Qué encontró en la casa?

—El interior estaba como acabamos de verlo.

—Quiero que me diga la verdad: ¿había algún arma?

—No, no.

—¿Qué hizo usted?

—Me sentí presa del pánico. Luego, me pregunté qué papeles podía haber dejado ella por el cuarto y eché un rápido vistazo...

—¿Encontró usted algo?

—Había un diario...

—¿Qué hizo usted con ese diario?

—No disponía de tiempo para leerlo. Lo cogí, saliendo de la casa. Luego me dije que había cometido una terrible imprudencia y que...

—¿Leyó el diario?

—Leí buena parte de él.

—¿Qué dejaba entrever?

—Creo que estaba escrito en una especie de clave. Decía, por ejemplo: «He telefoneado a... solicitando una entrevista», para más adelante consignar: «Me he entrevistado por fin con la persona que interesaba, sacando una impresión *satisfactoria*...». Como ésta, había otras palabras subrayadas.

—¿Figuraba en aquellas páginas algún nombre por usted conocido? —preguntó Mason.

—No había nombres, casi. Vi muchas iniciales. Me fijé en un detalle que me atormentó terriblemente.

—¿Cuál?

—Leí una nota fechada tres meses atrás, que rezaba: «Me he

suscrito al *The Cloverville Gazette*».

—¿Dónde se encuentra el diario ahora?

—Lo escondí.

—¿Dónde?

—Donde nadie pudiera encontrarlo.

—No esté usted tan segura en lo tocante a eso —dijo Mason—.

La policía suele apurar todos los medios.

—Y yo me considero una persona de bastante ingenio.

—Usted es una especie de inocente niña perdida en el bosque, Ellen. Me cogió con mi guardia baja. De no haber sido por eso la habría sometido a un largo y detallado interrogatorio, a impulsos de la extrañeza que me produjo su repentino cambio.

»Bueno, el caso es que yo he estado allí en su compañía... Si la policía puede probar que ésa fue su segunda visita a la casa, que ya había estado allí antes, que encontró muerta a Agnes Burlington, que se llevó su diario..., la detendrán, acusándola de haber cometido un asesinato.

—¿Qué puedo hacer yo? —inquirió Ellen Adair.

—De momento —afirmó Mason—, lo único que puede usted hacer es estarse quieta. No puede correr riesgos... Si la policía la busca y empieza a interrogarla usted dirá que se ve obligada a guardar silencio por consejo de su abogado.

—Pero... ¿no me hará aparecer tal conducta como culpable?

—Si empieza a responder a las preguntas de la policía es como no tendrá salvación. Los agentes la sorprenderán en alguna contradicción. Le tenderán entonces una trampa de la cual no podrá escapar.

—Es que si no digo nada a la policía me acusarán de todos modos...

—Si guarda silencio se reservará una oportunidad de salir airosa de este paso —aseguró Mason—. Entonces, la policía *pensará* en su culpabilidad. La detendrán y procesarán por el delito de asesinato en primer grado. Pero tendrán que demostrar su culpabilidad sin lugar a dudas para que pueda ser condenada.

»Alguien asesinó a Agnes Burlington... Ese alguien tenía una razón para proceder así.

»Tiene usted que hacerse a la idea de comparecer ante un tribunal de justicia. Se va a exponer a ser condenada. Habrá que

estudiar las pruebas aportadas, habrá que interrogar a los testigos... Por nuestra parte, hemos de dar con un punto débil. Ahondando en él nos hallaremos en condiciones de sembrar la duda en las mentes de los jurados.

»Mientras dispongamos de tiempo hemos de seguir toda pista que pueda traducirse en una duda razonable. La policía actuará rápida y efectivamente y no va a tenernos al corriente de sus progresos...

—¿Usted necesita ese diario de que hemos hablado antes, señor Mason? —preguntó Ellen Adair.

—Dentro de la sala de justicia —respondió el abogado—, yo soy un elemento oficial más. No me está permitido suprimir ninguna prueba. Yo no puedo retener un diario sin poner el hecho en conocimiento de la policía.

»Por otra parte, dada mi condición de abogado defensor, he de proteger sus confidencias. Usted me ha dicho que posee ese diario. Yo le aconsejo que lo entregue a la policía. Pero si usted decide no seguir mi consejo, lo único que puedo hacer es guardar silencio. Tengo la obligación de respetar su confianza.

»Hábleme ahora de su hijo, Ellen.

—¿Qué... qué quiere usted que le diga, señor Mason?

—La policía conocerá en seguida su existencia. ¿Qué impresión causará en sus hombres?

—Una impresión magnífica, señor Mason. Es un joven agradable, de buenos modales. Él...

—¿Dónde vive?

—Vive en el antiguo hogar de los Baird. Tras la muerte de Melinda y August heredó todos sus bienes...

Mason pareció adoptar una decisión.

—Vamos a hacerle una visita. Esperemos que la policía no se nos haya adelantado.

Capítulo 13

Ellen Adair, que había estado dando instrucciones a Mason, para que se orientase debidamente, dijo por fin:

—Tuerza a la derecha al llegar a la esquina siguiente. Es la casa que queda en el centro del bloque...

—¿Cree usted que su hijo estará allí? —preguntó el abogado.

—Seguramente.

—Y él sabe que usted es...

—Ahora sabe la verdad. Pero durante años vio en mí a una amiga de la familia, muy relacionada con los Baird. Nunca profundizó en los detalles. Me llamaba con toda naturalidad «tía Ellen»...

—Está bien —dijo Mason—. Esperemos que se encuentre en casa.

—Estará estudiando. Prepara un examen... Aquí es.

El abogado estacionó el coche junto a la acera.

—Vamos... Recuérdele: usted no diga nada en ningún momento que indique que ha visto hoy dos veces a Agnes Burlington. En ningún caso confiará a nadie lo que nos ha explicado a nosotros. Echemos ahora un vistazo a ese chico.

Se apearon los tres, avanzando por un camino con piso de cemento. El césped estaba muy bien cuidado.

—¿Quién se encarga de tener esto en orden? —preguntó Mason—. ¿Su hijo?

—Hay un jardinero... Son muchas las cosas que hay que hacer aquí y en fin de cuentas Wight anda muy ocupado con sus estudios.

Ellen Adair oprimió el botón del timbre varias veces, produciendo toques cortos y largos.

Sonrió mirando a Mason.

—Es una especie de código... Así sabe quién llama.

Esperaron unos quince segundos. Finalmente, Ellen Adair comentó:

—¡Qué raro! Tiene que estar en casa. Su coche está en el camino.

—¿Es ése su coche? —preguntó Mason, fijándose en un automóvil deportivo muy bajo, estacionado a poca distancia de la puerta.

—Sí.

—Es un coche de precio —observó Mason.

—Mi hijo es uno de esos chicos de ahora, señor Mason, y... Bueno, los Baird le dejaron algún dinero. Él... No comprendo qué es lo que puede estar reteniéndole...

Ellen Adair oprimió el botón del timbre nuevamente, produciendo los toques de antes.

Della Street intercambió una mirada con Perry Mason.

Bruscamente, hacia el fondo de la casa, se oyó una voz masculina:

—¿Quién es? ¡Ya voy, ya voy!

Unos instantes después se abrió la puerta, plantándose en el umbral un joven bien parecido, de excelente porte.

—¡Tía Ellen! ¡Mamá! ¿Qué te trae por aquí a esta hora de la noche?

Ellen Adair respondió:

—Wight: quiero presentarse a Perry Mason, el famoso abogado. Esta señorita es Della Street, su secretaria.

Wight Baird estudió los rostros de sus visitantes con un gesto de asombro.

—¡Santo Dios! ¡El famoso abogado! ¿A qué viene todo esto?

—Tenemos que hablar contigo de un asunto de la mayor importancia.

—¿Se trata de lo del testamento? —preguntó Wight.

—Sí.

—Bueno, mamá, ¿y va a estar el señor Mason de nuestra parte?

—Va a estar de nuestra parte —repuso Ellen Adair—, pero existen muchas complicaciones.

—Es de suponer —comento Wight—. Habiendo por en medio un par de millones de dólares las complicaciones no pueden faltar. Entren ustedes.

Los siguió hasta un cuarto de estar.

—He llamado al timbre varias veces. Has tardado mucho en contestar —dijo Ellen a su hijo.

—Acudí a abrir la puerta tan pronto oí sonar el timbre —respondió Wight.

—¿No me oíste la primera vez entonces?

—¿Quieres decir que has llamado dos veces?

—En conjunto, sí.

—Pues no, tía Ellen... mamá... No te oí la primera vez.

Oyóse el ruido de un motor de automóvil al arrancar no muy lejos de allí.

Wight dijo un tanto apresuradamente:

—Me estoy preparando para un examen. He estado con la nariz pegada a los libros tarde y noche. No pienso en otra cosa. Perdona si te hice esperar... Bueno, ¿qué ocurre, tía... mamá? ¿A qué se debe la visita a esta hora de la noche, en compañía del señor Mason y su secretaria?

—Hemos querido entrevistarnos con una testigo..., con una mujer ya madura que podía aportar una información de gran valor. Fuimos a verla... El señor Mason deseaba hablar con ella.

—Ya —dijo Wight—. Una precaución inteligente, que redondeara las pruebas ya existentes, ¿no?

—Llegamos a su casa muy tarde —manifestó Ellen—. Había muerto.

—¿Que ha muerto?

—Sí.

—¿Cómo ha sido eso?

—Evidentemente, esa testigo fue asesinada —declaró Mason.

—¡Asesinada! —exclamó Wight—. Entonces...

—El señor Mason —aclaró Ellen— piensa en la posibilidad de que nosotros seamos interrogados y yo quise que estuvieses al tanto... Además, el señor Mason deseaba hablar contigo.

—¿Quién era esa mujer? —inquirió Wight—. ¿La conocía yo acaso?

—No creo —repuso Ellen—. Trabajó de enfermera en San Francisco por la época de tu nacimiento y...

—Un momento, un momento —dijo Wight, atajando a su madre—. No me estarás hablando de Agnes Burlington, ¿eh?

—¡Agnes Burlington! —exclamó la madre—. ¿Es que la conocías?

—Desde luego que la conocía.

—¿Cómo fue eso? —quiso saber Mason.

—Ésa mujer me buscó...

—¿Hace mucho tiempo?

—La primera vez fue a raíz de la muerte de los Baird. Me dijo que yo no era hijo del matrimonio, que la señora Baird había hecho ciertas cosas para que yo pasara por tal.

»Me dijo también que si se divulgaba tal circunstancia yo no percibiría ni un centavo. Añadió que sería una pena, ya que yo no tenía culpa de nada. Después, me hizo saber que tú eras mi verdadera madre, me dio a conocer otros detalles...

—¿Qué dinero tuviste que pagarle?

—El diez por ciento de lo que heredara de los Baird.

—¡Wight! Nunca me lo dijiste... —reprochó Ellen al joven.

—Ella me indicó que no debía decírselo a nadie. Y menos que a nadie, a ti.

—¿Le hizo usted efectivo ese diez por ciento? —preguntó Mason ahora.

—Sí.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Hace un par de días.

—¿De qué hablaron en esa última entrevista?

—La mujer me notificó la posibilidad de que heredara una suma de dinero importante, deseando saber si estaba dispuesto a abonarle un porcentaje como el anterior por su colaboración en el asunto...

—Tú debieras haberme tenido al corriente de eso, Wight —dijo la madre.

—Para ser sincero, mamá: dispuse de pocas oportunidades para dar tal paso. Te he estado viendo de tarde en tarde y por pocos minutos siempre, de manera que... Creí que esa Burlington hablaba un tanto a tontas y a locas y opté por contestarle que si me procuraba algún dinero yo me hallaba dispuesto a recompensar sus servicios con el porcentaje requerido.

—¿Le notificó ella la suma de que se trataba? —preguntó Mason.

—Me indicó que se trataba de una suma muy elevada.

—¿Usted sabía que había trabajado como enfermera en San Francisco?

—Sí. La primera vez que hablamos me explicó que había asistido a mi madre al nacer yo... y que los Baird no eran mis padres. Fue ella quien me habló principalmente en esa ocasión. Yo me mantuve callado más bien.

—¿Vive usted en esta casa, solo? —inquirió el abogado.

—Sí. Se ocupa de la limpieza de la vivienda una asistenta; lava los platos y me hace la cama.

—¿Viene todos los días?

—Desde luego.

—¿Ha estado usted en casa durante todo el día?

—En efecto. Me he pasado las horas entre libros.

—¿Tiene Ellen Adair, aquí presente, una llave de la vivienda?

—¿Cómo...? Sí, claro, tiene una llave de la casa. Siempre avisa su presencia con los toques de timbre de costumbre, pero como tiene su llave puede entrar cuando quiera.

—De tener algo que esconder, ¿hay algún sitio ideal donde pudiera guardarlo?

—Habrá docenas de rincones a propósito, seguramente —contestó Wight.

—¿Le importaría que echase un vistazo por las habitaciones?

Medió Ellen Adair.

—Señor Mason: yo nunca habría pensado en *dejarlo aquí*...

—Me limitaba a formular unas preguntas —manifestó el abogado.

El abogado abrió una puerta que daba a un corto pasillo, viendo un cuarto de baño y dos dormitorios.

—¿Cuál es su dormitorio? —preguntó al joven.

—El de la derecha.

Mason entró, husmeando como un sabueso. Acercóse al guardarropa, cuya puerta abrió.

En la parte inferior descubrió una botella de whisky mediada, un recipiente para hielo y dos vasos. El borde de uno de los vasos estaba manchado de carmín.

—No estaba usted estudiando, Wight —dijo Mason al joven—. Se encontraba usted aquí con alguien. Cuando su madre tocó el timbre por primera vez se procuró el tiempo necesario para que su

amiguita se pusiera presentable, para poder salir por la puerta posterior de la casa. Luego, cogió su coche y se fue.

Wight Baird contestó:

—¿Y por qué no se mete usted en las cosas que realmente son de su incumbencia tan sólo, señor abogado?

—Ando metido en ellas. Intento hallar una salida a una situación bastante complicada.

—Bueno, usted ha comprendido que soy un ser humano, un tipo normal, como tantos otros. ¿Hay alguna ley que se oponga a eso?

—No hay ninguna ley, en efecto —repuso Mason—, pero a mí me disgustan las personas que mienten. Le huele a usted el aliento a alcohol, me ha dicho que se pasó todo el día estudiando y, por otra parte, yo había oído el ruido del motor de un coche al arrancar. Simplemente: quería confirmar mis recelos.

—Muy bien. Se han confirmado sus sospechas. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Nada. Me limitaba a averiguar hasta qué punto se puede confiar en sus palabras.

—Wight es un buen muchacho —medió Ellen Adair—. Tenga en cuenta que a los chicos de hoy no se les puede reprochar nada en cuestión de faldas, ya que se ven provocados a cada paso. No me lo explico, no sé qué es lo que piensan las muchachas de ahora...

Mason se volvió hacia Wight.

—¿Tiene usted la dirección de Agnes Burlington?

—Creo que me la dejó. Nunca presté atención a eso...

Mason giró en redondo, sujetando a Wight por los hombros.

—Bueno, ¿qué quiso ella de ti? Deja de mentir de una vez.

Wight se apartó del abogado.

—No me ponga las manos encima. No estoy mintiendo.

—Estás mintiendo, sí, y puedes verte metido, en unión de otras personas, en un verdadero lío. ¿Qué quería esa mujer de ti?

Wight adoptó una expresión más sombría.

—Me pidió dinero.

—¿Cuánto dinero?

—Quería el diez por ciento de todo lo que heredara de Cloverville.

—¿Cerraste algún trato con ella?

—Pues yo...

—¿Cerraste algún trato con ella? —repitió Mason.

—Sí... Nos pusimos de acuerdo.

—¿Te presentó algún documento?

—Me dijo que no convenía poner nada por escrito, pero que si trataba de engañarla posteriormente lo sentiría.

Mason contestó:

—Yo me sentiría extraordinariamente aliviado si alguien me dijese la verdad.

—No puede negarse que no haya actuado con rapidez —comentó Wight.

—Con estos tipos de familias hay que proceder así... Bueno, ¿has estado alguna vez en casa de Agnes Burlington?

—No.

—¿No sabes dónde vive?

—Tengo sus señas..., eso es todo.

—¿Tuviste algún trato de carácter... personal con ella?

—¿Qué quiere usted insinuar...? ¡Dios mío! La mujer tenía los años necesarios para poder pasar por mi madre. A mí, señor Mason, me gustan jóvenes y modernas... No, no. Lo suyo fue una propuesta exclusivamente comercial.

—¿Cuántas veces la viste?

—Solamente una vez, en el transcurso del pasado mes. Vino aquí y...

—¿Y por qué no diste cuenta de eso a tu madre?

—Me dijo que no lo hiciera. Señaló que mi madre era una mujer de ideas anticuadas y que si ellas dos concertaban algo lo más seguro era que se enterasen los abogados, de lo cual no saldría nada bueno... Me indicó también que, después de todo, mi madre no iba a heredar nada, que el dinero tenía que ir a parar a mis manos...

—¿Te dio a conocer la cantidad?

—Un par de millones de dólares.

—¿Y tú accediste a entregarle el diez por ciento?

—Sí, con tal que...

—A ver, explícate.

—Con tal de que ella aportara el testimonio que me permitiría obtener esa suma.

—Al acceder a una cosa como ésa atentaste, probablemente, contra la correcta solución de tu caso... Bueno, hálame del

documento.

—¿Qué documento?

—Te haría firmar algún papel —apuntó Mason.

—No hubo nada de eso que usted afirma. Ya he declarado que ella estimó más conveniente que no mediara ningún escrito...

—Es lógico que ella te exigiera que le firmases algún documento. Tenía que ponerse a cubierto de cualquier azar. Deja de mentir ya de una vez.

Wight se puso en pie.

—Sí. Me dio un papel. Nada de convenios ni cosa parecida. Había un escrito en el que se especificaban las condiciones de lo pactado.

—¿Y tú se lo firmaste?

—Sí.

—¿Tienes alguna copia?

—No. La mujer dijo que la copia representaba un peligro. Sólo habría el original, para que yo no pudiera arrepentirme. Ella lo guardaría donde no pudiese ser encontrado jamás.

Mason dijo, cansado:

—Has hablado mucho esta noche, Wight. Y en poco tiempo has dicho muchas mentiras...

—¿Qué esperaba usted? ¿Esperaba que hablara sin más de un acuerdo que yo juré tomar como algo seguramente confidencial?

Mason se volvió hacia Della Street.

—Creo que deberíamos irnos a casa ya.

—¿Y qué hago yo? —preguntó Ellen.

—Usted tomará un taxi y se dirigirá a su casa. No hará nada que tenga como resultado la destrucción de las pruebas o su obstaculización. Y por encima de todo, no cambiará los neumáticos de su coche, ni los intercambiará, ni hará nada por el estilo. ¿Me ha entendido bien?

—Pero si me apremian tendré que admitir...

—Usted no admitirá nada —recalcó Mason—. Si la policía la interroga contestará que no tiene nada que manifestar, que no hará ninguna declaración a menos que esté yo presente. Y cuando yo esté presente le indicaré que no diga nada. ¿Me comprende?

—Esta conducta me dejará en entredicho ante el público.

—Seguro —dijo Mason—. Ahora, es mejor eso que...

—¿Qué significa esto, mamá? —medió Wight—. No permitas que este hombre te atosigue. Si tienes algo que contar, adelante, di lo que sea.

—No, no. Wight. Tú no te haces cargo —contestó Ellen.

—¿Tenía que volver esa chica con tu coche, Wight? —preguntó Mason al joven.

—Si tiene tanto interés en saberlo, le diré que sí.

—Muy bien —repuso Mason—. Si para cambiar deseas hacer algo constructivo llama a un taxi para que se lleve a tu madre.

Mason hizo un gesto a Della Street y los dos abandonaron la casa por la puerta principal.

Capítulo 14

Poco después del mediodía, llegó el teniente Tragg. Entró muy sonriente en el despacho de Perry Mason, cuando aún llamaba Gertie frenéticamente, por teléfono.

—Hola, Perry. Hola, Della —dijo el teniente Tragg—. Hermosa mañana la de hoy, ¿eh? ¿Cómo se encuentran ustedes?

—Magníficamente —repuso Mason—. ¿Hay alguna razón que impida que Gertie anuncie su llamada como siempre es costumbre aquí? ¿Tiene forzosamente que entrar en mi despacho a su antojo, teniente Tragg?

—Me veo obligado a proceder así —dijo el teniente Tragg—. Quienes pagan los impuestos suelen odiar la figura del policía aguardando en la sala de espera de un abogado mientras éste se las piensa bien, ordena sus pensamientos e ideas o se desembaraza de un cliente haciéndolo salir por la segunda puerta... En tales condiciones, con mucha frecuencia, nos vemos obligados a dar la impresión de que nos colamos libremente en todas partes.

La sonrisa de Tragg era cortés, afable.

—Mis clientes no acostumbran a filtrarse por las paredes.

—Alguno que otro se escapará por esa puerta, en cambio. No obstante, localizaremos inmediatamente a Ellen Adair y abrigo el temor, Perry, de que eso será para acusarla de un asesinato.

»Claro que ella querrá que esté presente su abogado durante el interrogatorio. Por tal motivo, he pensado que usted será tan amable que acceda a acompañarme... Hagamos que todo se plantee como en una amistosa reunión de familia... De este modo, evitaremos lamentables pérdidas de tiempo.

—¿Dónde piensa encontrarla? —inquirió Mason.

—En los almacenes en que trabaja —repuso Tragg—. No pretendo ponerla en un aprieto, Mason, ni humillarla. Sucede

simplemente, que la ley es la ley.

—Supongo que usted se habrá procurado pruebas.

—¿Habla usted de pruebas? Desde luego que las tenemos. No podemos detenerla sin poseerlas, tratándose de una mujer que ocupa un cargo de responsabilidad.

Mason se volvió hacia Della Street.

—Llama a esos almacenes cuando yo haya salido de aquí. Hay que dejar al teniente en buen lugar.

—Le agradezco la atención, Perry —replicó el teniente Tragg—. Nunca resulta agradable arrestar a una persona. Y menos cuando hay que recurrir a los servicios de un atareado abogado, capaz de mantener en silencio a su representada el tiempo suficiente para que se invente una historia...

—Esta vez le voy a ser franco, teniente —manifestó Mason.

—Le ruego que me hable con toda sinceridad.

—Voy a aconsejar a Ellen Adair que no diga absolutamente nada. Contará su historia por primera vez en el estrado de los testigos, si es procesada.

—¡Bah! —exclamó el teniente Tragg—. Creo que ésa no es una medida verdaderamente inteligente, Perry.

—Puede ser que esté usted en lo cierto, pero me inclino a pensar que así es como llevo yo mejor lo mío.

—Naturalmente, usted tiene que hacer lo que estime más conveniente. Ahora bien, hemos de hacerle a esa mujer algunas preguntas especiales y es mejor que sepa qué responder concretamente en cada caso...

—Sabrá qué responder, pero va a guardar silencio, de momento —afirmó Mason—. Asumo la responsabilidad de su actitud.

—Bueno, a mí me parece que nos enfrentamos con sus funerales, Perry —dijo el teniente con una risita.

—Creo que no habrá funerales para nadie. En marcha, teniente. Tragg anunció:

—Tengo abajo un coche de la Brigada. Nos llevaremos a su cliente a la Jefatura. ¿Quiere acompañarnos?

—Iré con usted.

El abogado dirigió una expresiva mirada a Della Street, bajando la cabeza.

—¡Oh! No hay inconveniente alguno en eso, Della —dijo Tragg,

radiante—. Llame por teléfono a French, Coleman & Swazey y comunique a esa mujer que vamos para allá. Después de todo, Perry Mason, por su condición de abogado, ha de auxiliar de alguna manera a sus clientes. La dejaremos que se prepare. Vámonos, Perry.

Los dos hombres abandonaron el edificio. Tragg, de muy buen humor, se acomodó en el asiento del coche situado junto al conductor. Mason se sentó detrás.

—Su cliente, más tarde, se sentará a su lado, Perry. Y le ruego que no hable con ella hasta que lleguemos a la Jefatura.

El policía se volvió hacia el conductor del automóvil.

—Vamos a visitar los almacenes French, Coleman & Swazey...

El tráfico era bastante intenso. El coche oficial, gobernado por manos expertas, llegó a su punto de destino unos minutos más tarde, quedando estacionado cerca de una boca de riego del servicio de contraincendios.

—Usted espere aquí —dijo Tragg al conductor—. ¿Me acompaña, Mason?

—Ciertamente. Vine aquí para eso, ¿no?

Se adentraron por las oficinas. Tragg se dirigió a la sección de compras. Apartando levemente a un lado a una sobresaltada empleada, penetró en un despacho diciendo a Ellen Adair:

—Supongo que ya sabe usted, señorita Adair, a qué venimos.

Medió Mason:

—Ellen: va a ser detenida usted bajo la acusación de asesinato. Como abogado suyo, mis instrucciones son éstas: no diga nada, no conteste a ninguna de las preguntas que le hagan.

—Bueno, un momento, un momento —dijo el teniente Tragg—. Hay que cubrir una formalidad primero. Usted no sabe hasta qué punto nuestras actividades se hallan sujetas a ciertos formulismos en la actualidad.

»Le diré, señorita Adair, que me veo en el desagradable deber de detenerla como sospechosa del asesinato de Agnes Burlington. Le prevengo en el sentido de que no está obligada a responder a mis preguntas, de que no está obligada a formular declaraciones, añadiendo que si las hace podrán ser utilizadas contra usted. Quiero hacerle saber que está usted autorizada para pedir consejo. Por tal motivo, nos pusimos al habla con el señor Perry Mason, su abogado,

a quien notificamos que íbamos a arrestarla, Él estará a su lado siempre que nosotros la interroguemos.

»Voy a pedirle ahora que nos acompañe a la Jefatura de Policía, haciéndole saber que queda detenida.

—Le dije, teniente...

Mason la interrumpió:

—Silencio, Ellen. No vamos a decir nada.

—Pero es que yo le dije...

—Si usted le dijo algo, él lo recordará a su tiempo.

—¿Hay algo que se oponga a que yo afirme mi inocencia?

—Nada en absoluto. Ahora bien, el teniente Tragg es capaz de hacerle hablar de cosas sin trascendencia para empezar. Luego, sin darse cuenta, terminaría por abordar otras de la mayor importancia.

—¿A qué se refiere, abogado? —preguntó Tragg.

Mason sonrió, respondiendo:

—A las que usted ha estado descubriendo.

—Bueno, no sé concretamente en qué está pensando —dijo el teniente—. Pero le notificaré, por ejemplo, que podemos probar que el coche de Ellen Adair estuvo sobre el camino de la finca Burlington cuando ya el terreno estaba muy resbaladizo. Desde el punto de vista del detective, esto, Mason, ha constituido una pura delicia. Me quedé sorprendido. Ordinariamente, no se encuentran datos tan perfectos.

—Le felicito.

—Gracias, muchas gracias, Perry. Ellen Adair metió el coche por allí. Viendo que el terreno estaba muy blando, decidió retroceder. Es una buena conductora. En tal situación, no pocos conductores cambian levemente de posición las ruedas en la maniobra de retroceso, removiendo el cieno, en parte porque los neumáticos resbalan.

Mason asintió.

—Pero esta mujer dio marcha atrás sin tocar el volante. Simplemente: avanzó, vio que el terreno estaba muy blando, y retrocedió lenta, fácilmente. Los dibujos de los neumáticos quedaron perfectamente impresos. Obtuvimos así unos moldes perfectos...

—La verdad —dijo Mason— es que cuando vi que aquel piso estaba demasiado blando y cenagoso no creí que los neumáticos

hubieran dejado unos rastros tan precisos.

—Bueno, eso, desde luego, ocurría más tarde. Nos figuramos que el coche de Ellen Adair estuvo estacionado en el camino, o quizá debiera decir que se adentró por el mismo, siendo sacado de allí hacia la hora de la muerte de Agnes Burlington, aproximadamente.

—¿A qué hora se produjo el fallecimiento de la víctima? —inquirió Mason.

—Ésa es una cuestión que ofrece muchas dudas —respondió el teniente Tragg—. Durante los interrogatorios, usted, seguramente, formulará muchas preguntas a los forenses sobre el tema. La estimación se centra dentro de las veinticuatro a las treinta horas antes de que se produjera el descubrimiento del cadáver. La rigidez cadavérica había aparecido ya y desaparecido después, y se observó, desde luego, una lividez postmortem muy acusada. Nos ayudaría saber cuándo ingirió su última comida, pero por lo visto eran alimentos preparados por ella misma en la casa «dúplex». Seguidamente, lavó la vajilla. Todo lo que podemos afirmar en definitiva es que fue asesinada un par de horas después, más o menos, de haber hecho su comida, pero no sabemos con exactitud cuándo fue eso.

—¿No se ha podido deducir nada de los mismos alimentos? —preguntó Mason.

—Vaya, vaya... Hemos invertido los papeles, ¿eh, Mason? En lugar de formular las preguntas la policía a la acusada, la sospechosa y su abogado interrogan a los agentes encargados del esclarecimiento de los hechos. Mason: lo único que falta ya aquí es que me diga que cualquiera de mis declaraciones podrá ser usada en contra mía.

—Lo cierto —replicó Mason— es que si usted se halla interesado en la detención del verdadero asesino debe prestarse a discutir los hechos que han sido desvelados hasta el momento.

—Exacto —contestó Tragg—. Y si usted está interesado en que se haga justicia, yendo a parar al descubrimiento del que llama el «verdadero asesino», se mostrará dispuesto, quizás, a contestar a algunas preguntas.

»Ahí está la cuestión, por ejemplo, del paquete de la oficina de correos... Bueno, se trata de un sobre, para ser exactos, dirigido a Ellen Adair, al Apartado General.

»¡Oh! Ya veo, señorita Adair, que eso la ha impresionado un poco. Usted no creía que la policía afinara de esa manera, ¿verdad?

—¿Una carta? —preguntó Mason.

—Bueno —dijo Tragg—, yo creo que se trata más bien de una libreta o agenda. En efecto, tiene aproximadamente el tamaño de un diario, Mason.

»No hemos abierto el sobre aún, ya que para eso necesitamos proveernos de una orden de registro en regla. Hay unas formalidades que cubrir para llegar a tal operación dentro de Estados Unidos. El gobierno se esmera en todo lo tocante al servicio postal. Pero nosotros hemos podido ver el sobre por fuera, claro, el cual fue depositado en un buzón. Ya lo he dicho: está dirigido a Ellen Adair, Apartado General... Y sus señas nos hablan sin lugar a dudas: fueron estampadas por la propia señorita Adair.

»Dentro de una hora, el sobre habrá sido abierto. Puede ser que entonces se produzca un cambio radical en la situación, particularmente si aquél contiene un diario escrito por Agnes Burlington.

»Unas personas íntimamente relacionadas con Agnes Burlington sostienen que llevaba un diario que solía guardar en el cajón superior de una cómoda. Nosotros no conseguimos localizar ninguno cuando registramos la casa, tras el crimen... Ahora, si ese sobre dirigido por la señorita Adair a sí misma resulta que contiene, efectivamente, un diario, el echado de menos... Bueno, usted, Mason, adivinará la situación que se plantea.

»¿Querría usted, señorita Adair, formular alguna declaración sobre lo hallado en la oficina de Correos?

—Ellen Adair no hará ninguna declaración acerca del particular —medió Mason, con firmeza.

—Podría decirnos al menos si es algo que se envió a sí misma y cuando lo hizo —alegó Tragg—. Es lo único que nos interesa saber, de momento. ¿Por qué obró así? De otro lado, dentro de una hora conoceremos el contenido del sobre.

Ellen Adair miró a Mason, atemorizada.

El abogado insistió:

—La señorita Adair no va a formular ninguna declaración.

—Desde el punto de vista de las relaciones públicas, la cosa presenta bastante mal cariz, ¿no le parece?

—Este caso no va a ser juzgado por un tribunal de relaciones públicas, sino por uno de justicia. No pienso permitir que se ventile en las columnas de los periódicos.

—No vamos a ninguna parte, por lo que veo —consideró Tragg. Mason dijo ahora:

—Pongamos las cartas sobre la mesa, teniente. Hay ciertas razones que justifican el silencio de la señorita Adair ante sus preguntas. Existen determinados hechos relacionados con su personal historia que tienen que ser mantenidos en reserva. Si contesta a sus preguntas, tendrá que airear asuntos de índole personal, privada. Por consiguiente, continuará encerrada en su mutismo. Eso significa que no va a decir una sola palabra.

—Comprendo su postura —manifestó el teniente—. Deja usted reposar sobre nuestros hombros todo el trabajo que entraña el desarrollo del presente caso. Así lo quiere usted... Pero esos asuntos privados que ha hecho usted referencia no pueden estar relacionados con cierta disputa que en torno a un testamento va a producirse en la pequeña ciudad de Cloverville.

—¿Y por qué no?

—Porque esa información está en manos de la policía y mucho me temo, Perry, que haya llegado hasta la prensa. Desde luego, no quiero decir nada que afecte a su cliente, pero, después de todo, las pruebas son las pruebas y hay un testigo, una tal Maxine Edfield, que ha facilitado a la policía unos valiosos informes referentes a la motivación y a la posibilidad de que la señorita Adair, aquí presente, alega que tuvo un hijo de Harmon Haslett, quien falleció recientemente, dejando una fortuna valorada en un par de millones de dólares. Ésas son todas las cosas que entran en el caso por la vía de la motivación y yo me pregunto si la señorita Adair querría formular algún comentario sobre tales cuestiones, ya que no van a ser del dominio público.

—La señorita Adair no formulará comentarios sobre nada —respondió Mason.

—Es posible que usted, como abogado de la señorita Adair, quiera decir algo.

—Como abogado de la señorita Adair, no tengo ningún comentario que formular.

Tragg se encogió de hombros.

—Bien. Al parecer, hemos tropezado con algo así como un muro de silencio. Desde luego, ustedes dos se habrán dado cuenta de que lo único que nosotros intentamos lograr es que se haga justicia. No queremos que una persona sea víctima de la publicidad, ni que sufra molestias... Tienen que haber razones sustanciales para que nos decidamos a causar a alguien un perjuicio.

»Ahora, señorita Adair, si se aviniese usted a aclarar esos extremos que entorpecen la labor de la policía diciendo simplemente la verdad, a nosotros nos agradecería mucho escuchar sus explicaciones, dedicándonos luego a investigar los datos que tuviera a bien facilitarnos...

—Los dos sabemos, teniente Tragg —manifestó Mason—, que usted no habría llegado tan lejos de no haber decidido el procesamiento de Ellen Adair por el asesinato de Agnes Burlington. Usted sabe que tanta vana palabrería acerca de la administración de la justicia constituye simplemente un cebo para que el acusado o acusada hable. Precisamente, saliendo al paso de esos cebos y frases altisonantes, las salas de justicia han establecido normas a las cuales la policía ha de atenerse cuando interroga a una persona sospechosa.

Tragg sonrió.

—Bueno, Mason —dijo—, nada se pierde con intentar las cosas. Por lo que a usted respecta, señorita Adair, va a tener que acompañarnos.

»Puedo decirle una cosa, señor Mason. Lo de poner pruebas que acusan en sobres para su envío por correos al Apartado General es un recurso ingenioso que se sale un poco del marco de las actividades permitidas a un consejero legal.

»Desde luego, no estoy formulando ninguna acusación. Pero la verdad es que eso ha sido hecho antes y es posible que intente saber que, habitualmente, en situaciones como la presente, recurrimos al servicio postal. Cuando hallamos algo nos procuramos una orden de registro y una orden de las autoridades superiores de correos, a fin de poder abrir el sobre o el paquete de turno y examinar su contenido.

»Espero, por usted y por su cliente, que el sobre dirigido a Ellen Adair, al Apartado General, no contenga ningún diario de Agnes Burlington... No obstante, guiándome por las pruebas que tengo a

mano, temo que sea eso lo que encontremos allí.

»Y ahora, señorita Adair, si tiene la amabilidad de acompañarme a la Jefatura de Policía... Procuraremos que las formalidades que tenemos que cubrir allí le resulten lo menos molestas posibles. Claro, todavía está a tiempo de cambiar de opinión, decidiéndose a explicarme todas sus acciones. Si existen explicaciones lógicas, nosotros estamos dispuestos a escucharla.

—No hay explicaciones que valgan ahora —medió Mason—. Ni lógicas ni de otra clase. Tenemos derecho a guardar silencio si tal es nuestro deseo y nos atenemos a él.

»Deseo que me conceda cinco minutos para hablar con mi cliente, Tragg. ¿Le importaría aguardar en la oficina exterior? Después de esto podrá hacerse cargo de la señorita Adair para su traslado a la Jefatura de Policía.

—Una vez practicada la detención, esas conferencias entre la persona arrestada y su abogado se celebran en la sala correspondiente de la Jefatura —objetó el teniente.

—Eso ocurre siempre después de haber sido registrada la persona —señaló Mason—. Desde luego, si adopta una postura tendente a negarme un cambio de impresiones con mi cliente, yo, entonces...

—No, no, no —repuso Tragg—. No queremos meternos en ninguna trampa hoy. Siempre y cuando podamos evitarla, claro. ¿Qué necesita usted? ¿Cinco minutos?

—Cinco minutos.

—Voy a concedérselos —manifestó Tragg.

Inclinando la cabeza, en una burlona reverencia, el teniente salió de la estancia.

Mason se volvió hacia Ellen Adair.

—¿Contiene ese sobre el diario de Agnes Burlington?

—Sí.

—¿Dónde lo encontró usted?

—En uno de los cajones superiores de la cómoda.

—Bien —dijo Mason—. Así que usted estuvo allí antes. La encontró muerta. Llevó a cabo un registro. Y se apoderó de su diario.

—En efecto.

—¿Había allí algún arma?

—No.

—¿Posee usted alguna, suya?

—¿Cómo? Sí.

—¿Qué clase de arma posee?

—Un «Colt» del calibre treinta y ocho.

—¿Dónde la tiene ahora?

—¡Cielos! No lo sé. En cualquier sitio de mi apartamento. Supongo que en... No, no me acuerdo. Se lo presté a Wight. Quería hacer unas prácticas de tiro al blanco. Me habló de que pensaba hacer una excursión con una chica... Bueno, Wight es muy buen tirador y seguramente deseaba exhibirse.

—¿Qué hizo con el arma? ¿Se la devolvió?

—No. La tiene todavía. A menos que... ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó Mason.

—Ya me acuerdo. Me dijo que dejaría el revólver en la guantera de mi coche cuando hubiese terminado con él...

—¿Sabe si lo hizo?

—No. Pero supongo que sí, que lo dejaría allí.

—Así pues, cuando la policía registrara su coche debió de encontrar el revólver en el mismo...

—Es posible.

Mason respondió:

—Si el crimen fue cometido con esa arma nadie podrá salvarla, Ellen. Cualquier jurado daría un veredicto de culpabilidad por asesinato en primer grado contra usted.

—Creo... creo saber lo que está usted pensando: que he sido una estúpida. ¿No es así, señor Mason?

—Veo que se da cuenta de la situación. Se ha pasado de lista, señorita Adair.

El abogado abrió la puerta de la estancia.

—Solamente tres minutos y medio —declaró Tragg, optimista.

—Cierto —repuso Mason, sombríamente—. Le regalo el resto del tiempo concedido. Puede usted hacer con él lo que quiera.

Capítulo 15

Mason estaba sentado en el sillón de su despacho privado. Habíase aflojado el nudo de la corbata y tenía delante una taza de café casi vacía.

Paul Drake había ocupado el sillón utilizado habitualmente por los clientes del abogado y tomaba unas notas. Della Street abrió un paquete sellado. Seguidamente, cargó de nuevo la cafetera.

Mason, fatigado, declaró:

—No puedo desatenderme de esta mujer, Paul. Entré en el caso con los ojos vendados y no veo ninguna salida para mí.

»No puedo decirte qué es en suma todo lo que la policía tiene contra ella, ya que no lo sé. Lo que más me interesa en estos momentos es averiguar si el teniente Tragg y sus hombres han localizado el arma con que fue cometido el crimen.

—¿Tiene tu cliente un arma? —inquirió Drake.

—Ésa es una pregunta parcial solamente. Tiene un revólver «Colt» del calibre treinta y ocho, adquirido por ella en un establecimiento conocido. Por el libro registro de éste se sabrá que Ellen Adair tiene esa arma.

—¿A dónde ha ido a parar?

—A las manos de la policía —dijo Mason—. Lo que yo necesito saber urgentemente, Paul, es si el proyectil homicida salió por el cañón de ese revólver.

—¿Y si fue así?

—Hablo en hipótesis. Si, como supongo, el arma está en las manos de la policía y fue la utilizada para cometer el crimen, existen muy pocas posibilidades de que Ellen Adair salga bien de esto.

—¿Y si no se trata del arma fatal?

—Si no se trata del arma fatal —repuso Mason—, tenemos que

probar... que no lo es, en efecto.

»El hecho de que ella tuviera un revólver y de que éste sea del mismo tipo que el utilizado para cometer el crimen, combinado con todas las demás cosas, dará lugar a un caso claro de prueba circunstancial.

—Ya es bastante —comentó Drake.

—Cierto —confirmó Mason—. Porque lo peor de los casos de prueba circunstancial radica en su interpretación.

Drake manifestó:

—He sabido por una confidencia que la policía va a poder demostrar que el automóvil de Ellen Adair estuvo aparcado en el camino de la casa de Agnes Burlington y que aquélla estuvo dentro de la casa mucho antes de que la policía fuera avisada.

»La acusación supondrá que había alguna prueba que ella quería hacer desaparecer, o alterar de alguna forma. Con tal fin, Ellen Adair fue en tu busca. Ya en el escenario del crimen, arregló las cosas a su gusto, tal como querías que fuesen encontradas por la policía, hecho lo cual se puso al habla con ésta.

—Sí —replicó Mason, reflexivo—. Ellos adoptarán esa actitud, que es injusta, que no tiene nada de caritativa, por lo que a un abogado concierne. No obstante, hay suficientes pruebas en su apoyo, así que seguirán por ese camino.

—¿Pueden ellos probar que el coche de Ellen Adair estuvo allí y que tu cliente visitó la casa? —preguntó Drake—. En caso afirmativo, todo se pone muy difícil, a menos que ideas algo a manera de explicación.

—Se trata de otro ejemplo de prueba circunstancial. Hay muchos detalles así. Veamos, Paul... Yo creo que la prueba circunstancial demostrará que Agnes Burlington murió dentro de las dos horas siguientes a la ingestión de la comida. Quiero saber de qué se compuso ésta y la hora de la misma.

—¿Cómo vas a probar eso?

—Hay un supermercado por las inmediaciones. Es probable que, de vez en cuando, frecuentase el lugar, en busca de provisiones. A ver qué es lo que puedes averiguar por allí.

—¿Crees que se acordarán de esa mujer en el supermercado? —preguntó Drake.

—Es bastante posible que sí. Estamos refiriéndonos a una

persona que vivía sola. Indudablemente, frecuentaría el lugar, donde adquiriría periódicamente diversos géneros. Casi seguro que compraba comidas preparadas, de esas que no hay más que pasarlas por el fuego... Es una cosa que haría cada vez que comía o cenaba en casa.

»Fíjate en que la policía se ha hecho la remolona a la hora de dar información en lo concerniente al contenido del estómago de la víctima. Me inclino en ver una pista en su actitud.

»De haber ingerido un biftec con patatas fritas, una ensalada y algunas verduras, quizá, tendríamos que pensar que salió con un hombre, en cuyo caso su acompañante habría vuelto con ella a la casa más tarde.

—Pero tú no sabes si su último refrigerio fue el almuerzo, el desayuno o la cena...

—Lo que yo sé es que las luces de la vivienda estaban encendidas —contestó Mason—. Esto me hace pensar que el crimen fue cometido por la noche, a una hora u otra. Y si el hecho ocurrió dentro de las dos horas siguientes a la ingestión del refrigerio, probablemente la comida que hizo fue de las que preparaba cuando no quería entretenerse mucho en la cocina ni con el lavado de muchos platos.

»Si, por otra parte, la comida fue de las que en cualquier restaurante suelen costar de tres a seis dólares, yo pensaré que salió con un hombre.

—He ahí un buen razonamiento —comentó Drake.

—Por consiguiente —remató Mason—, son muchas las cosas que dependen de la naturaleza del refrigerio. La prueba circunstancial puede resultar engañosa a veces, pero nunca lo será en el mismo grado que cierta gente. Y ten en cuenta que dos millones de dólares constituyen una tentación para cualquiera.

Drake asintió.

—¿Algo más?

Mason consultó su reloj.

—Nada más, por ahora. Amplía tus averiguaciones en ese sentido todo lo que puedas.

—Me consta que esa gente no logra dar con la bala fatal.

Mason abrió mucho los ojos.

—Sin embargo, Paul, *tienen* que encontrarla.

—Es lo mismo que el teniente Tragg ha dicho a sus agentes. Pero la verdad es que no han conseguido nada, pese a haber registrado toda la vivienda a conciencia. Por tal motivo, todos andan preocupados.

—La bala está allí, indudablemente. Quedaría incrustada en algún sitio. Me gustaría saber si corresponde a cualquier arma descubierta, dentro del presente caso.

—Creo disponer de los medios para estar al tanto de lo que sucede. Es posible que no pueda facilitarte información detallada, pero me parece que podré hacértelo saber si llegan a localizar el proyectil buscado. También nos enteraremos de si corresponde o no al arma...

—A ver qué es lo que puedes conseguir, Paul.

El investigador, un hombre de gran estatura, se puso en pie.

—Nos mantendremos en contacto, Perry —dijo antes de encaminarse a la puerta y abandonar el despacho.

Della Street miró al abogado con el ceño fruncido.

—¿Podrás subir a Ellen Adair al estrado de los testigos? —preguntó a Mason.

—No. En la forma en que están las cosas ahora, no. El fiscal la haría pedazos en el transcurso de su interrogatorio. Esa mujer se ha colocado en un posición sumamente delicada y hasta ahora la prueba circunstancial está contra ella.

—¿Y qué puedes hacer si no la subes al estrado?

—La prueba circunstancial tiene algo muy grato: es una arma de dos filos. Corta en ambos sentidos y siempre dice la verdad. Lo malo de la prueba circunstancial es que a veces llevamos a cabo una interpretación incorrecta porque no disponemos de todos los datos.

»Sin embargo, Della, he elaborado una hipótesis que no me extrañaría nada que diese resultado...

—¿Quieres o no quieres hablar?

Mason abandonó su sillón, empezando a pasear por la estancia lentamente.

—Quiero hablar, desde luego —dijo—. Tú eres el jurado. Yo soy el abogado defensor.

—De acuerdo. Adelante.

—El fiscal te dice que se halla en posesión de una prueba circunstancial muy sólida, que le permite asegurar que la acusada

llegó a casa de Agnes Burlington, dejando su coche estacionado en el camino interior de la finca. Luego, penetró en la casa, para ver a la mujer asesinada.

»La acusación ha presentado unos moldes con los dibujos de unos neumáticos. No hay duda: el automóvil perteneciente a la acusada se adentró por el camino de la casa de la Burlington.

»Ahora voy a hacer una pregunta: ¿cuándo se adentró por allí?

»De buenas a primeras, es posible que pienses que nosotros no conocemos la respuesta a tal pregunta, es decir, que no podemos contestarla con referencia a la hora de la muerte... Sin embargo, yo opino lo contrario.

»La prueba demuestra que Agnes Burlington tenía la costumbre de regar su césped por la noche. Cuenta el jardín con un sistema de irrigación subterráneo. Ella tenía el hábito de ponerlo en funcionamiento al mínimo de su capacidad; daba lugar a una especie de goteo, por así decirlo, desde los diversos orificios de salida. Dejaba el dispositivo así hasta el momento de irse a la cama. Entonces, cortaba el riego.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Della Street.

—Los miembros del jurado siempre hacen preguntas —repuso Mason, sonriendo—. ¿Cuál es la tuya?

—¿Cómo sabemos que esa mujer tenía la costumbre de poner el sistema de irrigación en marcha por la noche, para cerrarlo al irse a la cama?

—No lo sabemos todavía —repuso Mason—, pero creo que la evidencia indica que eso fue lo que sucedió aquella noche, y yo opino..., en efecto, espero... que podamos demostrar que se trataba de una costumbre.

—Sigue —dijo Della Street.

—Bien. Aquella noche, la que a nosotros nos interesa, Agnes Burlington no cerró el agua. Y tampoco apagó las luces eléctricas.

—¿Por qué?

—He aquí una respuesta posible: porque estaba viva cuando abrió el agua, y estaba viva cuando encendió las luces; pero cuando llegó la hora en que normalmente cortaba el agua, cuando llegó la hora en que normalmente apagaba las luces, estaba muerta. Por añadidura, los boletines meteorológicos aludieron a una violenta tormenta en la noche del día cuatro. He aquí un hecho nada

corriente en nuestro clima, pero se presentó el furioso viento habitual, y la usual y breve lluvia.

»Si Agnes Burlington hubiese estado viva después del chubasco, habría cortado el agua del sistema de irrigación del césped. Y el ruido de los truenos hubiese impedido que el disparo fuera oído por algún vecino.

»Por consiguiente, el agua corrió durante toda la noche y a lo largo de la mañana siguiente. Las luces estuvieron encendidas durante toda aquella noche, durante toda la mañana siguiente. Luego, Ellen Adair fue en su coche a ver a Agnes Burlington.

»No podemos probar la hora exacta en que Ellen Adair detuvo su coche, pero sí sabemos que eso debió de ocurrir muchas horas después de la muerte de Agnes Burlington, porque el agua había empapado el césped, deslizándose hasta el camino, dejándolo tan cenagoso que en el piso quedaron impresas las huellas de los neumáticos del automóvil de la acusada, cuando el vehículo avanzó por allí.

»En otras palabras, señoras y señores del jurado, todo tiende a demostrarnos que Ellen Adair se adentró en su coche por el camino interior de la finca doce o quince horas después de haber muerto Agnes Burlington.

Mason hizo una pausa.

—¿Que tal lo estoy haciendo? —preguntó luego.

—Perfectamente —repuso Della—. Pero, ¿no va a querer decirte Ellen a qué hora se adentró por allí, dejando sus huellas?

—Claro que querrá. Tiene que decírmelo. Bueno, ya lo ha dicho... Ellen afirma que eso sucedió una hora o dos antes de presentarse en este despacho para hablarme de Agnes Burlington.

»Tengo para mí que ésa será otra mentira. Intenta proteger a su hijo o quiere desvirtuar o alterar las pruebas.

»Tengo que preparar este caso para un jurado, sin confiar en ninguna ayuda exterior. He de apoyarme en la evidencia.

—Lo estás haciendo estupendamente —manifestó Della Street—. Aquí tienes mi veredicto: ¡*No culpable!*

Mason sonrió.

—Te dejas convencer demasiado fácilmente por los argumentos de la defensa, Della. Pero hasta ahora no podemos aferrarnos a otra esperanza... Bueno, hay otra, a decir verdad: es de desear que la

bala que causara la muerte de Agnes Burlington no saliera del cañón del arma hallada por la policía en la guantera del automóvil de Ellen Adair.

—Supongamos que se sepa a ciencia cierta que el proyectil fue disparado con esa arma...

—Entonces, tendremos que dar con algún giro espectacular que demuestre la inocencia de Ellen Adair... Si no ocurre eso, estamos listos.

—¿Qué me dices de Wight Baird? —preguntó ahora Della Street—. ¿No pudo ser él quien disparara la bala que mató a Agnes Burlington?

—Existe esa posibilidad, naturalmente. Conocemos detalles que nos inclinan hacia esa hipótesis. Wight es un hombre joven, quien aspira a seguir por la vida el camino fácil. No sé qué cantidad de dinero le dejarían los Baird, pero si no fue una suma sustanciosa lo habrá liquidado todo. Y si entonces entró en posesión de una cantidad de dinero grande, pudo decidir que un par de millones de dólares vendrían a redondearlo todo.

—Pero, ¿y por qué habría de matar a Agnes Burlington? Su testimonio serviría para reforzar eficazmente la reclamación del muchacho, ¿no es así?

—¿Y cómo hemos sabido nosotros que su testimonio iba a respaldar la reclamación del chico? —inquirió Mason—. Lo sabemos por Ellen Adair, ¿no? Pero, ¿cuántas veces nos ha mentido Ellen Adair?

Della Street hizo un gesto afirmativo.

—Has dado en el clavo ahí —comentó.

—Bueno —dijo Mason—. El examen preliminar comienza mañana. Para entonces conoceremos muchos más detalles sobre nuestro caso. Quizá surja algo nuevo. Lo último es perder la esperanza.

»Todo el caso gira en torno a la bala fatal. ¿Salió o no salió del arma de Ellen Adair?

—¿Qué dice Wight acerca del arma?

—¿Qué puedes esperar que diga? —preguntó Mason—. La pidió prestada a su madre ocho o diez días antes para practicar un poco el tiro al blanco. Hizo varios disparos y la dejó en la guantera del coche de Ellen Adair. Ya le había dicho a Ellen que procedería así.

Todo resulta natural en él cuando consideras su juventud, las diversas cosas que atraen su atención, sus amistades femeninas, sus estudios, sus coches, su afición a los licores...

Della dijo, reflexiva...

—Me entran temblores con sólo pensar en lo que es capaz de hacer ese joven si llega a entrar en posesión de dos millones de dólares.

Mason miró a su secretaria, también pensativo.

—Considera la cuestión desde otro punto de vista, Della.

—¿Qué quieres decir?

—Piensa en *lo que haría Wight sin ese dinero...*

Capítulo 16

El juez Dean Elwell ocupó su sitio, fijando la vista en su memorándum.

—Va a verse el caso del Pueblo del Estado de California contra Ellen Calvert, también conocida por Ellen Adair, la acusada.

—La acusada está preparada —dijo Perry Mason.

Stanley Cleveland Dillon, miembro destacado de la oficina del fiscal del distrito, se puso en pie, adoptando un aire de impresionante dignidad.

—Nosotros estamos preparados también para actuar, haciéndolo en nombre del Pueblo del Estado de California —manifestó solemnemente—. Y deseamos puntualizar respetuosamente que ésta es solamente una audiencia preliminar, la cual se propone determinar si ha sido cometido un crimen y si existen suficientes razones para decidir que fue autora del mismo la acusada.

El juez Elwell manifestó con cierta acritud:

—La sala sabe a qué atenerse con respecto a lo que fija la ley, señor Dillon.

—Me consta, señoría —repuso Dillon—. Pero yo quería subrayar la postura que la acusación adoptará cuando se enfrente con las técnicas sembradoras de confusiones y aplazamientos a que suele recurrir la defensa en estos casos.

—Hemos de evitar todo tipo de alusiones personales —determinó el juez Elwell—. Llame a su primer testigo.

Stanley Dillon, que se enorgullecía de haber sido el fiscal que dentro del Estado de California había enviado más acusados a la muerte, estaba visiblemente enojado por el trato de que le hacía objeto el juez.

Dillon había sido objeto de muchas críticas. Miraba a los detenidos, en los casos criminales, como a reses que forzosamente

han de emprender el camino del matadero. En cierta ocasión, un abogado defensor, indignado, había dicho que de haber sido autorizado Dillon habría desenterrado los cuerpos de aquellos que enviara a la cámara de gas para montar sus cabezas en panoplias y colocarlas en las paredes de su estudio, a modo de trofeos.

Estas censuras disgustaban a Dillon, quien explicaba una y otra vez que sólo pretendía cumplir con su deber, como servidor de la justicia y del público. Aseguraba que él no experimentaba ninguna satisfacción personal ante los veredictos de culpabilidad en los casos criminales en que había intervenido. Era un hombre que gustaba mucho de cuidar de las apariencias.

Habíase dado cuenta de que la sala estaba atestada de público.

El caso había atraído a mucha gente por haber sido aireado por la prensa. Encontrábanse allí los hermanastros de Harmon Haslett, Bruce y Norman Jasper, así como Garland, el encargado de relaciones públicas y Jarmen Dayton, el detective.

Ellen Adair se hallaba sentada junto a Mason, adoptando como siempre su aire majestuoso peculiar. Daba la impresión de no tener nada que ver con lo que allí se iba a ventilar.

—Con la venia de la sala, me dispongo a dar a esto la mayor brevedad posible —manifestó Dillon—. Llamaré al teniente Tragg como mi primer testigo.

El teniente Tragg se adelantó para prestar juramento. Luego, se acomodó tranquilamente en el estrado de los testigos, dando su nombre, señas y ocupación al funcionario.

—Quiero pedirle, teniente Tragg, que refiera muy brevemente a la sala lo que vio al entrar en una vivienda de la avenida Manlay, la número 1635, precisamente, al ser llamado el día cinco de este mes. A grandes rasgos, teniente.

—Muy bien... La puerta principal de la casa estaba cerrada con llave. La posterior se hallaba abierta. Nos encontrábamos en una vivienda doble, es decir, una construcción que consta de dos partes gemelas e independientes. En el dormitorio del «bungalow», cuyas ventanas estaban cerradas, hallamos el cadáver de la ocupante de la casa.

—Diga su nombre, por favor.

—Agnes Burlington.

—¿Puede decir en qué estado se encontraba el cadáver,

teniente?

—Llevaba faja, sujetador, las medias... Iba calzada.

—¿En qué posición yacía el cuerpo?

—Estaba tendido hacia la izquierda, boca abajo más bien.

—¿En qué estado se hallaba el cadáver desde el punto de vista médico?

—El forense podrá informar con más amplitud sobre esto — declaró el teniente Tragg—. Al parecer, se presentó la rigidez habitual, para desvanecerse después. Se observó una lividez postmortem.

—¿Qué indica ésta?

—Que el cuerpo no ha sido movido después de presentarse la muerte.

—¿Tomaron ustedes fotografías?

—Tomamos muchas fotografías, en las que se ve perfectamente la posición del cuerpo y las inmediaciones del mismo.

—Y cuando movieron el cadáver, ¿qué encontraron allí?

El teniente Tragg sabía que arrojaba una bomba sobre la defensa. No supo resistirse a la tentación de mirar a Perry Mason, para observar la reacción del abogado ante aquel golpe.

—Encontramos un revólver «Smith & Wesson» del calibre treinta y dos bajo el cadáver.

Mason se irguió en su silla.

—¿Puedo pedir al funcionario encargado de la transcripción del interrogatorio que lea esa respuesta? —dijo.

—Desde luego —contestó el juez Elwell.

La respuesta fue leída:

—«Encontramos un revólver “Smith & Wesson” del calibre treinta y dos bajo el cadáver».

—¿Se cometió con ese revólver el homicidio? —inquirió Dillon.

—Con la venia de la sala —dijo Mason—. Estas palabras solicitan una conclusión por parte del testigo y no se ha establecido base alguna para pensar en un examen como experto en balística, ni tampoco hay pruebas para determinar que la muerte de la víctima fue causada por una herida de arma de fuego. Por consiguiente, la pregunta implica un hecho no demostrado.

—Con la venia de la sala —contestó Dillon—. Se trata, simplemente, de un intento para acelerar las cosas. Supongo que he

podido preguntar al teniente Tragg por la causa de la muerte y que él pudo especificar que había sido originada por una bala, pero entonces la defensa, probablemente, habría opuesto sus objeciones, basándose en que carezco de calificaciones como forense.

—Adelante. Haga la pregunta —dijo Mason.

—¿Cuál fue la causa de la muerte? —inquirió Dillon.

—Una herida producida por arma de fuego.

Dillon manifestó, con un gesto de cansancio:

—Temporalmente, haré que se retire ahora del estrado de los testigos el teniente Tragg, llevando al mismo al médico forense.

—Un momento —medió Mason—. Quiero formular unas preguntas al teniente Tragg antes de abandonar el estrado.

—Tendrá usted una ocasión para interrogarlo cuando yo haya terminado —contestó Dillon, irritado.

—Pero es que yo deseo interrogarlo ahora, con motivo de ciertas frases del testimonio que él ya ha dado. Creo estar en mi derecho al proceder así si usted va a pedirle que abandone ahora el estrado —inquirió Mason.

—Conforme, conforme, conforme —repuso Dillon, secamente—. No tengo por qué oponerme.

Mason miró al teniente.

—¿Encontró usted un arma de fuego bajo el cuerpo de la víctima, teniente Tragg? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Era esa arma un revólver «Smith & Wesson», del calibre treinta y dos?

—En efecto.

—¿Vio usted el cilindro del revólver?

—Sí. Estaba completamente cargado.

—¿No contenía ese cilindro ninguna vaina vacía?

—No.

—¿Había sido ese arma descargada recientemente?

—De acuerdo con las pruebas que pude hacer, el arma no había sido descargada en algún tiempo.

—¿Y llevó usted algún intento a cabo para averiguar el historial del revólver?

—Sí, señor.

—¿Quién había comprado el arma en cuestión?

—La víctima, Agnes Burlington, habíala adquirido varios años atrás, cuando trabajaba de enfermera en San Francisco. Por razones profesionales, frecuentemente, veíase obligada a salir de su casa a altas horas de la noche.

—¿Obtuvo permiso oficial para llevar armas?

—Tenía su permiso cuando adquirió el revólver, valiéndole tal permiso en San Francisco por varios años. No lo poseía, en cambio, en la fecha en que se produjo su muerte.

—¿Era ese revólver del calibre treinta y dos?

—En efecto.

—¿Existe la posibilidad de que la víctima muriese a consecuencia de un proyectil proveniente de esa arma y que alguien posteriormente quitase del revólver la vaina vacía, insertando en el interior del cilindro una completa?

El teniente Tragg cambió de postura en el estrado que ocupaba.

—Yo diría que no.

—¿Por qué? —quiso saber Mason.

—Bueno... En primer lugar, creo que dispararon sobre la mujer con un revólver del calibre treinta y ocho. Me parece que tenemos el arma con que se cometió el crimen. En segundo término, yo no creo que este «Smith & Wesson» del calibre treinta y dos haya sido disparado dentro de las últimas cinco o seis semanas.

—¿Localizó la bala asesina? —inquirió Mason con naturalidad.

—Un momento... ¡Un momento! —exclamó Dillon—. Con la venia de la sala, quiero oponerme a esto basándome en que el interrogatorio no es adecuado. No he entrado todavía en la cuestión de la marca del arma, ni del calibre del arma que causó la herida fatal, ni me he referido al paradero del proyectil... Me vi interrumpido por las objeciones de la defensa. Por consiguiente, ésta no tiene derecho a interrogar sobre tales puntos.

—Bien. Ya que el fiscal se atiene al tecnicismo de la ley —decretó el juez Elwell—, se acepta la objeción.

—Perfectamente —dijo Mason—. Eso es todo, por ahora.

Dillon manifestó:

—Requiero la presencia del doctor Leland Clinton como mi siguiente testigo.

El doctor Clinton, un hombre alto, de gran aplomo, más bien frío, subió al estrado. Dio a conocer su nombre, dirección y

profesión. Seguidamente, recitó sus cualificaciones profesionales, en respuesta a una pregunta tendente a presentarlo como experto. Luego, se le preguntó si había efectuado la autopsia del cadáver de Agnes Burlington.

—Sí, señor.

—Bueno, doctor —dijo Dillon—, no quiero que se exprese en términos demasiado técnicos. Deseo conocer en general cuál fue la causa de la muerte.

—La muerte fue originada por una herida de arma de fuego. El proyectil penetró por la parte posterior del cuerpo, a la derecha de la línea media, tocando la porción alta del riñón de ese lado, elevándose y entrando en el corazón. La bala salió por el lado izquierdo, en el punto superior del pecho. Desde luego puedo facilitarle la trayectoria de la bala anatómicamente, con...

—Ahora no, doctor —manifestó Dillon—. No quiero saber el registro oficial de la terminología técnica, a menos que la acusada lo solicite. La herida causada por esa bala, tal como usted la ha descrito, ¿bastó para originar la muerte?

—Sí.

—¿En qué espacio de tiempo?

—La muerte fue prácticamente instantánea... Cosa de dos o tres segundos, quizá.

—¿Pudo la víctima haberse movido después de sufrir esa herida?

—Muy brevemente, quizá. Pero dudo de que la víctima acometiese muchas actividades físicas. Desde el punto de vista físico la muerte fue prácticamente instantánea.

—Bien. Y ha dicho usted que la bala siguió una trayectoria ascendente, ¿eh?

—En efecto.

—En consecuencia, el arma que disparó el proyectil debía de estar en una posición baja. Si la víctima estaba de pie en aquel momento, el arma se encontraría cerca del cuerpo, al nivel de la cintura o un poco más abajo, aproximadamente.

—Sí, señor.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo Dillon a Mason.

—¿Vio usted quemaduras de pólvora en el cuerpo de la víctima, en la herida de la entrada? —inquirió Perry.

—No.

—Entonces, el arma no estaría pegada al cuerpo de la víctima.

—Yo no he afirmado lo contrario.

—Perdón, doctor. Creo que usted ha dicho, respondiendo a una pregunta del fiscal, que de haber estado la víctima de pie el arma quedaría, aproximadamente, al nivel de la cintura.

—Su interpretación es correcta —repuso el doctor Clinton—. He supuesto al contestar a esa pregunta, que se relacionaba con la condición de que la víctima hubiese estado de pie.

—Pero es que de haber estado de pie hubiera encontrado usted quemaduras de pólvora, ¿no?

—Era razonable tal hallazgo. Es algo que dependía de la distancia existente entre el arma y el cuerpo de la víctima. Si el asesino, por ejemplo, hubiese mantenido el arma al nivel del suelo, hubiera podido no haber quemaduras. Pero, ordinariamente, si la víctima hubiese estado de pie, habrían podido darse las quemaduras de pólvora... Es decir, nosotros habríamos esperado encontrarlas.

—Entonces, usted supone que la víctima no estaba de pie en el momento de morir.

—Sí, es posible.

—¿Y qué postura pudo ser la suya?

—Una vez eliminada la anterior, pudo adoptar cualquier otra. Pudo estar a gatas, o tendida en el suelo, o yaciendo en la cama.

—¿Halló alguna prueba denotadora de contusiones que indicaran que había sido golpeada o derribada?

—No.

—Ha dicho usted que la bala salió por la parte alta del pecho, a la izquierda, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Qué puede usted decirme acerca del contenido del estómago, doctor?

—¡Un momento! —exclamó Dillon—. De nuevo, aquí se anticipa la defensa a la acusación. Quiero establecer mi interrogatorio de una manera ordenada. Todavía no he formulado a este testigo ninguna pregunta acerca de la hora en que se produjo la muerte.

—Bien. Tendrá que hacerlo ya —dijo el juez Elwell.

—Deseo presentar el caso de una manera ordenada... Quiero demostrar primero el hecho de la muerte, su causa y la hora en que se produjo.

—No tiene por qué ser el caso desmenuzado —opinó el juez Elwell—. A menos que exista alguna razón particular para que usted proceda así.

—Puedo asegurar a la sala que esa razón existe —manifestó Dillon.

—Muy bien. Pero eso no es obstáculo para que la defensa haga a este testigo las preguntas que crea convenientes sobre las condiciones del cuerpo. Por tanto, autorizaré aquellas concernientes al contenido del estómago.

—Si la sala autoriza tales preguntas, yo puedo seguir adelante, fijándome en el detalle relativo a la hora del crimen.

—La defensa ha formulado una pregunta y ha de obtener una respuesta —declaró el juez Elwell—. El testigo dará la contestación que estime oportuna.

—En el estómago de la víctima —contestó el doctor Clinton— fueron encontrados guisantes verdes, almejas, patatas y pan.

—¿En qué estado de conservación? —preguntó Mason—. O sea, ¿hasta dónde había avanzado la digestión?

—La muerte se presentó, aproximadamente, treinta minutos después de haber sido ingeridos esos alimentos.

El juez Elwell manifestó ahora:

—Creo que no había ninguna objeción que formular ante esa pregunta, señor Mason. Pero opino que usted, probablemente, se atuvo en su interrogatorio a cuestiones suscitadas anteriormente con motivo del examen directo y la condición física del cuerpo. Me imagino que la acusación querrá ocuparse de las pruebas relativas a la hora de la muerte.

—Muy bien —replicó Mason—. En tales circunstancias, yo no tengo nada más que preguntar, de momento.

—Perfectamente —medió Dillon—. Voy a ocuparme ahora de todo lo relativo al momento en que se produjo la muerte de la víctima. ¿Cuánto tiempo llevaba muerta la víctima al proceder usted a su examen?

—Yo diría que entre veinticuatro y treinta y seis horas.

—¿No puede usted concretar más?

—No. Yo me inclinaría a fijar la hora de la muerte, aproximadamente, dentro de las veinticuatro horas anteriores al descubrimiento del cadáver.

—Y el cuerpo fue descubierto alrededor de las ocho y veinte, en la noche del día cinco, ¿no?

—De eso sólo sé lo que me han dicho. Yo puedo declarar que realicé la autopsia a las siete de la mañana del día siguiente, el seis. En términos generales, yo fijaría la hora de la muerte entre las veinticuatro y las treinta y seis anteriores a mi examen.

—¿Puede decirme si el cuerpo fue movido después de producirse la muerte?

—En mi opinión, el cuerpo no fue movido después de la muerte... Bueno, pudo ser movido casi inmediatamente después de haber sido disparado el proyectil que ocasionó la muerte de la víctima.

—¿Qué es lo que le lleva a formular esa opinión, doctor?

—La lividez postmortem. Tras la muerte, la sangre pierde color, depositándose en la parte inferior del cuerpo. En otras palabras: tras haber dejado de funcionar el corazón actúa la fuerza de la gravedad y la sangre tiende a depositarse, decolorándose. Había una bien definida lividez postmortem en este caso, que indicaba que el cuerpo no había sido movido... Pero, claro, como ya he indicado, esto puede suceder inmediatamente después de haber sido infligida la herida fatal.

—Eso es todo por ahora —dijo Dillon.

—¿Formuló usted alguna opinión sobre el calibre posible del proyectil? —preguntó Mason.

—Estas cosas resultan muy engañosas, mucho —replicó el doctor Clinton—. Yo creo que el proyectil sería del calibre treinta y ocho. Ahora bien, la piel presenta cierta elasticidad durante la vida y es difícil pronunciarse sobre el calibre de la bala sin examinarla.

—¿Y no encontró ninguna bala en el cuerpo? —inquirió Mason.

—No. La bala causante de la muerte salió por la parte alta del pecho, a la izquierda, tal como declaré antes.

—Gracias, doctor. Eso es todo.

—Requiero ahora la presencia al estrado del teniente Tragg —dijo Dillon.

Tragg subió al estrado de nuevo.

—¿A qué hora llegó usted al número 1635 de la avenida Manlay, teniente?

—A las ocho y cuarenta y siete minutos de la noche del día

cinco.

—¿Llevó a cabo una inspección de la vivienda?

—Sí.

—¿Vio usted allí a la acusada a aquella hora?

—Sí.

—¿Habló con ella de lo que había observado y del motivo de su presencia en aquel lugar?

—Sí, en términos generales.

—Y en aquellos momentos, sus indagaciones eran, simplemente, las de costumbre, ¿verdad? No miró a la acusada entonces como persona sospechosa, ¿eh?

—Su interpretación es correcta.

—¿Le dijo algo acerca de la hora de su llegada a la casa?

—Me dijo que se había presentado allí en compañía del señor Perry Mason y la señorita Della Street, la secretaria de Mason. Añadió que habían encontrado en la casa el cadáver de la mujer, llamando inmediatamente a la policía.

—¿Le dijo algo en un momento u otro sobre su presencia en aquel sitio anteriormente?

—No, señor. Nos dio a entender que aquélla era la primera visita que hacía a aquel lugar en algún tiempo.

—¿Le habló de haberse llevado de la casa algún diario personal u otra cosa de la vivienda?

—Todo lo contrario. Aseguró que había dejado todas las cosas tal como las había encontrado.

—¿Intentó usted localizar huellas dactilares?

—Sí, señor.

—¿Las encontró?

—Sí, señor.

—¿Pudo identificar algunas de las huellas dactilares localizadas?

—Sí, señor. Había allí huellas dactilares de la víctima, por supuesto; vimos otras que no han sido identificadas todavía; localizamos otras de un hombre llamado Ralph Corning, quien era, por así decirlo, amigo de la víctima. Este hombre había estado allí antes, el primer día de la semana, pero se ausentó de la ciudad el tres, el cuatro y el cinco.

—¿Puede hablarnos de otras huellas dactilares?

—Las huellas de la acusada y algunas otras confusas... Las de la

acusada eran muy claras.

—¿Dónde las localizó?

—En los cajones del buró, en el tirador de la puerta, en el panel de la misma, en el vidrio de la ventana correspondiente a la fachada principal...

—¿Dentro o fuera?

—Dentro. También las encontramos en el cristal en que apoyara ambas manos.

»Tengo aquí una serie de fotografías, todas ellas adecuadamente señaladas en la parte posterior. Hay ampliaciones y detalles sobre sus emplazamientos respectivos.

—¿Halló usted en algún momento, en algún lugar, un diario perteneciente, al parecer, a la víctima?

—Sí, señor.

—¿Dónde lo encontraron?

—En la oficina de Correos, en la ventanilla correspondiente al Apartado General, en la mañana del día seis.

—¿Lo identificó en aquel momento?

—No, señor. Nosotros nos limitamos a preguntar si había algún correo dirigido a Ellen Adair. Una vez seguros de que sí lo había nos procuramos una orden de registro. A continuación, nos pusimos al habla con las autoridades del servicio postal federal. Nos hicimos así de un sobre que contenía un diario escrito de puño y letra de la víctima.

—¿Qué señas figuraban en el sobre?

—«Ellen Adair, Apartado General».

—¿Sabe usted de quién era la letra?

—No puedo considerarme un experto en grafología, ni mucho menos —dijo el teniente Tragg—. Ahora bien, poseo cierta experiencia en la materia. En términos generales, la letra parece ser la de la acusada. Creo que la cuestión ha sido sometida a un verdadero experto, quien prestará declaración más adelante.

—¿Hicieron ustedes fotografías del lugar en que estaba emplazado el cadáver?

—Sí. Aquí están.

—Solicitamos —dijo Dillon— que estas fotografías formen parte de las pruebas y que el funcionario encargado de esta misión les adjudique los números que les correspondan.

—Así se ordena —contestó el juez Elwell.

—¿Halló usted un revólver en poder de la acusada?

—En la guantera del automóvil de la acusada fue hallado un revólver del calibre treinta y ocho.

—¿Estaba cargado ese revólver?

—En el cilindro había cinco proyectiles y una cámara vacía.

—¿No contenía esa cámara ninguna vaina?

—No. Estaba vacía. La vaina había sido quitada.

—¿Realizó usted alguna prueba con el arma?

—Sí, señor.

—¿Cuándo había sido disparada por última vez? ¿Puede usted darnos su opinión sobre este extremo?

—Había sido disparada dentro de los tres días anteriores al hallazgo.

—¿Cómo determinaron ustedes eso?

—Mediante el análisis químico de los residuos, el estudio del estado del cañón y el olor de la pólvora incendiada.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo Dillon a Mason.

Éste preguntó:

—¿No había ninguna bala en el cuerpo de la víctima?

—No, señor.

—¿Y no se encontró bala alguna en la habitación?

—No, señor.

—Pero el proyectil había atravesado el cuerpo de la víctima, ¿no?

El teniente Tragg, quien, evidentemente, se había anticipado a aquella serie de preguntas, encontrándose completamente preparado para contestarlas, sonrió afablemente.

—Sí, señor —dijo—. Éste es uno de esos casos que, por desgracia, se dan con frecuencia, con exceso... No se pudo recobrar el proyectil que originó la muerte de la víctima.

—¿Qué quiere usted dar a entender con sus palabras? —inquirió Mason—. ¿Qué quiere decir afirmando que estos casos se repiten a menudo?

Tragg se movió en su asiento, como quien se acomoda para dar una larga explicación.

—La vaina contiene pólvora, como todo el mundo sabe, la cual al producirse la ignición actúa como fuerza propulsora. La cantidad

de pólvora es tal que en el arma de tipo medio, con un cañón normal, toda la energía de la explosión, casi, es consumida al forzar el paso del proyectil a través del cuerpo del ser humano, así que con mucha frecuencia nos encontramos con casos en los que la bala ha atravesado el cuerpo por entero, pero ha sido detenida por la elasticidad de la piel cuando empezaba a emerger en los tejidos interiores, quedando el proyectil atrapado por debajo de la piel de la víctima justamente.

»Otras veces existe suficiente fuerza propulsora para perforar la piel y entonces el proyectil no abandona la inmediata proximidad, sino que queda atrapado en las ropas de la víctima. La bala cae al suelo, sin que nadie la vea, en el vehículo que conduce el cadáver, dentro o fuera del mismo, en el curso del desplazamiento. Cabe también la posibilidad de que quedara olvidada sobre el pavimento de la sala donde se efectúan las autopsias.

—Usted acaba de decir que la bala puede quedar atrapada entre las ropas de la víctima —señaló Mason.

—Sí, señor.

—Sin embargo, en este caso la víctima llevaba una vestimenta mínima. No es posible que se quedara entre sus prendas interiores.

—Hablando en términos generales, su interpretación es correcta. Pero, claro, pueden suceder muchas cosas con el proyectil...

—¿Cuáles, por ejemplo?

—La bala pudo emerger por la parte superior del pecho de la víctima, cayendo al suelo. Luego, alguna de las personas que llegaron primeramente al lugar del crimen, moviéndose de un lado para otro, le daría con el pie...

—¿Algún agente, quizá?

Tragg repuso, severo:

—Me he referido a alguna de las primeras personas que llegaron a la casa.

—¿Y dónde pudo haber ido a parar el proyectil?

—Pudo haber ido a parar bajo el buró o bajo la cama. Pudo haber sido cogido por alguien también.

—¿Por qué tenía que haber alguien allí interesado en apoderarse del proyectil?

Tragg sonrió.

—Para evitar que fuese relacionado con el arma que produjo la

muerte de la víctima.

—Eso, desde luego, es una suposición suya —apuntó Mason.

—Me ha indicado usted que hiciese algunas suposiciones —repuso Tragg—. También hay que considerar la posibilidad de que la bala hubiese ido a parar al charco de sangre coagulada, que después fue limpiado. Pudo caerse de la camilla utilizada para transportar el cadáver hasta el vehículo que lo llevó al depósito. Más tarde, se hundiría en la tierra cenagosa o en los bordes del césped empapado de agua...

—¿Se buscó la bala una vez comprobado que no se hallaba dentro del cuerpo de la víctima?

Tragg sonrió.

—Escudriñamos en todos los rincones de la habitación. Registramos los cajones de los muebles, buscamos entre las ropas del armario, inspeccionamos cada pared. Incluso registramos la tapicería y entre las cortinas.

—Las cortinas... ¿Estaban corridas?

—Sí. La víctima, evidentemente, se disponía a tomar un baño. Se desnudaba en el momento de morir. Las cortinas estaban corridas; las ventanas habían sido cerradas, con sus pestillos, por dentro.

—¿Pensó usted en el techo? —preguntó Mason—. Si el arma en el momento de disparar ocupaba una posición baja y el proyectil siguió una trayectoria ascendente, es posible que se incrustara en el techo.

—Lo examinamos todo a conciencia —repuso Tragg—. No nos olvidamos de nada. Sin embargo no conseguimos dar con la bala.

—En consecuencia, usted no puede afirmar que el proyectil que ocasionó la muerte de la víctima salió del arma hallada en la guantera del automóvil de la acusada.

—No podemos probar eso del todo, en la forma en que hubiéramos podido probarlo de haber recobrado la bala —declaró Tragg—. Pero estamos en condiciones de demostrarlo mediante la evidencia circunstancial. El cilindro del revólver tiene una cámara vacía; el arma había sido disparada recientemente: el proyectil era del calibre treinta y ocho... Nos enfrentamos con todas esas circunstancias, unas circunstancias muy significativas.

—Usted ha oído el testimonio del forense. Éste ha dicho que la víctima no se movió después de haber entrado la bala en su cuerpo,

que la muerte fue instantánea.

—Sí, en efecto.

—Sin embargo, se halló un arma bajo el cuerpo de la víctima.

—Sí, señor.

—El arma era de la víctima.

—Sí, señor.

—¿Cómo fue a parar allí esa arma? ¿Ha conseguido averiguar eso durante el curso de sus investigaciones?

—No, señor. Pudo haber sido colocada allí por alguien que la sacara de un cajón, tras haber muerto la víctima.

—También podría ser —dijo Mason— que la víctima empuñase el arma en cuestión, apuntando a alguien a quien amenazaba, a alguien que a su vez la hubiese estado amenazando. Distraída su atención por un momento...

Tragg terminó con una sonrisa:

—... dio la espalda a otra persona que tenía en la mano un revólver del calibre treinta y ocho, adoptando una actitud realmente amenazadora.

—Exacto —confirmó Mason.

—Supongo que puede concebirse una hipótesis semejante —declaró el teniente Tragg—, pero no me atrevo a considerarlo muy verosímil.

—En el diario por usted recobrado, ¿halló algunos pasajes significativos?

—Muchos.

—¿Se refiere alguno de ellos a la acusada?

—Sí. Hay dos anotaciones en las que se especifica que la víctima recibió dinero de Ellen Adair y que sus contribuciones se tornaban cada vez más difíciles.

—Eso es todo —dijo Mason, bruscamente.

—Requiero la presencia de Maxine Edfield en el estrado —anunció Dillon.

—¿A qué se debe la presencia aquí de esta testigo? —preguntó el juez Elwell.

—Desearía ocuparme ahora de los móviles, señoría.

—Muy bien. Oiremos la declaración de la testigo —manifestó el juez Elwell—. Tenga en cuenta, señor fiscal, sin embargo, que, como usted ha señalado ya antes, ésta es una audiencia preliminar y

el fin de sus actuaciones es la determinación de si hay razones para creer que se ha cometido un crimen, en primer lugar, decidiendo en segundo término si la acusada se hallaba relacionada con el mismo.

»No nos encontramos en una audiencia con un jurado, en cuyo caso el fiscal tendrá que probar sus afirmaciones sin dejar el menor resquicio para la duda. He de declarar que por lo que a ésta sala concierne, la prueba de ese diario sustraído y enviado por correo, en un sobre, a las señas de la acusada, unida a la del arma hallada en la guantera del automóvil de aquélla, bastan para expedir una orden reteniendo a Ellen Adair.

—Con la venia de la sala —dijo Mason—: quisiera aportar otras pruebas o discutir el caso.

—No sé qué es lo que tenemos que discutir aquí —contestó el juez Elwell—. En este momento no estamos tratando de la credibilidad de los testigos. La ley estipula que los testimonios de la acusación han de ser tomados en su valor nominal, para los fines de las presentes actuaciones.

—¿Se me prohíbe que discuta el caso?

—No, en absoluto —dijo el juez Elwell, obstinadamente—. Intento decirle a usted tan sólo que sus argumentos no pueden aportar nada bueno y yo me esfuerso por acelerar todo esto. Si esta testigo puede suministrarnos motivaciones, a juicio del fiscal, escucharé de buen grado las palabras que desee pronunciar centradas sobre ese punto.

»Ciertamente que la acusación no se propone ahora hacer uso de todos sus argumentos. La acusación desea solamente en estos momentos asegurar la comparecencia de Ellen Adair ante la Corte Suprema, para su proceso. Puede usted seguir, señor fiscal. Interrogue a la testigo. ¿Cuál es su nombre?

—Maxine Edfield.

—Muy bien —dijo el juez Elwell—. Adelante, pues, con el interrogatorio.

Maxine Edfield daba la impresión de estar ardiendo en deseos de referir su historia. A partir de la primera pregunta formulada por el fiscal se lanzó a una larga disertación.

—¿Conoce usted a Ellen Adair, la acusada? En caso afirmativo, ¿desde cuándo la conoce?

—Conozco a la acusada —dijo Maxine—. Ahora utiliza el

nombre de Ellen Adair. Cuando la conocí, tiempo atrás, se llamaba Ellen Calvert. Éste es su nombre real. Éramos entonces muy amigas y ella solía salir con un hombre llamado Harmon Haslett, el hijo de Ezekiel Haslett, fundador y propietario de la Compañía de Muelles y Suspensiones de Cloverville.

»Por aquel tiempo sostenía relaciones íntimas con el joven Haslett. Cuando vio que éste comenzaba a mostrarse despegado decidió fingir que se hallaba encinta...

—¡Un momento! ¡Un momento! —medió el juez Elwell—. Creo que es mejor que vayamos pregunta por pregunta. De esta manera, la defensa tendrá oportunidad, cuando proceda, de formular sus objeciones.

—Por lo que a nosotros respecta, es igual —declaró Perry Mason—. Creo poder aclarar la situación con unas cuantas preguntas durante mi interrogatorio. En lo que atañe a su historia, ya la ha contado antes, habiéndola oído yo. Si el hecho de referirla ahora supone una aceleración de las actuaciones, la defensa nada tiene que objetar.

—Muy bien —decretó el juez Elwell—. Observo muchas habladurías aquí.

—No se trata de habladurías —saltó Maxine Edfield—. Sé lo que sé de los labios de esta mujer. Quería obligar a Harmon Haslett a que se casara con ella y me habló del asunto antes de intentar nada en tal sentido.

—¿De qué habló? —preguntó Dillon.

—Me habló de que pensaba fingirse embarazada. Es un truco muy viejo. De esta manera, Harmon se casaría con ella.

—¿Le dijo ella eso?

—Me lo dijo ella, sí.

—Pero la cosa no salió bien, ¿verdad? No hubo boda. ¿Es así? —inquirió Dillon.

—Así es. Harmon Haslett pudo caer en la trampa, pero medió en el asunto el encargado de relaciones públicas de la Compañía, llamado Garland, que se encuentra precisamente en la sala... El señor Garland envió a la acusada mil dólares en billetes de a cien, metidos en un sobre...

—Un momento —dijo Dillon—. ¿Cómo supo eso?

—Bueno, yo sé que ella recibió mil dólares en billetes de a cien

y que por aquellas fechas Harmon Haslett emprendió un viaje a Europa. El idilio se rompió. Ellen Calvert se quedó sola..., con sus mil dólares. Entonces, se trasladó al Oeste y empezó una nueva vida.

—¿Supo usted de ella después de su partida?

—No volví a tener noticias de la acusada.

—¿Cómo fue el entrar de nuevo en contacto con ella?

—Por medio del señor Lovett, el abogado.

—¿Es este mismo señor Lovett que se encuentra sentado en esta sala?

—Sí, señor.

—¿Y qué pasó?

—Se lanzó tras el rastro de Ellen Calvert y llegó así a la gente que la conociera en otro tiempo. Averiguó que había sido amiga mía y me abordó, haciéndome preguntas sobre la acusada.

—¿Y le dijo dónde paraba?

—Sí. Habíala localizado utilizando los servicios de unos detectives, creo.

—Bueno, el caso es que fue él quien la trajo aquí, a Los Ángeles.

—Sí.

—Puede usted interrogar a la testigo —dijo Dillon a Mason.

—¿Cuándo vio usted por vez primera a la acusada tras su llegada a Los Ángeles? —preguntó Mason.

—¡Oh, bien! —respondió Maxine Edfield—. Ya sé a dónde intenta usted llegar. Llevé a cabo una identificación errónea. Se explica, ya que hacía veinte años que no veía a Ellen, y usted se procuró una doble, una mujer que era casi la imagen de Ellen Calvert. Me la puso delante e hizo que me equivocara. Pero ése fue el único error en mi testimonio. Me equivoqué con aquella mujer. Pensé que era Ellen Calvert, o Ellen Adair, como se hace llamar ahora. Pero nada más ver a la auténtica Ellen me sentí absolutamente segura. No debía haber sucedido lo primero y si se dio el caso fue culpa de determinadas circunstancias... Sin embargo, seguían teniendo el mismo valor las cosas que habían pasado veinte años atrás y las que Ellen me había confesado.

Medió el juez Elwell:

—Aun considerando que esto es un examen preliminar de los hechos y que no existen objeciones por parte de la acusación y la

defensa, opino que la testigo se extiende excesivamente en sus consideraciones y que es mejor que se vaya pregunta por pregunta.

—Es lo que estoy haciendo —dijo Maxine Edfield—. Contesto a las preguntas que se me van haciendo. Pero es que yo sé qué es lo que él se propone. Va a intentar desacreditar mis declaraciones porque me puso delante una doble, obligándome a identificarla.

—Pero usted declaró en lo tocante a la identificación que estaba segura de lo que decía —señaló Mason.

—Es verdad. Dije que estaba tan segura de la identificación como del contenido de mi testimonio. Me atrapó usted. Es una vieja treta de abogado. Lo sé porque el señor Lovett me lo explicó. Pero no lo sabía entonces. No había tenido nunca contacto con los abogados...

El juez Elwell volvió a hablar:

—Ruego a la testigo que ajuste sus respuestas a las preguntas que le hagan. Límitese a facilitar la información que se le pida.

—¿Fueron pagados sus gastos por el señor Lovett? —preguntó ahora Mason.

—Sí. El señor Lovett quería que viniese aquí, con él. Yo le contesté que era una mujer que trabajaba. Entonces, me comunicó que se haría cargo de mis gastos.

—¿Y le dio el dinero para hacer frente a sus gastos?

—Me dio algún dinero, sí.

—¿Y utilizó usted ese dinero para pagar sus gastos?

—Pagué algunos. De otros se encargó él.

—¿Hizo usted el desplazamiento hasta esta ciudad en compañía de Lovett, en avión?

—Sí.

—¿Quién sacó su billete para el viaje?

—El señor Lovett.

—A su llegada aquí, ¿fue usted a un hotel?

—Sí.

—¿Se hospeda el señor Lovett en el mismo hotel?

—Sí.

—¿Y quién paga la cuenta del hotel?

—¿Cómo? Pues el señor Lovett, supongo.

—¿Qué hay de las comidas?

—Unas veces firmo las cuentas de las comidas en el restaurante

del hotel. Eso cuando no me las sirven en mi habitación o como con el señor Lovett.

—Entonces, ¿qué gastos ha pagado usted con el dinero que el señor Lovett le dio?

—Pues... los gastos incidentales.

—¿Como cuánto?

—No lo sé.

—¿No lleva usted ninguna cuenta?

—Detallada, no.

—¿Y cuáles son esos gastos incidentales?

—¡Oh! Pequeñas cosas que no se pueden cargar: periódicos, la peluquería y también otras menudencias por el estilo.

—¿Ha pagado usted alguna vez cincuenta dólares para cubrir esos gastos incidentales?

—Bueno... Quizá, no...

—¿Y veinticinco dólares?

—Tal vez no.

—¿Y diez dólares?

—No, quizá... Bueno, es probable que una cantidad aproximada.

—¿Y qué dinero le dio el señor Lovett para esos gastos?

—No creo que eso importe a nadie. Se trata de una cuestión privada entre el señor Lovett y yo.

—¿Qué dinero le dio el señor Lovett para esos gastos?

Maxine Edfield se volvió hacia el juez Elwell.

—¿He de contestar forzosamente a esa pregunta?

—Creo que la pregunta es adecuada. Nadie ha formulado ninguna objeción. Estimo que la acusación considera el interrogatorio correcto.

—Está bien —repuso Maxine Edfield—. Puesto que quiere saberlo, le diré que me dio quinientos dólares.

—Quinientos dólares para atender a sus gastos incidentales —subrayó Mason.

—Sí —confirmó la mujer—. Tuve que abandonar mi trabajo y venir aquí.

—¿Solicitó usted un permiso en el lugar en que trabajaba?

—Tenía unas vacaciones en perspectiva.

—¿Por cuánto tiempo?

—Dos semanas.

—¿Y se puso el señor Lovett en contacto con su jefe para prorrogar esas vacaciones, de ser necesario?

—No sé qué fue lo que hizo. Sé que estoy aquí, de vacaciones.

—Así, pues, le pagan por el tiempo que pasa aquí, ¿eh?

—Sí, tengo derecho a ello. Si yo quiero pasar mis vacaciones aquí... eso es cosa mía.

—Veamos ahora... ¿Le ofreció el señor Lovett alguna especie de bonificación si lograba su objetivo y su testimonio resultaba decisivo para la solución del presente caso?

—¡No!

—¿No le dijo él que si su declaración decidía algo sus clientes estarían dispuestos a...?

—Bueno, eso es otra cosa —repuso Maxine Edfield—. Es algo diferente. Usted, en sus preguntas, se estaba refiriendo al señor Lovett.

—¿Pero le dijo el señor Lovett que sus clientes se mostrarían agradecidos?

—Algo por el estilo.

—¿Muy agradecidos?

—Es lógico que fuese así. Hay bienes por un valor de dos millones de dólares en el aire y ellos no habrían podido averiguar la verdad de no haber sido por mí. Yo revelé lo que Ellen me dijo.

—Ha dicho usted que hay bienes por valor de dos millones de dólares...

—Cierto. Ezekiel Haslett, el padre de Harmon Haslett, dejó a éste al morir todas las acciones de la Compañía de Muelles y Suspensiones de Cloverville. Harmon, posteriormente, emprendió viaje en un yate, el cual naufragó. No hubo supervivientes. Han quedado en Cloverville dos hermanastros de Harmon: Bruce y Norman Jasper. Me parece que Harmon Haslett dictó un testamento en el que especificó que abrigaba razones para creerse padre de un hijo ilegítimo. De confirmarse su existencia, a éste dejaba toda su fortuna.

»¿Era eso todo lo que usted deseaba sacarme mediante su interrogatorio? —inquirió la testigo, con aire de reto—. Pues ya le he dicho todo lo que sé. Y, además, le he dicho la verdad.

Maxine Edfield se puso en pie, disponiéndose a abandonar el estrado.

—Un momento, un momento —dijo Mason—. Todavía no he llegado al punto que me proponía tocar. ¿Conoció usted a Agnes Burlington?

La testigo volvió a sentarse, miró a Mason, apartó los ojos de él, tornó a fijar la vista en el abogado y respondió, desafiante:

—La conocí, sí.

—¿Cuándo fue eso?

—Nos vimos en la noche del día tres.

—¿Dónde?

—En su casa.

—¿Y cómo fue el ir usted allí?

—¡Un momento! —medió Dillon—. Todo esto es nuevo para la acusación. Considero no procedente ahora el interrogatorio. Nosotros no hemos hablado para nada de las relaciones de esta testigo con Agnes Burlington y opino que esta parte del testimonio es incompetente...

—Yo no opino lo mismo —declaró el juez Elwell—. Si esta testigo, relacionada con el caso, conoció a Agnes Burlington, quisiera saber todo lo que haya sobre eso y me agradecería poseer también la mayor información posible sobre el papel desempeñado por la víctima.

—Conteste a mi pregunta —ordenó Mason a Maxine Edfield.

—Conforme —dijo la mujer, con un gesto de descaro—. El señor Lovett había recurrido a unos detectives, quienes hablaron con Agnes Burlington, notificándole que ella había trabajado como enfermera en un hospital de San Francisco por la época en que naciera en el establecimiento un chico que ahora lleva el nombre de Wight Baird.

»Bien, señor Mason. Supe que Ellen iba a apoyarse en esta Agnes Burlington para reclamar los bienes de Harmon Haslett.

»Fui a verla porque sabía que cualquier cosa que testificara sería falsa. Quería decirle desde el principio, sin rodeos, que yo estaba informada de que Ellen Calvert había recurrido a un viejísimo truco con Harmon Haslett, haciéndole creer que iba a ser padre.

—¿Y vio usted a Agnes Burlington?

—Sí, claro.

—¿Logró algo con ella?

—Le dije francamente que si ella declaraba que Ellen Calvert

había tenido un hijo yo podría probar que mentía.

—¿Y qué más?

—Eso fue todo. Virtualmente, me echó de su casa, diciéndome que me ocupara de mis asuntos. La entrevista no duró más de diez minutos... Pero la previne: le dije que podía ser acusada de perjury si contaba aquella mentira desde el estrado de los testigos.

—¿Qué le contestó a eso?

—Se limitó a decirme que me fuera.

—No tengo más preguntas que formular —manifestó Mason.

—Eso es todo —dijo Dillon—. Con ello concluye el testimonio de la acusación. Sólo que quiero ahora presentar formalmente como prueba el revólver del calibre treinta y ocho encontrado por la policía en la guantera del coche de la acusada.

El juez Elwell contestó:

—Creo que no existe base para negar que la evidencia circunstancial es suficiente para someter a la acusada a proceso. Sin embargo, si el señor Mason posee algún testimonio...

Mason replicó, deferente:

—Con la venia de la sala. Quisiera requerir la presencia del señor Paul Drake como mi primer testigo.

—Muy bien. Que se presente el señor Paul Drake y que preste juramento.

Mason escrutó el rostro de Paul.

—Usted se llama Paul Drake. Posee licencia oficial como detective privado. De vez en cuando trabaja para mí. ¿Es cierto todo eso?

—Sí, señor.

—Quiero preguntarle ahora si, de acuerdo con las instrucciones que le di, consiguió averiguar dónde Agnes Burlington tenía costumbre de adquirir sus provisiones.

—Sí, señor, lo averigüé.

Mason prosiguió:

—Concentre ahora su atención en la noche del día cuatro de este mes... ¿Dónde estuvo Agnes Burlington comprando?

—En las últimas horas de la tarde del día cuatro —respondió Paul Drake—, Agnes Burlington compró una cena congelada en el supermercado *Sunrise Special*, el cual se encuentra a un par de manzanas de la casa en que ella vivía.

—¿Sabe bien qué es lo que adquirió entonces?

—Lo sé porque estuve hablando con una señorita llamada Donna Findley, una de las cajeras del supermercado.

—Perfectamente —dijo Mason—. Le ruego que se retire. En su lugar llamaré ahora a mi siguiente testigo, la señorita Donna Findley.

Donna Findley, una mujer muy atractiva, de veinticuatro años de edad, ocupó el estrado de los testigos. Prestó juramento y dio a conocer su nombre y su ocupación.

—¿Estuvo usted relacionada con Agnes Burlington? —le preguntó Mason.

—Sí. Bastante. Claro que por motivos puramente comerciales.

—¿Qué quiere usted significar al decir eso?

—Soy una de las cajeras del supermercado *Sunrise Special* y Agnes Burlington adquiría sus provisiones allí, frecuentemente. Habitualmente, pasaba por mi caja. Solíamos charlar, mientras totalizaba su compra.

—¿Recuerda todo lo concerniente a su visita en la noche del día cuatro?

—Perfectamente.

—¿Qué hizo Agnes Burlington?

—Compró pan, una barrita de mantequilla, leche y una cena congelada, de las conocidas por el nombre de «TV Special».

—¿Sabe usted la composición de estas cenas congeladas?

—Llevan almejas, guisantes verdes, patatas en picadillo y una salsa para las almejas.

—¿Cómo es que se acuerda usted de eso?

—Estuvimos charlando unos momentos y yo le pregunté qué pensaba cenar aquella noche. Me contestó que deseaba llevarse aquello, que le agradaban esas cenas congeladas, por lo cual recurría a las mismas de vez en cuando.

—Gracias. Puede interrogar la acusación a la testigo —dijo Mason, dirigiéndose a Dillon.

—Seguiremos con la noche del día cuatro, señorita —manifestó Dillon—. ¿Habló usted con Agnes Burlington sobre lo que se proponía cenar?

—Hablé con ella de eso en otras ocasiones también. Agnes vivía sola y compraba con frecuencia alimentos congelados.

—¿Recuerda que eso ocurrió el día cuatro?

—Lo recuerdo perfectamente, ya que no la vi el día cinco y el seis me enteré de que había muerto.

—¿A qué hora habló con ella el día cuatro?

—Serían las cinco y media de la tarde. Faltaría, quizás, un cuarto de hora para las seis.

—¿Cómo es que se acuerda tan bien de la hora?

—Yo salgo de mi trabajo a las ocho y... Bueno, en general, sé a qué hora iba por allí, más o menos.

—¿No puede fijar la hora con precisión?

—Con toda precisión, no. Sé que eso fue antes de las ocho del día cuatro. Yo diría que fue, aproximadamente, dos horas o dos horas y cuarto o/y media antes de que abandonara mi trabajo.

—No hay más preguntas que formular por mi parte —manifestó Dillon.

Mason dijo:

—Con la venia de la sala, quisiera preguntar al teniente Tragg si se inspeccionó el cubo de los desperdicios de la casa de Agnes Burlington.

—¿Con qué fin? —inquirió el juez Elwell.

—Para saber si se encontraba allí el embalaje de la cena congelada a base de guisantes verdes, almejas y patatas.

—Eso no probará nada —afirmó Dillon—. Por supuesto que el embalaje se hallaba en el cubo de los desperdicios. Sabemos que ella compró una cena congelada; sabemos que esa cena se encontraba en su estómago. Por consiguiente, el embalaje tenía que estar en el cubo. Ignoramos, en cambio, *cuándo* fue consumida la cena.

—Hay que suponer que la cena fue consumida aquella noche. Es lo que anunció la víctima a la testigo Donna Findley —declaró Mason.

—Pudo haber cambiado de opinión —replicó Dillon—. Es lo mismo, sin embargo, ya que el hecho de que la víctima muriera a las dos horas, aproximadamente, de haber ingerido esa cena no significa nada.

—Posee su significado cuando se considera eso en relación con el agua que había estado corriendo —dijo Mason—. El agua estuvo corriendo durante toda la noche por el césped.

—¿Y qué? —preguntó Dillon.

—El coche de la acusada dejó sus huellas en el camino cuando el agua llevaba corriendo ya muchas, muchas horas. Agnes Burlington no había podido cerrarla porque había sido asesinada.

—Eso no significa nada y menos lo que acaba usted de insinuar —manifestó Dillon—. Se trata de una hipótesis muy traída por los pelos. Por lo que sabemos, ese camino interior de la finca podía llevar encenegado varios días o varias noches. El forense dice que la muerte se presentó, probablemente, en la noche del día cuatro, de manera que lo que Mason está haciendo es poner el punto sobre la i y cruzar el palo de la t, dentro del testimonio de la acusación.

—Yo estimo que la defensa ha esbozado una hipótesis interesante —opinó el juez Elwell—, pero no creo que posea influencia alguna en la situación presente. La hipótesis podría ser desarrollada, dando lugar a una interesante interpretación de evidencia circunstancial, a exponer ante un jurado. Y, desde luego, la ley determina que si existe una hipótesis razonable, aparte de la de culpabilidad, sobre la cual la evidencia circunstancial puede ser explicada, es preciso que el jurado adopte como suya tal hipótesis, pronunciándose por un veredicto de no culpabilidad, siempre y cuando el caso esté fundado en la referida evidencia circunstancial.

»Sin embargo, eso no es de la competencia de esta sala. Aquí sólo se trata de determinar si fue cometido un crimen y si existen motivos razonables para relacionar a la acusada con el crimen en cuestión.

Mason se puso en pie.

—¿Puedo rogar un poco de indulgencia por parte de la sala?

—Hable usted —contestó el juez Elwell—. Pero, por favor, no discutamos la evidencia circunstancial, ya que no creo que eso encaje en estas actuaciones. Estimo que las pruebas aportadas permiten decir que sí ha lugar al procesamiento de la acusada.

—No me ha sido deparada la oportunidad de inspeccionar la vivienda de la víctima con detalle. Quisiera que este caso continuara viéndose después de haber realizado yo tal inspección.

—¿Con qué fin?

—La bala que ocasionó la muerte de Agnes Burlington no fue hallada. Hay que pensar, por tanto, que algo ha sido pasado por alto.

Dillon preguntó sarcástico:

—¿Espera usted dar con algo que haya escapado al registro de la policía?

—Puedo intentarlo —manifestó Mason—. Creo que tengo derecho a ello.

El juez Elwell se mantuvo vacilante durante unos momentos. Por último dijo:

—A mí me parece la petición de la defensa razonable. La defensa no puede descubrir ninguna prueba persuasiva por lo que a esta sala se refiere. Pero, por otro lado, es muy posible la existencia de una prueba o pruebas que pudieran ser de trascendental importancia en relación con un juicio mediante jurado.

Dillon contestó:

—Nosotros nos oponemos a lo solicitado por la defensa, señoría. La acusada, en compañía del abogado de la defensa y la secretaria de éste, estuvo en la casa cuando descubrieron el cadáver.

—Y pusieron mucho cuidado en no tocar nada, llamando a la policía inmediatamente —repuso el juez Elwell—. El cuerpo fue retirado ya de la vivienda. Suponemos que todo lo existente en forma de pruebas ha sido hallado. No obstante, soy de la opinión de que la defensa está en su derecho al querer llevar a cabo una detenida inspección de la casa.

—Nosotros nos oponemos a ello —remató Dillon.

—¿Por qué se opone el señor fiscal?

—Porque de todos es conocida la fama del señor Mason. Resulta algo proverbial su ingenio, y sus métodos no son nada convencionales.

—¿Y qué es lo que él podría hacer ya a estas alturas? —inquirió el juez Elwell.

—Supongamos que se llevó un revólver consigo, dando con cierto oscuro rincón de la habitación, donde depositarlo... O bien que localizó una tronera en un aspirador de aire, haciendo un disparo desde ella, alegando después que se trata de pruebas no observadas por la policía...

—Eso equivale a una acusación, señor fiscal —replicó el juez Elwell.

—Yo no pretendo formular acusaciones... Quizá podría decir que la policía no ha terminado todavía con su labor dentro de esa

vivienda.

—¿Por qué no? —preguntó Mason—. ¿Cree usted que hay allí nuevas pruebas que todavía no han sido descubiertas?

—No lo sé —manifestó Dillon—. Sin embargo, como usted ya ha señalado, el hecho de que no se haya encontrado el menor rastro allí de la bala que ocasionó la muerte de la víctima podría ser algo significativo. La policía selló la casa, dejándolo todo tal como lo había encontrado. Nos agradecería que todo se mantuviese intacto, al menos hasta después de la presente audiencia.

El juez Elwell declaró:

—Voy a hacer una sugerencia. La sala quiere que se inspeccione la vivienda, por si existe la posibilidad de encontrar esa bala en cualquier parte... En el techo de la habitación, incluso.

—La policía ha estudiado ese techo. Los agentes lo han mirado todo —afirmó Dillon.

—Pues entonces, ¿por qué mantener selladas las dependencias de la vivienda? —señaló el juez Elwell.

»Habrà una aplazamiento de dos horas. Durante ese período de tiempo nos trasladaremos a la casa, realizando una inspección detenida de la misma. El abogado defensor dispondrá de todas las oportunidades necesarias para tal inspección. El señor fiscal y el teniente Tragg se hallarán presentes durante todo el tiempo que dure aquélla.

»Se tomará nota de cuanto se diga y haga allí, corriendo esto a cargo del funcionario que cumple con esta misión en la sala.

—Una inspección de este tipo no puede traer nada bueno —protestó Dillon.

—¿Y bien? ¿Podría dar lugar a algo malo? —inquirió el juez Elwell.

Dillon fue a decir algo. De pronto, cambió de parecer.

—Así queda ordenado —declaró el juez Elwell—. La sala, tras el aplazamiento, se reunirá de nuevo en el escenario del crimen. Solicitaremos a la oficina del sheriff los medios de transporte indispensables.

Capítulo 17

El teniente Tragg se plantó en el centro de la habitación, actuando en cierto modo como un maestro de ceremonias.

—Su señoría habrá observado que el lugar ocupado por el cadáver fue perfilado con tiza —declaró—. Con tiza roja quedó señalado el charco de la sangre.

»Puedo señalar la posibilidad de que la bala homicida se quedase incrustada en la sangre fresca, cosa que por desgracia ha venido sucediendo con harta frecuencia.

»La bala pudo dejar el cuerpo, cayendo al suelo; luego, la sangre fue fluyendo sobre el proyectil. Al cabo de varias horas, quedó integrada en ella, en una gelatinosa masa.

»La policía señaló la posición del cuerpo. Perfiló el charco de sangre. Fueron tomadas fotografías. Se llevaron el cadáver. Y también la sangre, en forma de un enorme coágulo. Muchas veces, la bala buscada se ha quedado embebida por la sangre reseca.

»En otras ocasiones el proyectil aparece entre las ropas de la víctima, cayendo al suelo cuando el cuerpo es desplazado de un sitio a otro. Unas veces se pierde y otras acaba encontrándose dentro de la ambulancia. Lo malo es que cuando sucede esto último poco puede hacerse, ya que no es posible identificarla con absoluta seguridad afirmando que es de este o aquel cuerpo.

»Puedo asegurarle, señoría, que estas cosas suceden en todas partes, son normales, resultan inevitables. No debiera ser así, pero...

El juez Elwell miró a su alrededor.

—¿Todo lo que hay aquí fue encontrado tal como está?

—En efecto, señoría.

—¿Han examinado ustedes el techo y...?

—Hemos examinado todos los rincones de esta habitación

valiéndonos de potentes linternas —manifestó el teniente Tragg—. Créame: nos agradecería muchísimo localizar ese proyectil. Me figuro que con él en nuestro poder el caso presente quedaría zanjado.

El juez Elwell apretó los labios, pensativo.

—¿Qué puede decirme acerca de las ventanas? —preguntó Mason.

—Las ventanas fueron encontradas tal como usted las está viendo. Habían sido cerradas desde dentro, siendo corridas por completo las cortinas. Lo observado en el cuarto de baño revela que la víctima se disponía a tomar un baño, habiéndose quitado el vestido, hecho que explica que las cortinas estuviesen corridas. Las ventanas fueron mantenidas cerradas probablemente así. Lo sellamos todo en la habitación para que no se produjesen errores ni malas interpretaciones.

—Sin embargo... —dijo Mason—. Supongamos que una ventana hubiese estado levantada *en el momento de cometerse el crimen*... La bala pudiera haber salido por la ventana abierta.

—Sí, claro —repuso Tragg—. Y luego, el criminal habría procedido a cerrarla.

—Se sabe por los boletines meteorológicos —informó Mason—, que una repentina tormenta azotó este sector de la ciudad desde las ocho y veinticinco minutos hasta las ocho y cincuenta y cinco, en la noche del día cuatro. No sé qué importancia real puede tener tal detalle, pero el caso es que ha llegado a mi conocimiento por el hecho de haber ordenado a la agencia de detectives cuyos servicios utilicé que resaltara todos los acontecimientos fuera de lo normal que se dieron aquella noche.

»Esas tormentas repentinas no son nada frecuentes en esta localidad.

—Bueno, ¿y qué tiene que ver su tormenta con todo esto? —inquirió Tragg.

—Estoy figurándome que puede tener algo que ver con las ventanas cerradas —replicó Mason—. El boletín meteorológico señala que la noche era muy húmeda, caliente y opresiva. Y he observado que esta casa carece de aparatos de acondicionamiento de aire. Por consiguiente, lo natural era esperar encontrar las ventanas abiertas, a menos que fuesen cerradas a causa de la tormenta.

—No es lo normal cuando una mujer está tomando un baño o se dispone a tomarlo —opinó el teniente Tragg—. Lo lógico es que corra las cortinas.

—Una bala no podría haber atravesado las cortinas sin dejar un orificio. No hay tal orificio.

—Todo esto no tiene ningún significado —medió Dillon—. La víctima pudo estar con vida en el momento de desencadenarse la tormenta, bajando las ventanas, abiertas hasta ese instante. Y pudo haber sido asesinada varias horas más tarde, a las dos o las tres de la madrugada, por lo que a ese extremo concierne.

—Guiándonos por las ropas llevadas por la víctima —puntualizó ahora Mason—, es muy difícil que el asesinato se cometiera en las primeras horas de la madrugada. Sugiero que recorramos las cortinas, levantemos las ventanas y echemos un vistazo a la parte inferior.

—¿Qué lograremos con ello? —preguntó Dillon.

El juez Elwell frunció el ceño, pensativo.

—Podríamos lograr mucho y bueno —aclaró Mason—. Quizá fijáramos la hora de la muerte. Es muy probable que Agnes Burlington se hallase ocupada cerrando la ventana cuando alguien hizo fuego sobre ella.

—Una probabilidad entre diez millones... —comentó Dillon.

—No. La posibilidad de acertar no es tan remota —dijo Mason—. Supongamos que Agnes Burlington se enfrentó con un visitante que la estaba amenazando. Ella empuñaba un arma. La tormenta envió fuertes ráfagas de viento y lluvia, que llegaron al interior de la casa por el Oeste, haciendo ondear las cortinas hacia dentro... Ella fue a cerrar la ventana y en el momento en que dio la espalda a su visitante, éste sacó un arma de un bolsillo y disparó.

»Eso explicaría el curso ascendente del proyectil por el cuerpo. Significaría que la víctima, mientras cerraba la ventana, estaba realmente inclinada, con la espalda vuelta parcialmente hacia el criminal y que las cortinas, impulsadas por una repentina ráfaga de viento, ondeaban hacia dentro, quedando fuera de la trayectoria de la bala.

—Ya hemos llegado a lo de siempre —comentó Dillon—. Nos enfrentamos con una de esas fantásticas y retorcidas hipótesis que tanta fama han dado al señor Mason. La treta es sencilla: basta con

desvirtuar la evidencia circunstancial, transformándola en una extraña serie de hechos, confundiendo las deducciones y, en general, alterando todos los factores del caso. Muy bien... Ellen Adair pudo haber dado muerte a Agnes Burlington en el momento de llegar la primera ráfaga de viento a la ventana, haciendo ondear las cortinas, y eso podría haber ocurrido treinta minutos después de que la víctima hubiese dado cuenta de sus guisantes y lo demás... Seguimos sin probar nada.

—No obstante —medió el juez Elwell—, esa hipótesis me interesa. Enfrentados con un caso en el que la policía no ha podido encontrar la bala fatal, que, evidentemente, emergió del cuerpo de la víctima, la defensa, desde luego, tiene derecho a explorar todas las posibilidades. Teniente Tragg: quisiera ver esas cortinas descorridas y la ventana levantada.

El teniente Tragg se apresuró a descorrer las cortinas, levantando la hoja baja de la ventana.

El juez Elwell se inclinó hacia adelante, examinando la parte inferior de la ventana y la persiana.

—¿Qué es esto, teniente? —preguntó de pronto.

El teniente Tragg examinó a su vez la porción inferior de la persiana. Allí, un pequeño orificio había sido mantenido oculto por la hoja baja de la ventana.

—Parece haber un pequeño agujero en la persiana. No se explica la causa...

—¿No pudo haber sido hecho por una bala? —inquirió el juez Elwell.

El teniente Tragg vaciló.

—Pudo haber sido hecho también por una persona astuta que se propusiera sembrar la confusión —explicó Dillon—. Ésta es una coincidencia muy sospechosa, demasiado rara para que pueda convencerme.

El juez Elwell lo miró pensativo.

—¿Nunca se le ocurrió a usted levantar la ventana para echar un vistazo a la parte más baja de la persiana, que quedaba oculta por la hoja inferior?

—Ciertamente que no. El cadáver fue descubierto en esta habitación. Las ventanas de la misma habían sido cerradas, con sus pestillos, y las cortinas estaban corridas.

—En ciertas circunstancias —remató el juez Elwell—, y en vista de la peculiar trayectoria de la herida en el cuerpo de la víctima, indicando que el disparo había sido hecho desde abajo o, más lógicamente, que había sido hecho mientras la mujer se inclinaba, como hubiera podido inclinarse al cerrar una ventana de este tipo, creo que la policía no debía haber dejado de investigar esta fase del caso.

»Que tal detalle fuese sugerido por el señor Mason no hace la cosa menos lógica. En vista de la prueba que ahora acabamos de descubrir, estimo que la policía debe llevar a cabo una investigación para tratar de localizar la bala que ocasionó la muerte de Agnes Burlington.

»Si el señor Mason no se equivoca en su hipótesis, la bala fatal fue disparada mientras la víctima se hallaba vuelta a medias, intentando cubrir a alguien con el arma que empuñaba y queriendo bajar al mismo tiempo la ventana. El asesino, hombre o mujer, aprovechó aquel instante para sacar un arma y hacer fuego.

»Probablemente, Agnes Burlington no sospechó siquiera que la persona que estaba manteniendo a raya con su revólver iba armada.

»Cuando Agnes Burlington se hubo derrumbado sobre el pavimento, su asesino saltó sobre su cuerpo, acabando de cerrar la ventana con el pestillo.

—No disponemos de nada que pruebe que este orificio de la persiana fue causado por una bala —objetó Dillon.

—¿Cuál fue la causa entonces? —inquirió el juez Elwell.

—Pudo haber sido causado por cualquier otra cosa. Pudo haber sido hecho por *alguien* —Dillon miró ahora, acusador, a Perry Mason—, valiéndose de un pequeño trozo de tubería, que apoyara por un extremo en la persiana, golpeando el opuesto con un martillo.

—Es posible —comentó el juez Elwell—. Pero hay que tener en cuenta que la policía ha mantenido esta casa sellada y que los sellos se encontraban en buen estado, por lo cual hay que pensar que es ahora el fiscal quien se dedica a la elaboración de fantásticas hipótesis.

»Sugiero que la policía inspeccione el terreno que queda junto a la ventana, para ver si ese proyectil puede ser recuperado.

»Proseguiremos con el caso mañana por la mañana, a las diez,

para que la policía pueda dedicarse a realizar tal búsqueda. Puedo decir que si la bala fatal es recuperada constituirá la prueba decisiva. Si salió del cañón del arma encontrada en la guantera del coche de la acusada, la deducción es lógica. Si se demuestra lo contrario, tendremos que volver sobre todo lo anterior para considerarlo desde un nuevo punto de vista.

»Creo que no tenemos nada que hacer ya aquí. La policía inspeccionó todos los rincones. Quedaba solamente un sitio por ver, aquél en que quizás esté la pista más significativa.

»Como ya he dicho, los magistrados reanudarán sus actuaciones mañana por la mañana, a las diez.

Capítulo 18

Perry Mason se colocó al lado del teniente Tragg cuando abandonaron la casa.

—¿Quiere hacerme caso? —preguntó el abogado al policía.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué no me acompaña cuando regrese a mi despacho?

—Conforme.

—Quisiera sugerirle que no le dijera nada a Dillon.

Tragg respondió:

—Creo que voy a estar algún tiempo evitando al señor Dillon. La verdad, Perry: estoy avergonzado. Se me escapó lo mejor.

»Andábamos empeñados en dejar la habitación en que se cometió el crimen tal como la habíamos encontrado. Hallamos las ventanas cerradas y en la del Oeste vi el pestillo echado. Tomé nota de eso en consecuencia y sellamos el lugar con tiras de papel. Nada podía ser alterado sin antes romper nuestros sellos. Probablemente, obré bien. Ahora, al no dar con la bala debí ponerme a reflexionar detenidamente sobre el hecho.

El pequeño grupo de abogados, funcionarios y agentes de policía se fue acomodando en los vehículos proporcionados por la oficina del sheriff, para que todos se encaminasen a sus respectivos destinos.

El teniente Tragg se presentó en el despacho de Perry.

—Bien, Mason —dijo el policía—. Adelante.

—Hay anotaciones en el diario de Agnes Burlington que resultan muy particulares, arrojando pruebas de que estaba haciendo víctima de un chantaje a la acusada.

—Siga.

—Hemos considerado este caso anteriormente —dijo Mason—. Hemos estado estudiándolo desde el punto de vista de la acusada.

—¿Cómo debíamos mirarlo?

—Desde el punto de vista de la víctima.

—¿Y a qué llegaríamos así?

—Supongamos que es usted un chantajista. Usted ha estado haciendo víctima de un chantaje a una mujer, basándose en el nacimiento de un hijo ilegítimo. Ha estado obteniendo algunos ingresos de esa manera. De repente, usted se encuentra en determinada posición: su testimonio es clave con relación a la percepción de unos bienes que rebasan los dos millones de dólares. ¿Qué va usted a hacer? ¿Se sentará a esperar a ver qué pasa?

Tragg miró a Mason. Parpadeó mientras asimilaba las observaciones del abogado. De pronto, exclamó:

—¡Diablos! ¡No! Soy un chantajista. He de intentar hacerme con el dinero.

—Exacto —corroboró Mason—, Agnes Burlington era una chantajista. Lógicamente, deseaba cobrar.

»Supongamos ahora que ella se hallaba en posesión de ciertos elementos documentales que había estado manteniendo en reserva. Imaginemos que intentó obtener sus beneficios poniéndose al habla con alguien tan duro como ella. Chocaron. La cantidad que Agnes pedía era demasiado elevada para que pudiese hacerla efectiva este sujeto. Pero al intentar obtenerla, Agnes había revelado el carácter devastador de las pruebas que guardaba.

»Usted sabe, tan bien como yo, que hay muchos ladrones profesionales que actúan aprovechando los instantes pasados por su víctima de turno en la bañera o dentro del cuarto de aseo, disponiéndose a tomar un baño. El ruido del agua al caer, los sonidos característicos que produce la persona al meterse en la bañera y el hecho de que la misma está desnuda son siempre factores decisivos.

»En los grandes hoteles son frecuentes las llamadas telefónicas a horas tempranas. El comunicante misterioso se apresura a excusarse, diciendo que ha cometido un error. El ocupante de la habitación se halla despierto y está enfadado, demasiado enfadado para intentar conciliar de nuevo el sueño. Entonces, se levanta, dirigiéndose al cuarto de aseo, abriendo los grifos de la bañera.

»El ladrón, que ha estado esperando ese momento fuera del cuarto, se desliza dentro del mismo, apoderándose de todo lo que

quiere, escabullándose a continuación. El ocupante de la habitación cree que todo sigue en orden. Hasta que llega el momento en que se ve obligado a pagar cualquier cosa. Abre su cartera y descubre que su dinero ha desaparecido. Es éste un viejo truco, con el que los grandes hoteles tienen que enfrentarse muy a menudo.

»Es lo que sucedió en este caso. Agnes se disponía a tomar un baño. Había abierto ya los grifos de la bañera, en el cuarto de aseo. La persona que había planeado aquel robo se hallaba, probablemente, esperando tras la puerta posterior, que había abierto con una ganzúa.

»Pero Agnes oyó un ruido. No siendo demasiado recatada, abrió la puerta de golpe, sorprendiendo al intruso. Agnes tenía un arma. No creyó que se viera obligada a usarla, pero mantuvo a raya a su visitante, empuñándola.

»Estalló una tormenta. Una repentina ráfaga de viento impulsó las cortinas hacia dentro. Agnes, en su desnudez, se exponía a ser vista desde la calle. Mujer al fin, casi instintivamente alargó el brazo para alcanzar la ventana y cerrarla. Su visitante creyó ver en eso su oportunidad y disparó. Luego, se apoderó de las pruebas que podían haber costado a uno de los bandos contendientes un par de millones de dólares.

—¿Tiene usted alguna idea acerca de la identidad del visitante? —preguntó Tragg.

—Recurramos un poco a la lógica al tocar este punto —respondió Mason—. El visitante era portador de un arma. Ese visitante fue a la entrevista sin el propósito de hacer uso de aquélla; no se figuró que Agnes Burlington recurriese a la seguridad que podía proporcionarle un revólver del calibre treinta y dos... Quizá no se imaginó tampoco que las pruebas que poseía aquella mujer fuesen tan devastadoras como eran en realidad.

»El visitante tenía que ser una persona que normalmente fuera armada, que se hallaba vitalmente interesada en el asunto de los dos millones de dólares, que trabajaba, probablemente, con los hermanastros sobre la base de un porcentaje.

—¿Se está usted refiriendo al abogado que los representa? —inquirió Tragg, escéptico.

—Los abogados no suelen ir armados —replicó Mason—. ¿Qué individuos son portadores de armas?

—Los agentes de la policía —indicó Tragg—. Pero, bueno, eso no significa nada.

—Y también los detectives privados —remató Mason—. Hay un tal Jarmen Dayton en este caso que trabaja como detective privado, quien es...

Tragg chasqueó los dedos.

—Un delincuente ordinario —prosiguió diciendo Mason— puede desembarazarse del arma con que ha cometido un crimen. En cambio, un detective privado, autorizado por la ley para llevar un arma, tropezará con más dificultades al deshacerse de ella. No podrá explicar por qué no la tiene.

»Mientras sus hombres inspeccionan el terreno, buscando la bala que acabó con la vida de Agnes Burlington, ¿por qué no visita usted oficialmente a Jarmen Dayton para pedirle que le deje ver su arma? Luego, podría solicitar de él también que le enseñara su carnet oficial. Seguidamente, haría un par de disparos. Una vez en su poder uno de los proyectiles, lo procedente sería llevar a cabo su comprobación con el buscado, para ver si son iguales, en caso de que fuese localizado este último, naturalmente.

El teniente Tragg comenzó a reflexionar.

—Me estoy exponiendo mucho, mucho —dijo.

—¿Qué puede usted perder ahora? —preguntó Mason.

—Dayton podría formular una queja, por haberme mostrado sospechoso indebidamente —alegó el teniente.

—¿Ha pensado usted en lo que puede ganar si salen las cosas bien? —inquirió ahora Mason.

Tragg tornó a quedarse caviloso.

—Una espectacular solución del enigmático crimen, que tanta expectación ha suscitado —puntualizó el abogado—. No en balde, hay implicados dos millones de dólares.

Tragg levantó una mano.

—Ya está. Usted gana —dijo.

Sonó el timbre del teléfono insistentemente.

Della Street atendió a la llamada.

—Un momento —la joven miró a Mason—. La telefonista dice que tiene para ti un importante mensaje que comunicar, urgente, al doble de la tarifa normal.

—¿De quién es?

—Un instante...

El lápiz de Della Street comenzó a deslizarse velozmente sobre su bloc de notas, a medida que le era leída la comunicación.

—Sí, ya lo tengo —declaró Della Street.

Ésta miró a Mason, agregando:

—Me has preguntado de quién era el mensaje... Procede, al parecer, de Harmon Haslett. Ha sido expedido en las Azores. Se le notifica por él que naufragó, que estuvo muchas horas nadando, con su salvavidas puesto, siendo recogido por fin por la tripulación de una pequeña barca de pesca que carecía de emisora de radio. El hombre acaba de llegar a Las Azores, habiéndose enterado de que tienes que ver con el asunto referente a su testamento. Se dispone a tomar el primer avión que despegue de allí y espera llegar a esta ciudad mañana.

El teniente Tragg balbuceó unas palabras de asombro ininteligibles.

Mason recomendó a Della Street:

—No digas a Gertie nada acerca de esto.

—¿Por qué?

—Ya sabes lo romántica que es Gertie. En seguida se imaginará lo que va a pasar cuando Harmon Haslett se encuentre ante su amada de hace veinte años, la madre de su hijo ilegítimo, una mujer, dicho sea de paso, a la que él nunca había olvidado. Se trata de un hijo que no conoce aún. No había hecho más que sospechar su existencia.

—Hay que pensar también en Ellen Adair, la mujer del porte majestuoso, digno —dijo Della Street—. ¿Guardará ante este episodio su compostura de siempre?

Mason se volvió hacia el teniente Tragg.

—Si usted, teniente, acelera la búsqueda de la bala mortal y acosa un poco a Jarmen Dayton, con motivo de lo de su arma personal, es muy posible que Ellen Adair se halle en libertad hacia la hora en que Harmon Haslett se presente aquí.

—Me coloca usted en las situaciones más comprometidas, Mason —respondió Tragg, con una sonrisa.

Hubo una pausa. Finalmente, el teniente preguntó al abogado:

—¿Va usted a dar a conocer a la prensa ese mensaje?

—No —repuso Mason—. De ello va a encargarse usted. Esto

forma parte de lo que tengo que abonarle para corresponderle debidamente, por su colaboración.

Tragg vaciló un momento. Luego, tendió su mano.

—A veces, Perry, me hace usted saltar, me irrita —declaró—. Pero en estos instantes yo le pondría por delante de mucha gente que conozco...

Capítulo 19

A las diez de la mañana, el juez Elwell abrió la puerta de su cámara, ascendiendo hasta el estrado.

—Todo el mundo en pie —dijo el alguacil.

La sala se encontraba atestada de gente. No se oía ni una tos.

El juez Elwell tomó asiento. El alguacil abatió su mazo.

—Pueden sentarse. Comienza la sesión.

El juez Elwell dijo:

—El Pueblo contra Ellen Calvert, alias Ellen Adair.

»La sala cree que en vista de la acción que va a emprender es necesaria una declaración de hechos, con objeto de que no haya malas interpretaciones respecto a nuestros móviles.

»Cuando la policía entró en la habitación en que se cometió el crimen, vio unas ventanas cerradas, con sus pestillos, hallando las cortinas completamente corridas. Con objeto de conservarlo todo tal como había sido encontrado, la policía selló esas ventanas, que al parecer no volvieron a ser levantadas hasta ayer, por sugerencia del abogado defensor. En la del Oeste, inmediatamente, se observó un objeto, una bala, evidentemente, había dejado un orificio en la parte inferior de la persiana, un punto que ocultaba la sección baja de la ventana cerrada.

»La inspección del terreno situado en las inmediaciones de la ventana (la superficie fue removida, en una larga tira, pasándose la tierra luego por unos cedazos, como hacen los buscadores de oro) dio un resultado: el hallazgo de la bala buscada.

»Se tenía ya a un nuevo sospechoso: el detective privado de Cloverville llamado Jarmen Dayton. El proyectil encontrado por la policía había sido disparado, al parecer, por su arma.

»Una orden de registro expedida por esta sala permitió después la inspección del equipaje de Dayton. La policía, entonces, halló

varios documentos escritos de puño y letra de la víctima, Agnes Burlington. Éstos habían sido robados tras el crimen.

»Dadas las presentes circunstancias, la sala cree que no existe más alternativa que la de suspender las actuaciones iniciadas contra Ellen Adair.

»Aunque en un examen preliminar de este tipo la sala se limita habitualmente a la revisión de las pruebas, para comprobar si existen las suficientes para el proceso de la persona acusada, no fijándose en la cuestión de la inocencia o culpabilidad de la misma, en este caso estamos tan convencidos de que el asesinato de Agnes Burlington fue una consecuencia de las actividades criminales de personas ajenas a la acusada que entendemos que no hay más alternativa que la citada. Por consiguiente, dejamos en libertad a Ellen Calvert, alias Ellen Adair.

Una ovación impresionante coreó las últimas palabras del juez Elwell. En vano se esforzó el magistrado por controlar las manifestaciones de entusiasmo del auditorio. Luego, esbozando una leve sonrisa, descendió del estrado.

En aquel momento, la puerta que daba al pasillo se abrió de pronto. Un hombre de elevada estatura entró en la sala.

Ellen Adair, de pie, adoptando su majestuosa actitud de siempre, algo natural en ella, sonreía ante los rostros de conocidos y de desconocidos. Súbitamente, se quedó muy seria, abriendo mucho los ojos al observar que el recién llegado se abría paso entre los grupos de hombres y mujeres para situarse frente a ella.

—¡Ellen! —exclamó.

Ellen se esforzó por lograr que su voz no registrara ningún temblor..., sin conseguirlo.

—Hola, Harmon —repuso, sencillamente.

Harmon titubeó un momento. A continuación, su mirada se posó en Wight Baird, que acababa de colocarse junto a su madre.

—No es necesario que lo digas tú, Ellen —manifestó Harmon—. Este muchacho es el vivo retrato de su abuelo, Ezekiel Haslett.

Ellen suspiró profundamente.

—Este muchacho creo que anda algo necesitado de disciplina, la única que puede imponerle un padre.

Fue en este momento cuando Harmon Haslett tomó a Ellen Adair entre sus brazos, oprimiéndola cariñosamente contra su

pecho. En la sala se produjeron los centelleos de los «flashes» de los reporteros.

Mason miró, sonriente, a Della Street.

—Vámonos, Della —dijo—. Creo que aquí ya no tenemos nada que hacer.